



Pontificia Universidad  
**JAVERIANA**  
Bogotá

**La ética del cuidado y la posibilidad de tejer mundos más  
amables: un acercamiento a procesos de construcción de paz  
en Pradera, Valle**

**Diana Aguilar-Castro**

**Pontificia Universidad Javeriana  
Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales  
Maestría en Estudios de Paz y Resolución de Conflictos  
Bogotá D.C  
2021**

**La ética del cuidado y la posibilidad de tejer mundos más  
amables: un acercamiento a procesos de construcción de paz  
en Pradera, Valle**

**Diana Aguilar-Castro**

**Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar  
por el título de:  
Magíster en Estudios de Paz y Resolución de Conflictos**

**Director:  
Manuel Ernesto Salamanca, PhD**

**Pontificia Universidad Javeriana  
Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales  
Maestría en Estudios de Paz y Resolución de Conflictos  
Bogotá D.C  
2021**

## Resumen

Esta es una investigación etnográfica realizada con campesinas y campesinos de Pradera, Valle, en la que se indaga acerca de las relaciones guiadas por una ética del cuidado que han propendido por la construcción de paz en su comunidad.

A través de un especial énfasis en las experiencias de vida de las mujeres y de un enfoque feminista, se presenta un hilo conductor entre la relevancia de las emociones y los valores propios de la ética del cuidado como la escucha, la empatía y la conciencia de la interdependencia; y las formas en las que se construye paz desde las bases.

La pregunta por la paz y el cuidado en esta comunidad mostrará la inevitable relación con la protección de la naturaleza, la necesidad de plantearse nuevas narrativas para la masculinidad, y la importancia de exigir al Estado que reconozca el valor de la experiencia y del conocimiento de voces locales y marginadas de las esferas del poder, como las de las mujeres y el campesinado.

Palabras clave: Ética del cuidado, construcción de paz, mujeres campesinas, campesinos, cuidado, feminismo.

***Para mi abuela y su maravillosa capacidad de cuidar la vida***

## Tabla de contenido

Agradecimientos.....	8
I. INTRODUCCIÓN .....	9
La parte humana que me entenece .....	9
Metodología .....	11
Pregunta y objetivos.....	11
Estado del arte.....	12
II. LOS LUGARES DE ENUNCIACIÓN .....	18
Ética del cuidado.....	18
Surgimiento del término .....	19
El peligro de las dicotomías.....	21
La red de la vida: los humanos como seres interconectados e interdependientes .....	23
La pregunta por la ética del cuidado alcanza a la democracia .....	24
Construcción de paz: el abrazo a la complejidad .....	26
La perspectiva de género y la apuesta feminista .....	29
III. CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO .....	32
Generalidades del municipio de Pradera .....	32
Caña de azúcar, zona plana y zona de ladera.....	34
Estigmatización campesina, sectores poderosos y conflicto armado .....	36
La incursión paramilitar .....	36
La influencia del narcotráfico .....	40
Años recientes .....	41
Municipio PDET .....	41
Soberanía territorial: Zona de Reserva Campesina en constitución .....	42
IV. UN ENFOQUE EN LAS MUJERES: RELACIÓN CON LA TIERRA, CUIDADO Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA .....	44

Sobre el acceso a la tierra .....	44
Las mujeres en la guerra y la construcción de paz .....	45
Sobre las posibilidades de la <i>juntanza</i> entre mujeres campesinas .....	49
Las mujeres y el cuidado de la tierra.....	54
Dentro de los hogares.....	57
El ecofeminismo.....	58
El cuidar: ¿Sostener u oprimir? Las cargas y las alegrías del cuidado .....	64
<b>V. EL ENFOQUE DE GÉNERO TAMBIÉN SE PREGUNTA POR LOS HOMBRES: REPLANTEAR LA MASCULINIDAD COMO UNA FORMA DE ABRIR ESPACIO AL CUIDADO.....</b>	<b>69</b>
Desarmar la masculinidad.....	69
La masculinidad hegemónica como objeto de estudio .....	70
La reproducción de la masculinidad hegemónica .....	73
Trabajar la masculinidad desde la cultura y las emociones .....	75
La masculinidad y el cuidado.....	79
<b>VI. LA CARGA POLÍTICA Y ECOLÓGICA DE LA ÉTICA DEL CUIDADO.....</b>	<b>83</b>
El cuidado de la tierra .....	83
Lo que desprecia el desarrollo.....	85
“Yo qué me voy a poner en esas”: la inmediatez capitalista y la constancia del cuidado .....	86
Enseñar la mirada.....	89
Comprender la red.....	92
El cuidado es político .....	95
“Ya lo hemos puesto todo y aún así, siguen sin escuchar” .....	97
Sostener y cohesionar: el cuidado comunitario .....	98
El lugar central de las emociones .....	99
Zonas de reserva campesina: propuestas políticas de cuidado comunitario .....	101

El Estado debe saber cuidar: la importancia de la paz territorial .....	104
VII. CONCLUSIONES .....	107
REFERENCIAS.....	109
ANEXOS .....	116
Anexo 1: Entrevista Paola.....	116
Anexo 2: Mapa ZRC-PDET.....	138
Anexo 3. Taller “Círculo de mujeres libres” .....	139

### **Lista de figuras**

Figura 1. Ubicación de Pradera, Valle.....	33
Figura 2. Áreas aproximadas de influencia de actividad paramilitar en el Valle del Cauca (década del 2000) .....	39
Figura 3. Área en proceso de constitución para Zona de Reserva Campesina	43
Figura 4. Mujeres en los talleres .....	56
Figura 5. Disposición del centro del taller.....	56
Figura 6. ¿Qué son las ZRC?.....	102

## **Agradecimientos**

Agradezco profundamente la generosidad de la comunidad campesina de las veredas de San Isidro y Bolo Blanco, especialmente a las mujeres, por abrirme sus puertas y sus corazones para poder realizar esta investigación. Agradezco especialmente a Patricia por su tiempo, por compartir conmigo su lucidez y por su trato siempre amable.

Agradezco también a mi red de cuidados y afectos, quienes siempre me han sostenido y apoyado de diferentes maneras y han creído en mí y en mis capacidades.

Un especial agradecimiento al Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana Cali, quienes tuvieron la amabilidad de tenderme los puentes con la comunidad pradereña.



*¿Quién manda aquí? ¿Quién?*

*¿Quién manda aquí? ¿Quién?*

*Tiempo de ver cómo se levanta la gente*

*Yo no necesito poder.*

*-Mala Rodríguez*

## I. INTRODUCCIÓN

### **La parte humana que me entenece**

Este trabajo surge de la constante pregunta y fascinación por las formas en las que las personas podemos, siempre, sostenernos las unas a las otras y cuidar la vida que nos rodea, lo humano y lo no humano. Esto a pesar de las rupturas de la violencia, del miedo a la otredad o de las ansias de poder. Este trabajo está dedicado a la vida y a aquellas condiciones inherentemente humanas por las que vale la pena seguir creyendo en las posibilidades que tenemos como especie.

Es así como me interesé especialmente en aquella vertiente de los estudios de paz que ha empezado a poner en valor categorías como el cuidado, históricamente asociado y adjudicado a las mujeres, y entendido como aquello que contribuye a sostener la vida de la mejor manera posible (Fisher & Tronto, 1990). Los estudios sobre la violencia han acaparado diferentes campos de discusiones académicos, políticos y cotidianos; sin embargo, creo necesario el reconocimiento de las prácticas cotidianas de paz que, en última instancia, han permitido la continuidad de nosotros como especie humana. (Muñoz & López, 2000).

Darle visibilidad a estas prácticas como formas cotidianas, pero profundamente potentes, en que los seres humanos hemos sido pacíficos, no sólo propugna por la visibilidad de esas capacidades no violentas de comportamiento y resolución de los conflictos, también entraña la necesidad de reconocer la agencia de las mujeres en los campos de la construcción de la paz. La academia ha tendido (no sin razón) a evidenciar la victimización que recae sobre los cuerpos feminizados, pero también es necesaria una visión que

reconozca el papel activo de las mujeres como creadoras y partícipes de la paz (Comins, 2003) .

Es así como tendré a lo largo de esta investigación el concepto guía de la ética del cuidado, el cual surge desde la teoría feminista, movimiento social y académico que también inspira este trabajo. La noción de ética del cuidado ha resultado en la construcción de nuevos paradigmas sobre cómo debemos relacionarnos en diferentes niveles de nuestra vida social. Ha apelado a un énfasis en las relaciones interpersonales en contraposición al individualismo descarnado de la modernidad, a la responsabilidad compartida en tanto seres inherentemente vulnerables, o a la exaltación de valores emocionales como el amor o la ternura (Comins, 2003).

Es también necesario poner sobre la mesa que cultivar una ética del cuidado en los diferentes niveles de la vida social no hace parte de las grandes propuestas políticas del gobierno, que decanta una importante porción de sus esfuerzos y recursos al impulso de los proyectos productivos y la “competitividad” de las zonas afectadas por el conflicto. Sin embargo, dentro de las comunidades, las relaciones de cuidado entre los habitantes y el medio ambiente han permitido su sostenimiento a pesar de los diferentes tipos de violencia de los que han sido víctimas. La Tierra también supone una destinataria del cuidado, y es preciso valorar el esfuerzo y las formas de vida como las de las comunidades aquí presentadas, que proponen alternativas a la hegemonía de un desarrollo que es violento con el bienestar y la autonomía de las personas, ensañándose especialmente con las comunidades rurales.

Visibilizar y hacer una pedagogía de la ética del cuidado resulta un reto que debe plantearse en las discusiones en torno a la construcción de paz, entendiendo que el conocimiento y la experiencia comunitaria sobre estos procesos son invaluable para la academia, la política pública y las nuevas formas de plantearse la democracia y los procesos sociales de toda índole. Abogaré así por la importancia de tener presente el valor de la paz territorial “la particular visión y enfoque de la paz que surge “desde y para el territorio” (A. J. Lederach, 2017, p. 2).

Este estudio pretende aportar al universo de conocimientos en torno a la conceptualización de la paz, las maneras en que se construye y las

contribuciones a este ámbito que surgen desde grupos históricamente relegados de las decisiones políticas, como es el caso de las mujeres y las comunidades campesinas.

## **Metodología**

Esta fue una investigación de tipo cualitativo que desarrollé principalmente por medio del método etnográfico. Realicé un trabajo de campo entre septiembre de 2020 y enero de 2021 en el que viajé siete veces a la comunidad, una a la vereda de Bolo Blanco, y las restantes a la de San Isidro. Estuve un total de ocho jornadas en el territorio. Dos de los viajes los realicé para dictar talleres para las mujeres de la comunidad (uno en Bolo Blanco, y otro en San Isidro), un acuerdo al que llegamos como una forma de retribuir la posibilidad de realizar mi tesis en el territorio.

Recopilé los datos a través de entrevistas en profundidad, semi-estructuradas y no estructuradas; la observación participante, las historias de vida y los talleres. Debido a la actual situación de pandemia, opté también por realizar algunas entrevistas por vía telefónica.

Los talleres fueron llamados “Círculo de mujeres libres”, en los que abordé desde una perspectiva feminista las relaciones afectivas y familiares de las mujeres para suscitar la reflexión alrededor de las formas en las que se relacionan las esferas íntimas y públicas de la vida, y la importancia de tener presente las pautas de la ética del cuidado en cada una de ellas, desmenuzando así el famoso eslogan feminista de “lo personal es político” (ver anexo 3).

## **Pregunta y objetivos**

*Pregunta de investigación:* ¿Cuáles son y de qué manera se relacionan las prácticas enmarcadas en la ética del cuidado con la construcción de paz en comunidades campesinas de Pradera, Valle?

*Objetivo general:* Analizar las relaciones existentes entre las prácticas guiadas por una ética del cuidado y la construcción de paz de las comunidades campesinas de Pradera, Valle.

*Objetivos específicos:*

- Caracterizar las prácticas guiadas por una ética del cuidado en las/os pobladoras/es de la comunidad campesina de Pradera, Valle.
- Relacionar las prácticas guiadas por una ética del cuidado con la construcción de paz entre las/os habitantes de la comunidad campesina de Pradera, Valle.

### **Estado del arte**

La ética del cuidado como elemento guía de la construcción de paz es un planteamiento que ha venido tomando fuerza en los últimos años en los estudios de paz. A partir de los esfuerzos en superar los paradigmas estrechos de la definición de la paz como ausencia de guerra, diferentes disciplinas han complejizado su definición y las formas en las que pueden plantearse estrategias para propiciarla, construirla y/o mantenerla (Muñoz & López, 2000). Las relaciones cuidadosas se han vuelto parte de los elementos que se están entrelazando para buscar definiciones más ricas y abarcadoras de la paz, y la ética del cuidado cobra así un papel importante.

Es este un énfasis teórico e investigativo que suele ir de la mano de apuestas políticas feministas. Esto se debe a que promueve una crítica a valores, tradiciones epistemológicas y énfasis disciplinares androcéntricos; como por ejemplo, el paradigma antropológico de la competencia, o la comprensión de las emociones como obstáculos para desarrollar cualidades virtuosas de comportamiento (Langle, 2018; Pérez-Bustos, 2018).

El diálogo entre ética del cuidado y construcción de paz ha sido aplicado a diversos contextos, y mi interés en la pesquisa investigativa para este estado del arte es hacer énfasis en aquellos que conciernen a las realidades colombianas. Sin embargo, no es este un trabajo que pretenda limitar sus fuentes de inspiración y comprensión. La española Irene Comins, por ejemplo, es una de las voces más fuertes que ha trabajado esta imbricación entre paz y cuidado, y a partir de su tesis doctoral es posible trazar una serie de características que en

la actualidad son comunes en las investigaciones realizadas respecto a este tema.

La tesis doctoral de Comins se titula “La ética del cuidado como educación para la paz” (2003), y hace un extenso recorrido teórico de la ética del cuidado, en donde entreteteje las posibilidades que arroja para complementar los estudios de paz. Comins explica, como lo esboqué anteriormente, que las teorías feministas y de género le han dado cuerpo a la ética del cuidado. El desprecio de la emocionalidad dentro de pensamientos hegemónicos académicos ha sido uno de los temas más criticados y profundizados teóricamente para la creación de un nuevo paradigma, en el que se señala la misoginia y la mutilación del desarrollo íntegro de las personas que provocan este tipo de tradiciones patriarcales (Gilligan, 2013). Comins (2003) recalca que estas ideas fragmentarias entre razón y emoción deben ser superadas y que “emociones como la empatía, la preocupación por otros y la indignación frente a la crueldad son cruciales en el desarrollo de posturas morales apropiadas” (p. 100).

Del abanico de características con el que las autoras consultadas hacen referencia a la ética del cuidado, el de su carácter y su apuesta por la relacionalidad es el más preponderante. Es a partir de esta capacidad humana que, a su vez, se evidenciarán los resquicios por donde se vislumbran unas apuestas claras, terapéuticas y emancipadoras de construcción de paz.

Para Comins las características de la ética del cuidado que contribuyen a la construcción de una cultura de paz son, principalmente, dos: la regulación de los conflictos y la atención a los otros. Estas son características que tienen sentido si surgen de procesos en donde el diálogo entre los actores de una situación está presente. La importancia de lo relacional es fundamental para explicar el significado de “la atención a los otros”, y es que la atención permite tomar como punto de partida del accionar lo que el otro tiene por decir respecto a sus necesidades, implementando así los valores de la empatía y la escucha, y promoviendo el tejer o retejer de vínculos lastimados por la violencia (Comins, 2003).

Una conclusión similar surge de investigaciones en campo como las de Valencia e Hincapié (2016), o la de Cruz, Calderón, Flórez y Córdoba (2018).

Las primeras se centraron en la experiencia de mujeres afectadas, en su mayoría de forma indirecta, por las minas antipersonal (MAP) en Colombia. Las autoras afirman que el rol de cuidadoras de las mujeres ha tenido efectos en ámbitos tanto privados como públicos. Parten de que las acciones en principio “sencillas” de cuidado de la vida son formas en las que se ha dado respuesta a la violencia a través del cuidado; y esto ha reproducido valores importantes para la construcción de paz en la comunidad.

Desde una epistemología del tejer, la ética del cuidado y el maternaje tejen de nuevo las relaciones rotas por el conflicto armado, reconstruyen confianza y señalan nuevos caminos para la transformación de conflictos, convirtiéndose finalmente en germen para la construcción de una cultura de paz (Valencia & Hincapié, 2016, p. 282).

Tanto estas autoras como la mayoría de las que fueron consultadas hacen la salvedad de que no debe confundirse este *giro positivo*<sup>1</sup>, o foco positivo, con la esencialización de las mujeres como las únicas que pueden realizar adecuadamente labores de cuidado. Es cierto que son las mujeres las que han tenido que asumir desproporcionadamente las tareas que implican el cuidado de los afectados por las minas, que suelen ser hombres. Explican las autoras que, a pesar de esta inequidad con respecto al cuidado, estas tareas han propiciado procesos de construcción de una cultura de paz.

Por otro lado, Cruz, Calderón, Flórez y Córdoba (2018) realizaron una investigación acerca del papel del cuidado en la sanación del dolor del trauma de la violación sexual en el marco del conflicto armado colombiano. Su trabajo fue realizado con las mujeres de la organización de víctimas Afromupaz. Las autoras hicieron énfasis en la importancia que ha tenido la escucha como forma de sanar los traumas en comunidad, y recalcan que aquel ha sido un acto de escucha particular, ya que ha estado atravesado por características culturales propias y ancestrales, lo cual le da a esta acción un carácter aún más íntimo.

---

<sup>1</sup> Este un término que Teresa Langle (2018) usa para referirse al valor teórico que implica abordar los procesos afectivo-emocionales de las mujeres no sólo como herramientas de opresión, sino también como uno de los lugares es los que se gesta y se desarrolla la resistencia y la resiliencia frente al patriarcado.

Las investigadoras encuentran que las prácticas de cuidado de las mujeres de Afromupaz no sólo fomentan la escucha cuidadosa, también se entretajan valores y habilidades para la paz como la paciencia, la empatía, la perseverancia o la ternura. Esta apuesta que trasciende la dicotomía entre lo público y lo privado es de gran valor para los procesos políticos y sociales de las mujeres y para la sociedad en general. Autoras como Tronto han desarrollado esta idea a través del concepto de ciudadanías cuidadoras o democracia cuidadora.<sup>2</sup>

Esto último resulta en otra de las conclusiones centrales de las investigaciones consultadas, y es que es posible entender cómo acciones y valores que, por tradición, parecen sólo tener injerencia en el ámbito de lo íntimo, tienen un fuerte potencial y repercusión política y social.

Cruz et al. (2018) explican que las mujeres de Afromupaz le han agregado a su trabajo de escucha aspectos de formación política, apoyo en la reconstrucción de proyectos de vida y sensibilización sobre violencias basadas en género. A estas prácticas las han llamado *ejercicios colectivos de acompañamiento al dolor*.

Los ejercicios colectivos de acompañamiento al dolor y sanación ancestral reflejan la práctica del cuidar entre mujeres y su entorno, a partir de politizar el dolor, movilizar los vínculos y orientar acciones por la defensa de los derechos de las víctimas del conflicto armado (Cruz et al., 2018, p.135).

Es también el caso que ilustra Yesica Beltrán Hernández en su tesis de maestría, "Tejedoras de la memoria de Sonsón: entre cuidados y conocimientos en el quehacer textil de las memorias" (2019), una investigación con enfoque etnográfico acerca de cómo, en el municipio largamente violentado de Sonsón, a través de procesos artesanales históricamente feminizados como el bordado, el tejido, la creación de murales de retazos o de muñecas; se puede también tejer

---

<sup>2</sup> Para Tronto (2018),

la idea básica de *Caring Democracy* (democracia cuidadora) es redefinir este sistema político: la política democrática debe centrarse en asignar las responsabilidades del cuidado y en garantizar que las y los ciudadanos democráticos sean tan capaces como sea posible de participar en esta asignación de responsabilidades (p.26)

un profundo y potente trabajo de recuperación de memoria, sanación del dolor y procesos de cuidado que permitan rehacer los vínculos de una comunidad degradados por la guerra. El Costurero, como se llama este grupo dedicado al quehacer textil, hace parte de las redes que permiten el sostenimiento de la vida de la comunidad:

[...]este oficio posibilita y acompaña un conjunto de relaciones sociales que permiten el mantenimiento de lo común, consiste en el compromiso de hacer acciones para procurar el bienestar común. Entonces, es un espacio en el que cohabitan tanto el cuidado como ética y como trabajo (Arango & Molinier, 2011), en la medida en que se realizan trabajos de cuidado no remunerados que sostienen la vida, al tiempo que estos trabajos son parte de unas las prácticas cotidianas de una ética y ethos del cuidado (Pérez-Bustos, 2018) (Beltrán, 2019, p. 103).

En esta misma línea de comprensión del cuidado como trabajo y como ética, se encuentran investigaciones como la de la profesora María Fernanda Olarte (2015), quien realizó un análisis etnográfico de las comunicaciones de La Canasta. La Canasta es una red entre las personas que hacen parte del ciclo agroalimentario, que comienza por los productores y termina con los consumidores. Si bien esta no es una investigación que gire en torno a procesos de construcción de paz relacionados directamente con el conflicto armado, me parece que es importante indagar en la aplicación de la ética del cuidado más allá de los espacios asociados al trauma de la guerra, lo que permite plantear escenarios más cercanos de su apuesta en la cotidianidad – que está marcada por diferentes tipos de violencia estructural –. La Canasta, explica Olarte-Sierra, se define como un proyecto que desborda el concepto de mercado: es una red con apuestas políticas claras hacia la noción de Buen Vivir, lo que trae aparejada una crítica a los modelos actuales de consumo y relacionamiento, propios del capitalismo.

La gran conclusión de la investigación es que los procesos de La Canasta posibilitan el mantenimiento de pro-comunes (bienes comunes), como el patrimonio gastronómico, a partir de las dinámicas reticulares que se tejen cuando se dan procesos relacionales a través del cuidado. Todos los actores de la red son importantes para el sostenimiento del sistema de La Canasta, que ha



podido mantenerse en el tiempo gracias a prácticas puntuales de atención, compromiso y solidaridad de muchos de sus miembros.

Por último, el énfasis en el valor de hacer teoría y praxis desde lo afectivo-emocional es fundamental para la perspectiva de la ética del cuidado y su aplicación en la construcción de paz. Además de, como ya lo he mencionado, criticar fuertemente la idea de entender las emociones como obstáculos para un relacionamiento social armonioso, se las comprende como potentes fuerzas de transformación social y la razón de ser de apuestas vitales guiadas por la ética del cuidado.

Comins (2003) plantea que la academia debe dejar de temerle a explorar las posibilidades que existen en los conceptos como el amor o la ternura para construir nuevos conocimientos. Bajo el rechazo a la posibilidad de parecer demasiado “blandas”, incluso las ciencias sociales han relegado el análisis de estas experiencias humanas, que tienen mucho que aportar en el ámbito de la regulación de los conflictos, la no-violencia y la construcción de paz. La ética del cuidado es una abanderada de la posibilidad de usar las emociones como puntos fuertes de su teoría académica, aceptando los retos que la subjetividad de ello implica (Langle, 2018).

Cuestionar los márgenes y las exclusiones desde los que se construye el conocimiento ha derivado en investigaciones como las de Tania Pérez-Bustos (2018), una antropóloga con un extenso recorrido investigativo acerca de la relación entre el cuidado y la producción de conocimiento científico. Parte del hecho de que la ciencia ha sido históricamente cooptada por valores patriarcales que no sólo han marginado a grupos poblacionales subalternos (como las mujeres, las personas racializadas o las disidencias sexuales), sino que simultáneamente ha cercenado formas de abordar la ciencia bajo supuestos menos utilitarios a un sistema basado en la competencia y el reconocimiento público, como aquellas que ponen el foco de la labor científica en el bienestar de las víctimas.

Algunas de sus investigaciones etnográficas las ha realizado con bacteriólogas y microbiólogas que trabajan en la identificación de víctimas en el marco del conflicto armado colombiano; un trabajo que lo desarrollan mujeres en

su gran mayoría. A partir de la caracterización acerca de cómo estas científicas desarrollan sus labores, Pérez-Bustos (2018) explica que es posible plantearse formas de producir conocimiento desde el cuidado, que integre dimensiones afectivas, relacionales y prácticas, y “que tienen lugar no solo en los laboratorios, los escritorios o los archivos, sino en estrecha relación con los públicos, las víctimas y las comunidades” (p.59). La autora enfatiza especialmente en el carácter cuidadoso de la ciencia que surge cuando el conocimiento puede construirse alrededor de las relaciones que se tejen entre personas científicas y no científicas. Adicional a esto, menciona que también se evidencia un proceso de cuidado en la labor cotidiana de estas profesionales cuando esta se imbrica con el activismo y la preocupación por cuestiones éticas y políticas que afectan a la sociedad, como la reparación a las víctimas del conflicto armado.

Su investigación hace un llamado a privilegiar el conocimiento que surge a partir de los vínculos, los afectos, los contactos; a entender que un futuro más rico para la ciencia puede vislumbrarse a partir de la interdependencia epistemológica y a la apuesta por el desmonte de valores hegemónicos y androcéntricos, como la autonomía y la competitividad. Esta es también la apuesta de las otras investigaciones que aquí he mencionado, las cuales toman como punto de partida el papel protagónico de las emociones para explicar los procesos de construcción de paz en diferentes contextos.

## **II. LOS LUGARES DE ENUNCIACIÓN**

### **Ética del cuidado**

La definición de cuidado, planteada por Fisher y Tronto (1990), como se cita en Pérez-Bustos (2018) plantea que

En cuanto oficio, el cuidado es ante todo cualquier práctica que realizamos orientada a mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de manera que podamos vivir en él tan bien como sea posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestro ser y nuestro ambiente y todo aquello que hacemos para entretejer una compleja red del sostenimiento de la vida. (p.55)

Esta definición es amplia y a partir de ella, especialmente desde los estudios feministas, se ha logrado dar un énfasis novedoso en el trabajo teórico e investigativo de las ciencias sociales gracias a la inclusión de una parte de la realidad que por mucho tiempo ha sido desestimada por la academia.

Al hablar de la ética del cuidado, automáticamente se referencia la teoría feminista. El cuidado, como lo plasmé anteriormente, entendido como un entramado de actos que sostienen la vida, tiene sin duda un componente de género, en tanto los cuerpos feminizados han sido los responsables de asumir la carga de estas actividades y actitudes. Comins (2003) explica que, en términos generales, existen dos formas de abordar el cuidado desde el feminismo: a partir de un espíritu de denuncia frente a la distribución inequitativa de él mismo – la tendencia más generalizada –; o una visión “positiva”, la de escudriñar dentro de aquellas actitudes de cuidado (las cuales han sido pormenorizadas, silenciadas y dadas por sentado) qué puede interpelarnos como humanidad para enriquecer las formas en las que concebimos la paz y su puesta en práctica. Comins es enfática en que estas dos visiones no deben ser entendidas de manera antagónica o jerárquica; son necesarias para abordar de manera integral la realidad, y hacer acopio de ellas de manera simultánea genera una visión más amplia de las propuestas que se puedan generar en los estudios de paz. Sin embargo, al hablar de una *ética del cuidado*, el foco se pone mayoritariamente en esta última visión “positiva”:

Es dentro de esta opción en la que se enmarca la propuesta de la ética del cuidado, ya que nos aporta nuevos modos de plantear y resolver los conflictos entre los seres humanos, y formas satisfactorias de satisfacer sus necesidades (Comins, 2003, p. 55).

Por tanto, es este último enfoque al que también me remitiré, principalmente, para mi investigación; sin que ello implique eliminar las reflexiones en torno a la crítica y la denuncia.

### ***Surgimiento del término***

El concepto de *ética del cuidado* surgió de la feminista, filósofa y psicóloga Carol Gilligan en 1982, en su obra *In a Different Voice*. Gilligan planteó una crítica a las investigaciones de su mentor, el psicólogo Lawrence Kohlberg, famoso por

exponer la conocida teoría sobre el desarrollo moral. Kohlberg había propuesto un modelo de desarrollo moral en los seres humanos, en donde caracterizó el avance progresivo en el tiempo de valores morales. Kohlberg realizó este estudio con una muestra únicamente de varones. Gilligan se propuso hacer una investigación similar sólo con mujeres, descubriendo que estas últimas no seguían los patrones que su mentor había propuesto.

Este descubrimiento resultó en la publicación del ya mencionado libro *In a Different Voice*, el cual se convirtió en una obra de suma importancia para el creciente universo de pensamiento feminista. Según Medina-Vicent (2016):

Con la publicación de su obra *In a Different Voice* (1982), mostró las consecuencias sociales de plantear la cuestión de las mujeres dentro de los parámetros del discurso científico establecido, y señaló que tanto los teóricos morales como los de la psicología habían “adoptado implícitamente la vida del varón como norma, tratando de crear mujeres a base de un patrón masculino”. De este modo, puso de relieve la necesaria incorporación de la experiencia femenina en la teoría moral y política, históricamente asociada a los hombres y al ámbito público. (p.89)

Gilligan construyó sus postulados argumentando que las teorías éticas y de desarrollo moral tradicionalmente fuertes - y con vigencia hasta el momento -, a las que ella llamó *ética de la justicia*, habían privilegiado un punto de vista desde la experiencia masculina, tildando de débil o de poca importancia el mundo de experiencias de las mujeres, que denominó *ética del cuidado*. Es necesario aclarar que la diferenciación moral entre hombres y mujeres no es un postulado nuevo en el pensamiento, sin embargo, no se le había atribuido el valor que Gilligan propuso ante esta diferenciación. Las características dualistas firmemente marcadas entre los sexos han hecho parte de una cultura patriarcal de larga data que se ha encargado de jerarquizar los valores y las características que atribuye a mujeres y a hombres, poniendo, como es sabido, en un nivel superior aquellas relacionadas con los varones.

Hombres y mujeres fueron asociados a proyectos morales radicalmente distintos: las normas, valores y virtudes masculinas se estructuraron en torno a la justicia y los derechos, mientras las femeninas se nuclearon en

el cuidado y la responsabilidad. Además de diferentes, ambas perspectivas se concibieron en conflicto, y la perspectiva particularista y emocional de las mujeres se vio como peligrosa para la vida social pública, justificando así la exclusión social de la mujer de esta esfera (Fascioli, 2010, p. 41).

### ***El peligro de las dicotomías***

Comins es una de las autoras que hacen crítica frente al hecho de que la ética del cuidado ha tendido a contraponerse a la ética de la justicia bajo explicaciones dicotómicas. Argumenta que la experiencia humana es difícilmente reducible a dicotomías: los extremos no abarcan la complejidad de los seres humanos. Es por esto por lo que no opta por decantarse entre una ética del cuidado y una ética de la justicia, ya que no son mutuamente excluyentes; más bien se abren posibilidades para elaborar concepciones más ricas de la ética.

Es así importante entender que la teoría sobre la ética del cuidado de Gilligan resultó revolucionaria porque cuestionó el adjetivo de “flaqueza moral” a lo que ella consideraba una “voz diferente”. Gilligan encontró que la escisión en la socialización entre hombres y mujeres implicaba el desarrollo de valores morales “tales como la empatía, la escucha, la paciencia o la ternura; valores que también podrían desarrollar los hombres si compartieran el mismo mundo de experiencia” (Comins-Mingol, 2015, p. 37). A partir de esto, Gilligan propondrá una ética enfática en cuestiones de afecto y cuidado entre seres humanos (Medina-Vicent, 2014), en la que la responsabilidad hacia los otros será guía en el actuar.

Si bien Gilligan nunca argumentó que esta fuera una ética que sólo estuviera al alcance de las mujeres, su investigación pionera sí quiso demostrar que esta era una voz diferente y característica de ellas<sup>3</sup>. Comins (2003) advierte sobre el peligro de interpretar esto desde un punto de vista esencialista – crítica que, de hecho, ha sido constante hacia Gilligan -, sin embargo, explica que tanto la propia Gilligan como las personas que han seguido investigando a partir de

---

<sup>3</sup> A este análisis se le han ido agregando componentes de la interseccionalidad además del género, como la raza y la clase. Los estudios iniciales de Gilligan carecieron de profundizar en estas otras categorías analíticas.

sus propuestas, son enfáticas en que las diferencias son aprendidas, no biológicas:

Por lo tanto, en tanto que construcción social, puede modificarse, puede aprehenderse o desaprehenderse, y éste es el punto clave al que era necesario llegar y en el que cabe insistir. Sólo desde este punto de partida puede surgir una propuesta educativa que tenga la educación en el cuidado como elemento principal en la construcción de una cultura para la paz (p.80)

La misma Gilligan, en publicaciones más recientes, ha resaltado la necesidad de desnaturalizar las características o tendencias que pueden mostrar los sexos en relación con su desarrollo moral, ya que esto no es producto de un destino biológico imposible de transformar, sino que es resultado de una socialización sexualmente diferenciada dentro de un contexto patriarcal. Esto resulta de gran relevancia ya que sería imposible hablar sobre la necesidad de universalizar valores feminizados si se entendiera a una parte de la población (los hombres) como imposibilitada para adquirirlos.

La ética del cuidado no es una ética femenina, sino feminista, y el feminismo guiado por una ética del cuidado podría considerarse el movimiento de liberación más radical —en el sentido de que llega a la raíz— de la historia de la humanidad. Al desprenderse del modelo binario y jerárquico del género, el feminismo no es un asunto de mujeres, ni una batalla entre mujeres y hombres, sino el movimiento que liberará a la democracia del patriarcado (Gilligan, 2013, p. 31).

De acuerdo con lo anterior, las autoras se aferran al llamado de las feministas a *desgenerizar el cuidado*, en este caso, más puntualmente, la ética del cuidado; como un punto de partida elemental para concebir nuevas formas de relacionarnos y para enriquecer las perspectivas desde las cuales se puede construir paz. La desjerarquización de las características morales entre los sexos y la potencialidad de la integración de estas como valores humanos es una de las propuestas de Gilligan en su larga trayectoria académica de la que haré acopio en esta investigación.

Como lo expresaba anteriormente, comparto la crítica de Comins sobre el poco valor constructivo que hay en entender la ética del cuidado y la ética de la justicia como polos antagónicos en los que puede o no encasillarse una persona. Para ella, la ética del cuidado viene a complementar la de la justicia; y la posibilidad de pensar nuestras acciones a la luz de esta ética enriquecida abre caminos para los estudios de paz:

Desde la perspectiva de la promoción de una Cultura para la Paz, no están las cosas como para cerrar ventanas, sino para abrir más puertas, y por ello se hace necesario superar la dicotomía y crear conjuntamente una visión de la moral más completa y abarcadora. La justicia y el cuidado no se plantean como alternativas sino como acumulativas. No son excluyentes (Comins, 2003, p. 93).

### ***La red de la vida: los humanos como seres interconectados e interdependientes***

La presente investigación, enmarcada en los estudios de paz, conlleva a poner el foco en la *interdependencia* o *interconexión* como una de las características más relevantes de la ética del cuidado. El concepto de interdependencia remite a las reflexiones en torno a la vulnerabilidad – apartada de su concepción peyorativa –, la responsabilidad frente a otros y la consciencia de la capacidad de agencia. El carácter reticular del cuidado será el enlace más fuerte con las nociones que explicaré posteriormente sobre construcción de paz

Entender la complejidad de la red de relaciones que sostiene la vida es una conciencia a la que apela la ética del cuidado en aras de hacer una contraposición a una concepción individualista de los seres humanos, y es que comprender la existencia a través de la interdependencia permite pensar las acciones que realizan las personas en clave de la responsabilidad que estas conllevan. La noción de interdependencia también posibilita la idea de entender que es plausible ser un sujeto agente, es decir, que las acciones realizadas como individuos tienen una repercusión en la realidad. Al respecto, Medina-Vicent (2014) anota que:

[...] un concepto central de la ética del cuidado es el de responsabilidad, y su punto de partida se basa en “la comprensión del mundo como una

red de relaciones en la que nos sentimos inmersos y de donde surge un reconocimiento de la responsabilidad hacia los otros". Consecuentemente, se pretende pasar del formalismo de principios abstractos propio de la ética de la justicia y la imparcialidad del "otro generalizado", entendido como un modelo de individuo universal e imparcial; a la adopción del punto de vista del "otro concreto" (p.93).

La ética del cuidado afirma así una concepción intrínsecamente relacional de los seres humanos (Comins-Mingol, 2015), y busca que aquella sea la idea que guíe las acciones de la ciudadanía,

[...]lo que Sevenhuisen (2003) llama una ciudadanía cuidadosa: la posibilidad de pensar en (y ser) colectivo –y no individuos–, de reconocer nuestra interdependencia con otras personas, otros seres vivos y otros ecosistemas como una característica fundamental e innegociable para nuestra existencia y la de los demás (Puig de la Bellacasa, 2012; como se citó en Olarte, 2015, p. 130)

Comins (2008), lo explica de esta manera:

Para que exista un cuidado y un sentimiento de responsabilidad por lo que nos rodea es preciso partir de la experiencia de interconexión. La interconexión es el sentimiento de que aquello que uno hace puede modificar la realidad que le rodea, que uno es responsable hasta cierto punto de lo que ocurre a su alrededor y que tiene siempre un margen de capacidad de transformación (p.28).

### ***La pregunta por la ética del cuidado alcanza a la democracia***

Relacionado con lo expuesto anteriormente, Joan Tronto ha sido una de las autoras que más ha reflexionado frente a la simbiosis entre ética del cuidado y democracia. Teniendo en cuenta que el cuidado, por el simple hecho de serlo (o parecerlo) no es deseable, Tronto se pregunta "¿existe algún tipo de cuidado que sea específicamente útil si estamos comprometidos con los valores de la democracia?" (Tronto, 2018, p. 25). Si bien mi investigación se centra específicamente en las relaciones que pueden existir entre la ética del cuidado y la construcción de paz en el marco de una comunidad que está atravesando un



proceso de transición a la paz, reflexionar sobre el papel de la ética del cuidado en un contexto no necesariamente de transición es fundamental, ya que las prácticas enmarcadas en una ética del cuidado no limitan su utilidad a momentos particulares del devenir de una sociedad, sino que es valiosa como una luz constante en la cotidianidad de las poblaciones.

Para Tronto (2018),

Imaginar una sociedad democrática y cuidadora es idear una sociedad cuyos sentidos de justicia logren balancear la forma en que las cargas y las alegrías del cuidado se equilibren, de modo que cada ciudadano y ciudadana sea tan libre como sea posible (p. 27).

Hablar de democracia y ética del cuidado es un ámbito que no debe ser ajeno a las propuestas de construcción de paz. En momentos en los que una comunidad puede estar pensando las bases de una sociedad no violenta para no repetir errores del pasado, es necesario preguntarse acerca de las necesidades de quienes conforman el tejido comunitario, emprender una escucha activa, y ser capaces de imaginar formas de cubrir aquellas necesidades de la mejor manera.

Anteriormente presenté algunos estudios hechos en Colombia que explicaban la tendencia a que las mujeres sean las que asumen las cargas de la reconstrucción comunitaria después de la guerra, que es una forma de cuidado. La mayor parte de autoras que teorizan en torno al cuidado hablan de la distribución desigual de este en las sociedades, así como de las políticas paternalistas por parte de instituciones que suelen implicar dinámicas de poder que invisibilizan a los receptores del cuidado. El resultado es otra forma de violencia. Con respecto a esto, Comins habla de re-aprehender el cuidado, porque cabe recordar que no toda forma de cuidado es deseable por sí misma: el cuidado puede mutar en paternalismo asfixiante, puede ser un cuidado que genere un desgaste excesivo hacia la persona cuidadora, puede ser contraproducente para la continuidad de la vida de otros seres, etc.

Sin un respeto a la autonomía del otro el cuidado se convierte en ahogamiento. Al mismo tiempo, el cuidado sin respeto a uno mismo se convierte en sacrificio y abnegación, en cambio, como dijo Fromm «el

amor maduro significa unión a condición de preservar la propia integridad, la propia individualidad» (Comins, 2003, pp. 109-1100).

Considero de gran importancia estas las reflexiones en el marco de un posacuerdo: ¿cómo pensarse una sociedad que reconstruya su tejido social después de la guerra sin que esta implique la reproducción de violencias de vieja data, como la carga desigual de este trabajo sobre las mujeres? A la luz de la ética del cuidado, ¿cuál es el papel del Estado en los procesos comunitarios de construcción de paz, teniendo en cuenta que no es deseable que caiga en políticas paternalistas que suelen ignorar necesidades importantes de las poblaciones? Las preguntas frente al espíritu mismo del cuidado también son importantes, ya que, en tanto este sea visto como una carga de la que se es posible librar en la medida en que se acumulan privilegios – de sexo, clase, raza – se continuarán perpetuando ideas dañinas que relacionan el cuidado con la debilidad o la pobreza, y se perderán los aportes valiosos que las acciones de cuidado pueden suscitar para la construcción de mejores sociedades.

El cuidado democrático requerirá, por ejemplo, que prestemos mayor atención a cómo perciben sus necesidades quienes reciben cuidado. Así mismo, si llevamos estas capacidades (escuchar, ver el mundo desde las perspectivas de otras personas, reflexionar sobre nuestras propias acciones) a nuestras prácticas políticas, estaremos más cerca del ideal de ciudadanía democrática y deliberativa (Tronto, 2018, p. 29).

### **Construcción de paz: el abrazo a la complejidad**

La definición de construcción de paz que acuñaré para esta investigación es la que sigue la línea teórica de John Paul Lederach, quien propone comprenderla más allá de un momento que sólo existe posterior a la firma de un acuerdo de paz, para en su lugar concebirla como un proceso sin una ubicación estrictamente definida, que antecede y sigue los acuerdos de paz, procesos que sí son puntuales en el tiempo. De esta manera, “se entiende como un concepto global que abarca, produce y sostiene toda la serie de procesos, planteamientos y etapas necesarias para transformar los conflictos en relaciones más pacíficas y sostenibles” (J. P. Lederach, 1998, p. 48)

De la misma forma, me apoyaré en la importancia que este autor le da a la comprensión de la “maraña” de relaciones que conforman una sociedad, así como al pensamiento en red, para poder proponer soluciones adecuadas en los procesos de construcción de paz, no sólo como una sugerencia metodológica desde la academia, sino como un recurso explicativo de las actitudes y actividades que las personas en los territorios ya han venido desarrollando por su cuenta. (J. P. Lederach, 2008).

La idea de la red de relaciones estará presente alrededor de toda la investigación, siendo enfática en que dicha red sobrepasa las relaciones humanas, y abarca también lo no humano, la naturaleza, como parte indisociable de las dinámicas cotidianas del campesinado. Es así como también me apoyaré y sustentaré la importancia de la comprensión la *paz territorial*, concepto que Angela Lederach invita al análisis académico a través de un “enfoque que esté atento a las formas en que los campesinos construyen la paz dentro de una ecología de mutuas relaciones de cuidado” (A. J. Lederach, 2017).

Esto último es de suma importancia, teniendo en cuenta que al hablar de paz en comunidades campesinas es erróneo desligar este análisis de su relación con la Tierra. No es posible, ya que esto define la categoría misma de campesinado. Angela Lederach (2017) explica el terrible error en el que pueden caer las comprensiones de la violencia y la paz cuando no se escucha ni se ve la red de la vida en la que están envueltas las personas, especialmente si se trata de comunidades que definen su identidad a través de *relaciones multiespecie*, como es el caso de los campesinos:

Para los campesinos que cultivan la tierra y, a su vez, son nutridos por la tierra, la vida cotidiana incluye prácticas agrícolas diarias fundadas en relaciones de reciprocidad forjadas entre humanos y no humanos (Ingold 2000). La ruptura violenta de estas relaciones da como resultado una sensación extendida de estar perdido y desarraigado, incluso cuando las personas permanecen en su lugar. Desafortunadamente, los marcos de construcción de paz que externalizan a los humanos del medio ambiente niegan el reconocimiento de las experiencias multidireccionales y multidimensionales de violencia y desplazamiento. En consecuencia, las concepciones y prácticas locales de paz también se oscurecen, lo que

puede tener costos nefastos para los más profundamente afectados por conflictos violentos (p.4)

Otro punto importante sobre la definición de construcción de paz que utilizaré en la presente investigación es el reconocimiento de que esta se ha dado por parte de las comunidades incluso en los momentos más oscuros de la violencia, teniendo en cuenta que “las historias de violencia se entremezclan con las historias de la construcción de la paz desde la base” (A. J. Lederach, 2017, p. 2), que han existido en los campos colombianos mucho antes de que hiciera presencia un interés gubernamental o de organizaciones en los territorios (A. J. Lederach, 2017).

Continuando con la importancia teórica y práctica de la visión reticular en la construcción de paz que inspira este trabajo, seguiré también la línea Máire Dougan (1996), quien acuña el término de “paradigma anidado” para hacer referencia al carácter relacional y multidimensional de los conflictos. Relaciono esto con el debate sobre la “profundidad” de las acciones a realizar en aras de la construcción de paz, teniendo en cuenta que no es necesario decantarse por una sola de las esferas del conflicto para incidir sobre este. Lo que resulta de gran importancia es identificar sus capas y relaciones para hacer un trabajo de investigación y construcción de paz efectivos. “Podremos no estar facultados hoy para deshacernos de los muchos “-ismos” de nuestra sociedad, pero podemos crear dentro de nuestras comunidades e instituciones oasis en los que aquellos “-ismos” no sean operativos” (Dougan, 1996, p.18). Entender de esta manera la construcción de paz permite abrir horizontes muchas veces opacados por el carácter inabarcable que puede suscitar un conflicto violento.

Lederach, en su libro “La Imaginación Moral” (2008), lista cuatro pilares básicos en el campo de la construcción de la paz que serán guías en esta investigación para entender y aplicar dicho quehacer. Lo que Lederach denomina “el gran reto de la construcción de la paz” (Lederach, 2008, p.63) es responder a la pregunta de “¿cómo construir respuestas creativas a pautas de violencia que se autoperpetúan en un sistema complejo formado por múltiples actores, con hechos que están sucediendo simultáneamente?” (Lederach, 2008, p.63). Los cuatro pilares básicos mencionados para encontrar soluciones a esta pregunta se refieren a: 1) Tener en cuenta la centralidad de las relaciones: es

necesario entender el panorama de redes complejas que se forman entre los actores de un conflicto violento, así como ser conscientes del papel que uno mismo ocupa en aquel panorama histórico y de constante evolución. 2) La curiosidad paradójica: el uso como investigadores de la curiosidad para entender los conflictos violentos de manera compleja, y de esta forma permitirse pensar más allá de los dualismos áridos que suelen perpetuar los ciclos de violencia. “La curiosidad paradójica sostiene una inquietud permanente que explora con atención el mundo de posibilidades que hay más allá de los argumentos inmediatos y las definiciones estrechas de la realidad [...]” (Lederach, 2008, p. 69). 3) Proporcionar espacio para el acto creativo: el acto creativo, entendido en este contexto como la capacidad de imaginar más allá de los patrones violentos conocidos, puede potenciarse al proporcionar espacios que susciten dicha creatividad. 4) La voluntad de arriesgar: alude al potencial que surge de poner en práctica los procesos imaginativos que corten los ciclos violentos, los cuales pueden resultar desconocidos o “riesgosos”, pero entrañar importantes y beneficiosos cambios (Lederach, 2008).

### **La perspectiva de género y la apuesta feminista**

La perspectiva feminista y de género entraña amplias posibilidades dentro de la academia, trabajando bajo el horizonte de ensanchar la comprensión de todos los ámbitos que implican la vida humana. Los relatos que hemos construido para comprendernos como especie, aquellos para explicar la otredad – humana y no humana -, las interpretaciones históricas, las políticas públicas, los movimientos sociales, etc.; son susceptibles a ser reinterpretados y transformados bajo la mirada de las teorías feministas.

Decidir aplicar la perspectiva de género en la academia implica de por sí un trabajo contra-hegemónico, teniendo en cuenta que la mirada androcéntrica en la construcción de conocimiento formal ha sido desequilibrada hace relativamente poco, y aún continúa disputando fuertemente su lugar histórico.

La perspectiva de género impulsa a crear nuevos conocimientos sobre temas que parecieran ya lo suficientemente teorizados, y a construir legitimidad alrededor de las concepciones de la realidad de los sujetos no-masculinos. (Lagarde, 1996). La decisión de poner una mirada feminista sobre la realidad, de

reivindicar el hecho de que el conocimiento es incompleto sin la inclusión de otras voces en él, como la de las mujeres, es, por lo tanto, un compromiso político. Para Rita Segato (2016),

[...] mientras no desmontemos el cimiento patriarcal que funda todas las desigualdades y expropiaciones de valor que construyen el edificio de todos los poderes —económico, político, intelectual, artístico, etc.—, mientras no causemos una grieta definitiva en el cristal duro que ha estabilizado desde el principio de los tiempos la prehistoria patriarcal de la humanidad, ningún cambio relevante en la estructura de la sociedad parece ser posible —justamente porque no ha sido posible— (pp. 19-20)

Rao (2004), citando a Reimann (2001), explica tres premisas interconectadas bajo las que el género puede entenderse como categoría analítica: (1) aquella que teoriza alrededor de la identidad de género individual, en referencia a las ficciones sobre masculinidad y feminidad que moldean la identidad individual de las personas en una comunidad; (2) la que hace referencia al simbolismo de género, que se pregunta acerca de las dicotomías que estereotipan la feminidad y la masculinidad, cómo pueden ser superadas, y cómo su naturaleza cambiante puede ser tomada en cuenta en los procesos de construcción teórica; y (3) la que indaga sobre la estructura del género, con un énfasis especial en los mandatos de género que se institucionalizan en las esferas públicas y privadas de las sociedades.

Esta investigación está atravesada e inspirada en las implicaciones de las perspectivas feministas y de género a las teorías de construcción de paz. En referencia a las tres dimensiones del género como categoría analítica anteriormente expuestas, es mi intención exponer algunas de las formas en las que estas se encuentran interrelacionadas en el caso concreto de la comunidad campesina de Pradera, atendiendo a las prácticas, apuestas y obstáculos que surgen de estas tres dimensiones. Como expresa Rao (2004), comprender el género desde esta perspectiva analítica permite a su vez abrir espacio a la posibilidad de cambio social, y esto “debido a que las tres dimensiones de género están estrechamente interconectadas y solo tienen sentido juntas, implica que si

el cambio tiene lugar en un nivel, entonces toda la constelación del triángulo de género cambiará” (p.29).

Abordar las teorías de paz desde el feminismo tiene múltiples ventanas, y mi interés es centrarme en aquella que teoriza alrededor del cuidado no sólo como una imposición cultural que ha obstaculizado la inserción de las mujeres en diferentes ámbitos de la vida pública, sino también – y principalmente – como premisa bajo la cual plantear formas más dignas de relacionarnos y construir propuestas de paz y democracia. El cuidado y las teorías que surgen alrededor de él, como la ética del cuidado, pueden generar conocimientos y análisis valiosos a partir de la mencionada mirada de las tres dimensiones del género como categoría analítica, a sabiendas de que, como práctica, está indiscutiblemente marcada por el género, y que como apuesta política se ha nutrido enormemente de su evaluación.

Considero que las propuestas feministas de reivindicación de lo colectivo y lo cuidadoso frente a la progresiva imposición del individualismo moderno son fundamentales para continuar haciéndole grietas a este sistema. Es bien sabido que puede hablarse de paz en términos de competencia y de autoritarismo, que las políticas públicas paternalistas y no participativas pueden estar enmascaradas en “cuidado”, perpetuando así las hegemonías que han devenido en las tragedias que presenciamos.

Uno de los objetivos que pretendo lograr con la perspectiva feminista de esta investigación es explicar por qué considero apuestas antipatriarcales varios de los logros y los proyectos del campesinado de la región. Sostengo que resistir y recuperar las tierras de las dinámicas que imponen los sistemas capitalista y patriarcal son actos de paz, en tanto las formas en las que operan los sistemas mencionados son violentas: se alían para imponer sus preceptos de manera autoritaria, no conciliadora, jerárquica y en detrimento de poblaciones que no sirven a sus intereses.

Por otro lado, las teorías ecofeministas han explicado ampliamente cómo la explotación de la Tierra, de los grupos sociales vulnerables – como los campesinos – y de las mujeres comparten los mismos preceptos de dominación de lo masculino sobre lo considerado femenino, y que poner en el centro de

nuestro accionar el cuidado hacia los otros y la Tierra es una clara resistencia a la alianza entre los sistemas patriarcal y capitalista. Es así como la discusión sobre las ideas culturalmente arraigadas de lo que es la masculinidad y la feminidad, los roles que se les exige y los atributos que se les otorgan, así como las apuestas en torno al cuidado y reproducción de la vida, hacen parte de una reflexión que debe darse para una comprensión amplia de lo que implica cimentar procesos de paz, especialmente en comunidades campesinas.

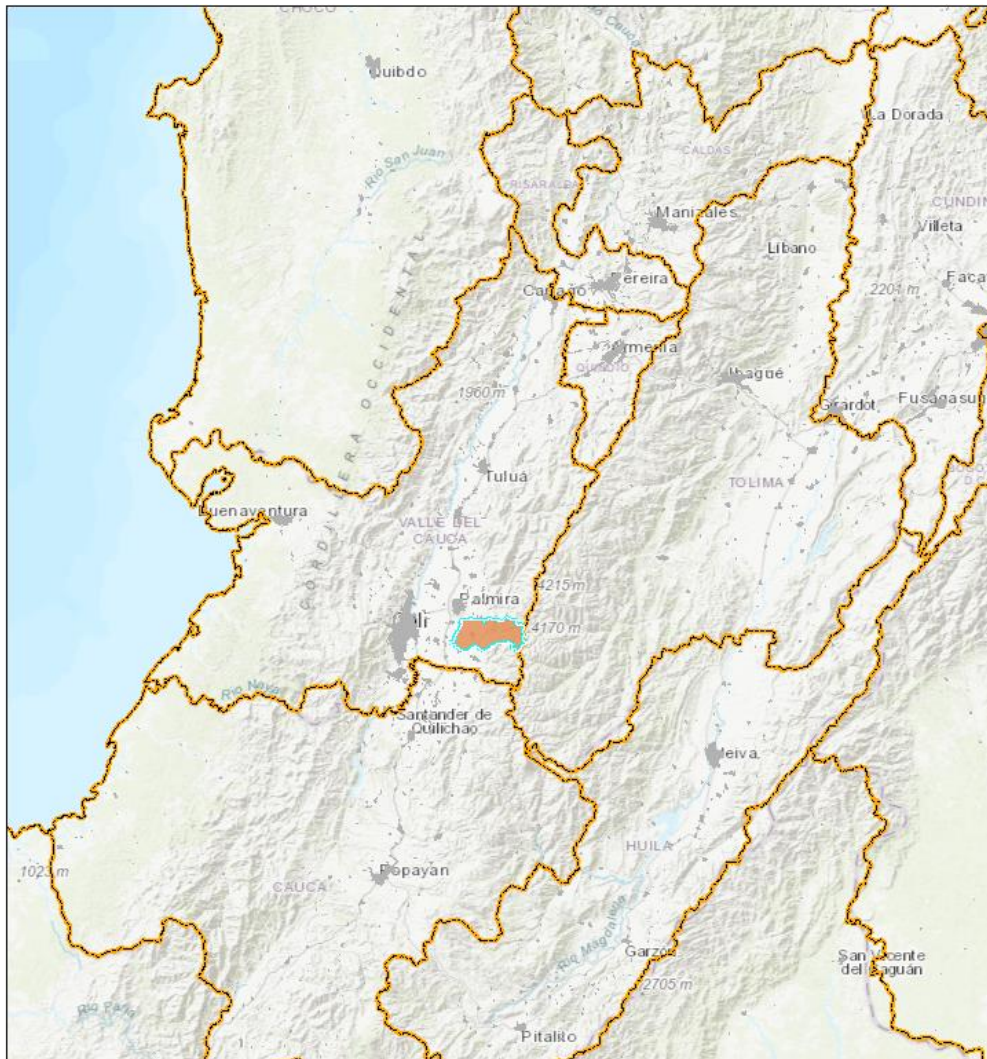
### **III. CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO**

#### **Generalidades del municipio de Pradera**

Pradera es un municipio del sur del Valle del Cauca que limita al norte con Palmira, al sur con Florida, al oriente con el departamento del Tolima, y al occidente con Candelaria. Presenta una geografía de contrastes, con zonas planas y de ladera. Tiene abundantes fuentes hídricas, y de los ríos que la atraviesan, el Bolo es el más importante, otorgando su nombre a tres de las veredas del municipio: Bolo Azul, Bolo Blanco y Bolo Hartonal (Alcaldía de Pradera, 2016).



**Figura 1. Ubicación de Pradera, Valle**



*Fuente: Sistema de Información Geográfica – Instituto de Estudios Interculturales*

Su área es mayoritariamente rural, ocupando esta zona el 62,9% del municipio. A pesar de esto, la población rural sólo representa un 12,7% del total. Pradera es un lugar de importante convergencia étnica, contando con una gran población afro (el 30,8% de los habitantes), y con un resguardo indígena, Kwet Wala, el cual posee una extensión de 1259 ha (Alcaldía de Pradera, 2016). El Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) de la zona rural asciende a un 63,7%, mientras que el de la zona urbana registra un 32,7%. Este dato, para la zona rural de Pradera, es bastante mayor que el registrado de la zona rural departamental, indicado en un 26,2%.

Históricamente, la base de la economía de Pradera ha sido la agricultura y la ganadería. A partir de la fuerte entrada de las políticas neoliberales en el

país, en el año 1991, el municipio empezó a depender de una economía extensiva de caña. Esta fue una tendencia departamental, teniendo en cuenta que para 1999, la caña de azúcar ocupaba el 46,7% del área cultivada en todo Valle del Cauca (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2014). Lo anterior ha significado el progresivo desplazamiento de mano de obra a centros urbanos de mayor tamaño, como Cali y Palmira, ya que la recepción de empleo en el municipio es en su mayoría para trabajos en los ingenios (Alcaldía de Pradera, 2016).

La fuerte dependencia con la caña de azúcar puede evidenciarse en tanto que, de las zonas destinadas a la agricultura en el municipio (el 32,2% de la zona rural), casi la totalidad (93,4%) de esta se encuentra ubicada en las zonas planas, utilizadas casi exclusivamente para la caña de azúcar dada la eficiencia económica que supone su siembra en este tipo de geografía. De esta forma, Pradera hace parte de una subregión vallecaucana clasificada como “eje productor y transformador de la caña de azúcar” o “sur cañero”, junto con municipios como Palmira, Florida y Candelaria (CNMH, 2014).

### **Caña de azúcar, zona plana y zona de ladera**

La distinción geográfica entre zona plana y zona de ladera es característica del ordenamiento territorial del Valle del Cauca, no sólo por cuestiones geográficas, sino también por los tipos de economía, los procesos de modernización, el carácter de los conflictos y las dinámicas de ordenamiento territorial que se dan como generalidad en el departamento dependiendo de esta diferenciación geográfica. La zona plana se caracteriza, como lo mencionaba anteriormente, por una estrecha relación con los cultivos de caña, y, por lo tanto, con una alta concentración de la tierra dadas las grandes extensiones de las haciendas azucareras en manos de pocos dueños. La zona de ladera, en cambio, ha estado históricamente estructurada en pequeñas y medianas propiedades de producción campesina (CNMH, 2014).

Frente a lo anterior, es importante anotar que Pradera es un municipio de 36.256 ha, y más de la mitad del territorio (64%) es zona de ladera (Instituto de Estudios Interculturales [IEI], 2019). Esta es la zona que presenta más deficiencias en servicios básicos, acceso a internet, nivel de escolarización,

carreteras, etc., hecho que también se relaciona con la ausencia de la alta productividad – que sí existe en la zona plana –y así, también de la ausencia del estado.

Los cultivos de caña están clasificados como “cultivos permanentes”, y ocupan el 92,9 % del área agrícola del municipio y el 99,7% de la producción total de la zona plana. Por su parte, en la zona montañosa, el 13,3% del área se utiliza para cultivos permanentes, siendo el café el más representativo de ellos (Alcaldía de Pradera, 2016). Según el Plan Municipal de Desarrollo de Pradera, “con un área sembrada tan pequeña y una producción tan baja en cultivos transitorios, frutales y hortalizas, no se puede garantizar la seguridad alimentaria de la población del Municipio ni generar fuentes de trabajo” (Alcaldía de Pradera, 2016, p. 101). El sector azucarero y su involucramiento con la producción de etanol y biocombustible es uno de los que más ha podido resistir los embates de las depresiones económicas en el país, recibiendo subsidios del gobierno y beneficiándose de las políticas de apertura económica. En contraparte, la mediana y pequeña producción campesina se ha deteriorado ante la desprotección estatal (CNMH, 2014).

Los lugares en los que desarrollé este trabajo de investigación se ubicaron en las zonas de montaña, en las que hay una menor dependencia hacia los cultivos agroindustriales o permanentes, lo que también implica una menor injerencia de los intereses de este poderoso sector, y, de alguna forma, más posibilidades para las reivindicaciones campesinas acerca de la soberanía territorial, como la conformación de una Zona de Reserva Campesina (ZRC), de la que hablaré más adelante.

La situación con la caña de azúcar no sólo tiene que ver con la marcada desigualdad que genera en la zona, su expansión, junto con otros cultivos agroindustriales más recientes, como el maíz, son motivo de agudización de fuertes disputas de las minorías étnicas y campesinos con los ingenios. También preocupa su impacto negativo en la diversificación agrícola, y en el beneficio de este tipo de cultivos para producción de biocombustible y etanol en detrimento de aquellos que suplen necesidades alimentarias básicas de la población (CNMH, 2014).

## **Estigmatización campesina, sectores poderosos y conflicto armado**

La contigüidad de Pradera con la zona tolimense de la Cordillera Central la convirtió históricamente en un corredor importante para las FARC, quienes tuvieron desde sus orígenes una cercanía estratégica y fundacional con el Tolima y sus montañas. La fuerte e histórica influencia de las FARC en las zonas de ladera del municipio hizo también parte de las razones por las que organizaciones campesinas sufrieran estigmatización por parte de varios sectores con poder, como los hacendados, quienes llegaron a tildarlos de extensiones de los grupos guerrilleros. Estos últimos sí tenían, de alguna manera, afinidad con las organizaciones campesinas y sus luchas por la tenencia de la tierra, y en ocasiones buscaban influir en sus decisiones (CNMH, 2014); sin embargo, la comunidad no se identificaba como parte de ellos.

Para comprender mejor las dinámicas de la violencia reciente en el municipio, es importante remitirse nuevamente a la década de los 90, no sólo con respecto a la expansión de la caña de azúcar y del poder de los hacendados, también por el narcotráfico, que había venido convirtiéndose en un sector boyante, de gran influencia y poder, el cual necesitaba controlar rutas y tierras para los diferentes estadios del negocio de la coca. En la región ya existían procesos de organización campesina desde los años 70, como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), Juntas de Acción Comunal (JAC) y Juntas de Usuarios Campesinos; quienes en estos años de apertura económica y narcotráfico sufrieron una intensificación del ejercicio de la violencia para mediar las disputas que se daban en torno a los modelos de desarrollo, las visiones políticas, las exigencias al gobierno y la tenencia de las tierras. Si bien narcos y hacendados constituían grupos económicos esencialmente diferentes, no sólo frecuentaban los mismos espacios sociales, ambos sectores también estigmatizaron a la población campesina e hicieron parte activa de la llegada de los paramilitares a la zona para proteger sus intereses económicos de la guerrilla (CNMH, 2014).

### **La incursión paramilitar**

Las fuertes disputas entre capos en la segunda mitad de la década los 90 debilitó por dentro su organización y posibilitó una mayor presencia de la guerrilla

en la zona. Los hacendados de las zonas planas comenzaron a sufrir secuestros y extorsiones, y los narcotraficantes vieron en peligro su soberanía sobre algunas partes de la cadena del narcotráfico que se disputaban con la guerrilla. Estas condiciones propiciaron la entrada del paramilitarismo en el territorio para frenar la proyección que las FARC pretendía realizar desde la cordillera central hacia el pacífico. Estas intenciones también fueron vehementemente rechazadas por sectores poderosos del municipio, quienes tuvieron responsabilidad en la mencionada incursión de la fuerza paramilitar para la contención guerrillera, implicando a su vez un escabroso escalamiento de la violencia armada (CNMH, 2014).

Es así como la presencia de paramilitares en la zona estuvo relacionada con el control territorial ligado a la guerra insurgente y contrainsurgente de la época, así como a los recursos económicos que estaban de por medio. Pradera hizo parte de una zona de disputa caracterizada por la lucha por el control de los cultivos de coca y amapola entre el paramilitarismo y las FARC, así como del intento de contención de la guerrilla. Según el CNMH (2014),

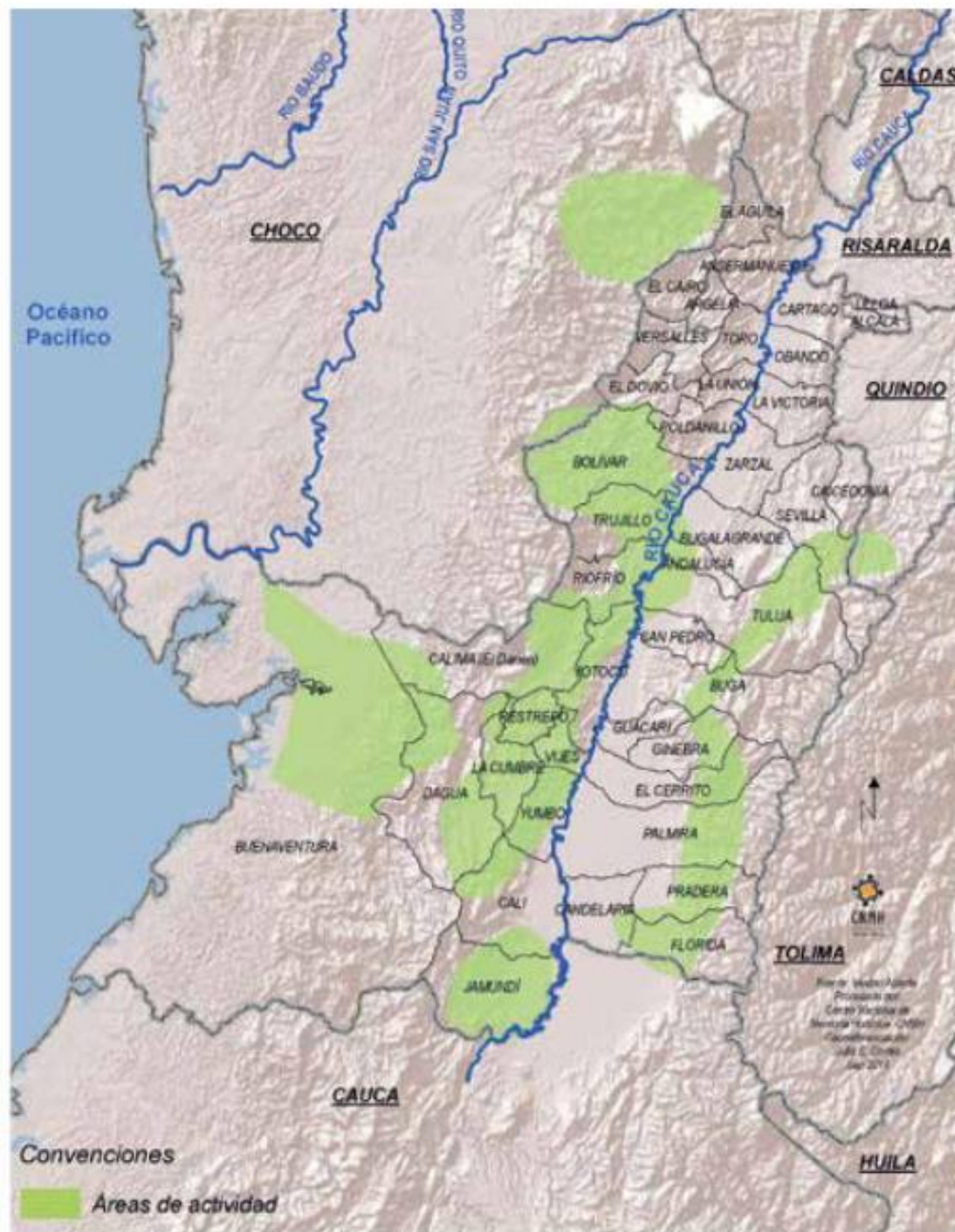
[...] la llegada del paramilitarismo a la región estuvo precedida por una serie de acciones violentas como respuesta al creciente accionar insurgente. A partir de testimonios ofrecidos por jefes paramilitares desmovilizados en las versiones libres de justicia y paz, las acciones guerrilleras estimularon la realización de un acuerdo entre diversos sectores de las élites regionales y los hermanos Castaño Gil para traer los “paras” al Valle. A esto se sumó, como se ha referido, el interés de los narcos por consolidar el territorio bajo su control y dominio, sin la competencia guerrillera en el territorio (p.278).

De esta manera, los paramilitares llegaron al Valle bajo el discurso de combatir la insurgencia, más específicamente, al Frente VI de las FARC, y en 1999 surgió el bloque Calima, grupo paramilitar que servía a los intereses de sectores poderosos (legales e ilegales) del departamento. Los paramilitares lograron hacer presencia en aproximadamente 26 de los 42 municipios del Valle, y en Pradera se asentó el frente paramilitar La Buitrera. El campesinado, asentado en estas zonas montañosas de la cordillera central, sufrió significativamente la violencia producto del estigma de su relación con la

guerrilla, siendo alias *HH* uno de los mandos protagonistas de este ensañamiento.

En mi trabajo de campo pude constatar la huella profunda de la violencia paramilitar en la memoria colectiva de los campesinos y campesinas. Mujeres como Alma Nuria tuvieron que pasar por el trauma de tener un arma contra su cabeza y la de su esposo, creyendo que estaban a punto de morir, y siendo salvados únicamente por la mención de que el lugar donde se encontraban era propiedad de un alto mando del ejército. También fue el caso de don Omar, a quien tiraron al suelo y le “pusieron la pata en la espalda” mientras lo amenazaban de ser guerrillero; o el caso de un hombre joven que comentó que en su niñez había sucedido el asesinato sádico de un amigo de su familia. En general los habitantes del territorio reconocen que, de los grupos armados que hubo en el sector, los paramilitares resultaron los más violentos contra la comunidad.

**Figura 2. Áreas aproximadas de influencia de actividad paramilitar en el Valle del Cauca (década del 2000)**



*Fuente:* (CNMH, 2014)

En el ambiente político también ejercían influencia los diálogos de paz del entonces presidente Andrés Pastrana con las FARC, y es importante recordar

que Pradera y Florida fueron los municipios que el grupo guerrillero exigía que se despejaran como condición para el diálogo.

Líderes comunitarios, por su parte, me comentaron que la guerrilla ejerció un papel de jueces en el territorio. Imponían pautas de comportamiento a la comunidad, como no robar o la prohibición del uso de aretes en los hombres. Actividades como el robo tenían niveles de castigo: los avisos, la exigencia de salir del territorio y, finalmente, la ejecución de la persona si esta no hacía caso de las advertencias.

### **La influencia del narcotráfico**

Por su parte, los narcotraficantes empezaron un proceso de acaparamiento de tierras – facilitado por la violencia paramilitar – y de incrustación en la sociedad que implicó transformaciones culturales y económicas, así como una profundización en la desigualdad del acceso a la tierra. La cultura mafiosa se ha caracterizado por sus demostraciones de opulencia como símbolo de poder, el uso de la violencia desmedida para resolver disputas, una intensificación de la cultura machista – muestra de ello es el gran incremento de la prostitución en la zona –, entre otros aspectos que impregnaron la cotidianidad de las comunidades rurales.

Los capos se aprovecharon de las necesidades de la población, quienes, como mencionaba anteriormente, habían visto sus oportunidades laborales cada vez más precarizadas con la entrada de las políticas neoliberales. Fue así como, tanto habitantes de zonas planas como de ladera, se involucraron en las cadenas de producción del narcotráfico, creando

nuevos órdenes basados en las relaciones y arreglos que se desprendían de la participación directa o indirecta de la población en la producción de drogas y sus circuitos económicos y políticos, redefiniendo la estructura social, las redes clientelares, los mecanismos de control político, los vínculos con el poder nacional y local, la producción y “redistribución” de la riqueza, el sistema de valores, normas y comportamientos permitidos y aceptados socialmente (Duncan, 2009; Vicepresidencia, 2006, como se citó en CNMH, 2014).



## **Años recientes**

La comunidad reportó que entre 2011 y 2012 su territorio estuvo asediado por las operaciones del Ejército Nacional contra las FARC. La población quedó entre el fuego cruzado de múltiples combates, lo que provocó desplazamientos temporales del lugar (IEI, 2019). Sin embargo, el proceso del Acuerdo de Paz significó una reducción significativa de los hechos victimizantes en el municipio, disminuyendo estos en un 87% comparando el año 2011 – el más crítico con respecto al desplazamiento forzado – con el 2015.

A pesar de esto último, en campo pude observar grafitis con las siglas de las FARC en algunas vallas y rocas. Me comentaron que habían sido hechas por disidencias que “fueron a poner orden” en el municipio debido al incumplimiento de las órdenes de distanciamiento social por la pandemia que estamos atravesando desde inicios del 2020. Esto significa que, a pesar de que la influencia paraestatal de la guerrilla ha disminuido abruptamente en el territorio, aún continúa habiendo rezagos de ella propios del devenir imperfecto de los Acuerdos de Paz, los cuales se han visto especialmente golpeados por la falta de voluntad política para el apoyo del Acuerdo por parte del gobierno que Iván Duque preside desde el 2018.

## **Municipio PDET**

Por lo anteriormente expuesto, Pradera es uno de los 170 municipios declarados como beneficiarios de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), frutos del Acuerdo de Paz entre el gobierno y las FARC-EP. Los PDET son programas dirigidos a los municipios rurales que fueron especialmente afectados por el conflicto armado. A través de ellos se pone en marcha de forma priorizada lo pactado en el Acuerdo de Paz en su primer punto (Reforma Rural Integral).

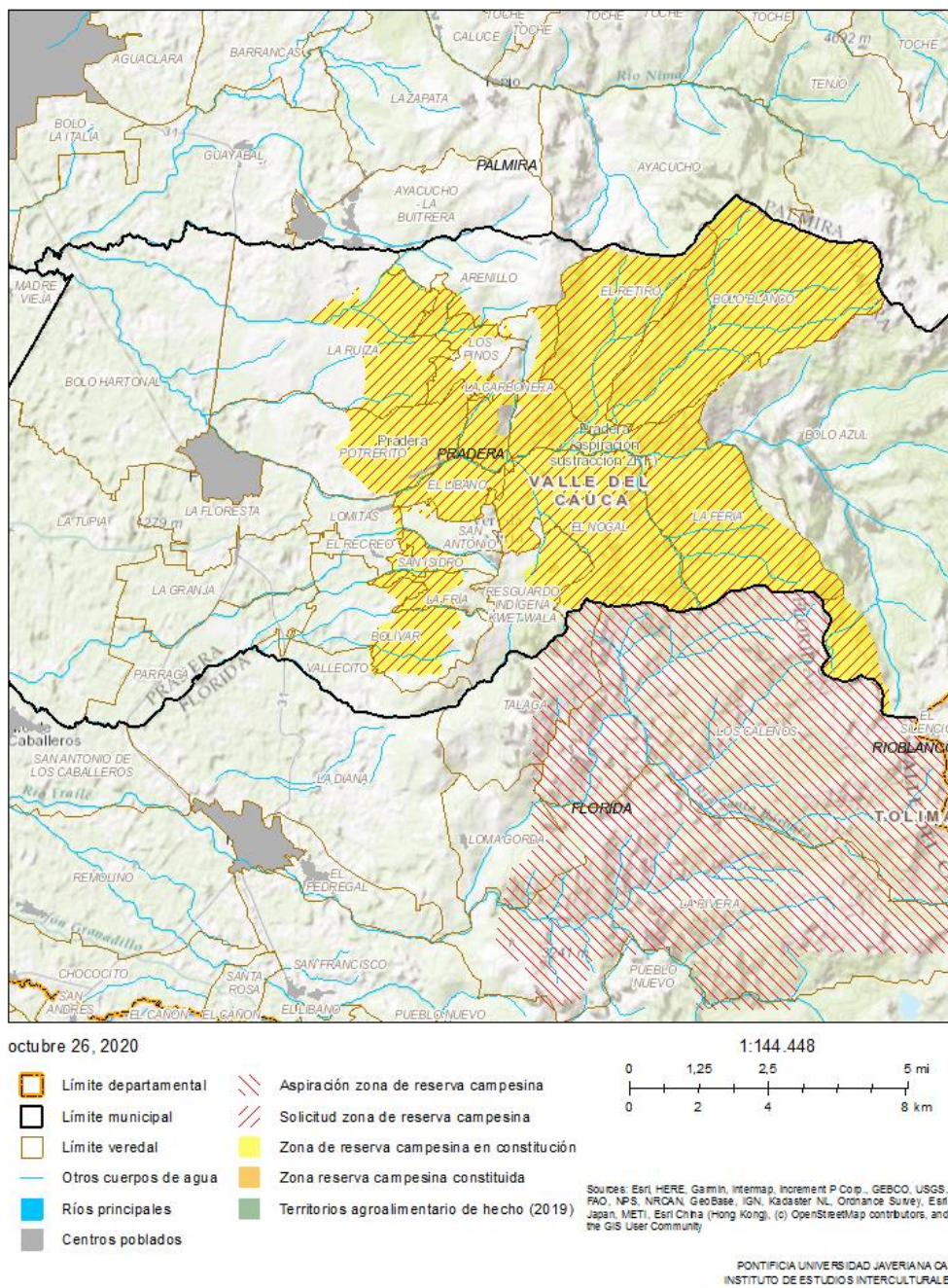
Para 2018, Pradera reportó una población de 8223 personas registradas como víctimas del conflicto, quienes en su mayoría han sido afectadas por el desplazamiento con aproximadamente 6341 casos, seguido de homicidios, y amenazas (Agencia de Renovación del Territorio [ART], 2018; Concejo Municipal de Pradera, 2020). El año 2011 fue el más grave con respecto al desplazamiento forzado, con 1278 casos en total. Existen cuatro sujetos de reparación colectiva

en el municipio: El Arenillo, el resguardo indígena Kwet Wala, la asociación campesina AMUC y El Líbano (también sujeto de retorno y reubicación) (Concejo Municipal de Pradera, 2020). Frente a los posibles autores de hechos victimizantes en la región, la población declara que en su mayoría la autoría fue de la guerrilla (2.859 hechos), y resulta intrigante que el segundo grupo sean autores “no identificados” (2.044 hechos). Pradera es el décimo municipio del Valle que ha sido más golpeado por el desplazamiento (6.001 personas expulsadas) (Gobierno Departamental del Valle del Cauca, 2017).

### **Soberanía territorial: Zona de Reserva Campesina en constitución**

La población campesina de Pradera que habita en la zona media, media alta y alta del municipio, con quienes realicé esta investigación, se encuentra en los últimos estadios del proceso para legalizar una parte del municipio como Zona de Reserva Campesina (ZRC). El Instituto de Estudios Interculturales (IEI) calcula que esta tiene un área aproximada de 11.722 ha. Este proceso de soberanía territorial ha estado en manos de organizaciones campesinas como la Asociación de Trabajadores Campesinos del Valle del Cauca (Astracava) y la Asociación Municipal de Usuarios Campesinos (AMUC) (IEI, 2019). El siguiente mapa (Figura 3) muestra el área en proceso de constitución de la ZRC (en amarillo):

**Figura 3. Área en proceso de constitución para Zona de Reserva Campesina**



Fuente: Sistema de Información Geográfica – Instituto de Estudios Interculturales

Hablaré más ampliamente sobre este tema en el capítulo VI.

#### IV. UN ENFOQUE EN LAS MUJERES: RELACIÓN CON LA TIERRA, CUIDADO Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

##### Sobre el acceso a la tierra

Pradera no está exenta de las lógicas mundiales en cuanto a disparidad de la titularidad de la tierra de los hombres frente a las mujeres. En términos de Unidades Productivas Agropecuarias (UPA)<sup>4</sup>, las mujeres dirigen el 23% de ellas, mientras que los hombres, el restante 77%, y de aquellas mujeres con titularidad, la gran mayoría (77,2%) posee UPA menores de 5 ha – aunque el número de hombres con este tamaño de propiedades también es elevado (68.6%) –. Las mujeres campesinas praderañas informan que la propiedad formal sobre la tierra significaría cambios sustanciales en su percepción de bienestar para ellas mismas, las otras personas y la Tierra (IEI, 2019). De la población campesina en el municipio, tan solo un poco más de la mitad (53,4%) tiene acceso a asistencia técnica, y sobre este porcentaje, las mujeres la obtienen de manera significativamente menor que los hombres (21,9% de mujeres frente al 78,1% de hombres).

Meertens (2018) explica que en Colombia “el acceso a la tierra de las mujeres ha sido una larga historia de exclusiones” (p.75), y que sus roles históricamente traslapados entre tareas productivas y reproductivas dentro de una sociedad que no le da el suficiente reconocimiento a las labores de cuidado, ha profundizado la desigualdad sobre ellas, así como ha invisibilizado el papel que han cumplido en las luchas campesinas y el desarrollo rural.

Desde la interseccionalidad se apela a este tipo de análisis para comprender de forma más certera la realidad: no es únicamente su condición de campesinas la que opera en ellas, son sus identidades de campesinas y de mujeres, aunada a muchas otras posibles variables que sitúan a las mujeres rurales, en general, en un lugar de vulnerabilidad – aunque no como única condición – acerca del que muchos organismos nacionales e internacionales ya han llamado la atención.

---

<sup>4</sup> La UPA es la unidad de organización de la producción agropecuaria. Para tener esta denominación debe (1) producir bienes agrícolas, forestales, pecuarios o acuícolas; (2) tener un único productor/a natural o jurídico que asume la responsabilidad y los riesgos; (3) utilizar al menos un medio de producción como maquinaria o mano de obra (Fuente: dane.gov.co)

Es así como la presente investigación, realizada con el eje mujeres de Astracava Pradera, resulta una apuesta por visibilizar el trabajo activo que las mujeres campesinas han hecho alrededor de los procesos territoriales y, por lo tanto, de paz en su territorio. Como lo mencionaba anteriormente, el análisis interseccional permite comprender que, si bien los proyectos de las organizaciones campesinas han sido trabajados por hombres y mujeres mancomunadamente, la situación de las mujeres exige comprender los retos y los aportes que estos han significado diferencialmente, así como de qué manera las propuestas en el territorio pueden ser más justas para la población. “En la sociedad campesina (al igual o tal vez más que en cualquier otra parte) materializar la reparación transformadora en el posconflicto lleva a enfrentarse a una permanente tensión entre el mundo privado y el mundo público [...]” (Meertens, 2018, p. 76). Esto se facilita si nos permitimos desligarnos de la comprensión del campesinado como un grupo homogéneo.

### **Las mujeres en la guerra y la construcción de paz**

A pesar de que las sociedades patriarcales se caracterizan por la exaltación a las muestras de poder autoritarias, por la justificación de la violencia en aras de mantener el “orden”, y por el refuerzo de ideas según las cuales lo pacífico es “femenino”, y por lo tanto indeseable como paradigma del ejercicio del poder (Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2011); los espacios formales en los que se discute el ejercicio de la paz, en el ámbito académico, en el de su construcción y sus propuestas políticas, también han sido escenarios de exclusión para las mujeres.

Una de las primeras respuestas a la ausencia de las mujeres en los ámbitos formales de la paz ha sugerido que es por su escasa participación en la guerra en comparación con la de los hombres. Los hombres suelen ser también los líderes de los grupos que están en conflicto, y por eso es a ellos a quienes se ve “estrechando manos” como símbolo de paz en los medios masivos después de la firma de un acuerdo. Sin embargo, este planteamiento deja por fuera el hecho de que, si bien las mujeres no han sido partícipes directas de los enfrentamientos bélicos, sí lo han sido como víctimas de la guerra. Para Villelas (2010),

Analizar los conflictos armados sin tener en cuenta la dimensión de género significa llevar a cabo análisis parciales e incompletos, dejando causas y consecuencias a uno de los lados y tomando la experiencia de sólo una parte de la población –los hombres– y universalizándola. La perspectiva de género pretende poner al descubierto esta parcialidad (p.18).

Si el horror de la guerra no distingue sexos, entonces las formas de resistir a la violencia y construir paz tampoco. Ahora bien, sabiendo que sí existen dinámicas e impactos diferenciados en los mundos de la guerra (Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas, 2013), es también lógico pensar que estos cuerpos excluidos de las hegemonías del ejercicio del poder y la violencia tienen conocimientos grandemente valiosos acerca del entendimiento de las dinámicas de la violencia y las ideas sobre cómo superarlas. Esto no sólo aplica para las mujeres, sino también para tantos grupos sociales que son víctimas del sistema patriarcal, como los grupos racializados, las disidencias sexuales o la clase obrera<sup>5</sup>.

La perspectiva feminista para entender la guerra y la paz pone en la mesa las cadenas causales entre las relaciones de género, su jerarquización, la masculinidad hegemónica, el desprecio a lo femenino, el militarismo y el poder, entre otros varios posibles temas relacionados. Esto representa un panorama bajo el que se puede comprender de una mejor manera cómo operan, por ejemplo, las políticas de muerte, la toma de los cuerpos de las mujeres como botín de guerra, la tortura y deshumanización de las personas, o la creación de “enemigos públicos”.

Otro de los puntos importantes que implica una mirada feminista sobre los conflictos es el hecho de que los vejámenes sobre cuerpos como los de las mujeres no se limitan a los marcos de los conflictos bélicos, sino que representan un *continuum* que suele exacerbarse en las épocas de violencia más cruda. Esto, entre otras cosas, interpela acerca de la razón por la que las mujeres son más vulnerables en estos momentos, promoviendo reflexiones sobre las consecuencias de la hiper-masculinización de la guerra y las personas que conforman sus instituciones.

---

<sup>5</sup> Estas identidades no son necesariamente excluyentes.

En esta investigación pretendo ilustrar algunos de los puentes que se tienden entre las teorías y los movimientos feministas, y las formas de resistir, confrontar la violencia y construir paz. Quiero dejar claro que no pretendo insinuar que las mujeres sean sujetos pacíficos por naturaleza. La perspectiva feminista y de género nos ha brindado herramientas para entender los procesos sociohistóricos y las dinámicas de poder que moldean nuestras identidades, y así dejar a un lado los esencialismos.

Las explicaciones contemporáneas acerca de la razón por la que las mujeres son más proclives a participar de los movimientos por la paz e implicarse menos en las dinámicas de la guerra, giran en torno a sus roles históricamente atribuidos al cuidado de la vida, así como a su exclusión de las esferas del poder y toma de decisiones (Villemas, 2010). Más allá de romantizar las imposiciones de género, considero que es epistemológicamente deseable romper con las comprensiones blancas o negras de la realidad. Si las mujeres hemos sido socializadas de formas diferentes, como, por ejemplo, con lo que respecta al cuidado de la vida, ¿por qué no pensar que desde ese lugar también hay saberes valiosos para el ejercicio de la ciudadanía y la construcción de la democracia?

Teresa Langle (2018), llama *giro positivo* a este intento de interpretar desde nuevos marcos la luz de aquellos lugares en los que las zonas oscuras son las más evidentes. Creo que, si bien muchos de los mundos de experiencias de las mujeres son producto de un sistema que obstaculiza la expresión plena de sus libertades, es valioso identificar las formas en las que han podido hacerle resistencia a aquella realidad – de maneras conscientes e inconscientes –, qué formas de poder han generado, y qué tanto tiene que aprender el mundo de lo visible y lo aceptado de los lugares de la marginalidad.

Al igual que Langle, tomo como premisa que la rebelión ante las estructuras opresivas es inherente a las personas, y esto no necesariamente acontece de formas violentas. Un giro en positivo implica hacer énfasis en la agencia, y la propuesta de Langle es integrar el mundo de las emociones a dicho énfasis, otro espacio académicamente marginal, feminizado, del que brotan muchas *rebeliones sigilosas* (Langle, 2018). Entender la importancia de las emociones en la agencia de las mujeres, también es entender el papel fundamental que estas dinámicas afectivo-emocionales ocupan en los procesos

colectivos, su carácter principalmente relacional, su peso en lo concerniente a los vínculos, y, por lo tanto, significa un espacio en que se puede reivindicar y teorizar acerca de la importancia de lo comunitario para hablar de agencia. “Esto es, un concepto de “agencia” alejado de nociones positivistas sobre el conocimiento, la observación y la individualidad – y muy diferente de lo que a menudo se entiende como emancipación y autonomía –” (Langle, 2018, p. 122).

Por supuesto, creo que este énfasis en los procesos de agencia a través de la reinterpretación de los lugares del cuidado y las emociones también debe pasar por un tamiz que evalúe qué puede tomarse como base para construir nuevas ideas, y qué no debe replicarse ni romantizarse al no contribuir a una existencia más libre y respetuosa.

La historia está colmada de ejemplos de grupos de mujeres que han sabido como canalizar el poder de lo colectivo para lograr dislocar las narrativas y las dinámicas de la violencia (Villellas, 2010). Esto ha podido suceder bajo movimientos sociales que pisan fuerte los espacios políticos y reservados a los hombres, como el espacio público, y también muchas veces desde los lugares culturalmente feminizados como las huertas, la costura, el rol de madres y cuidadoras como identidad política, etc. Es una ganancia epistemológica entender que las esferas de lo privado también son lugares políticos, en los que se gesta la resistencia a través de los afectos, las emociones, la complicidad (Langle, 2018).

De este modo, creo que las teorías feministas otorgan grandes herramientas para pensar formas de trascender la violencia, para sanar las heridas infligidas por la guerra, y para imaginar cómo incidir en las democracias modernas a través de apuestas por el cuidado. Cada vez se evidencia más cómo el cuidado rebosa los límites de lo personal y lo privado, entrando con ahínco en las discusiones de lo político. Para Tronto (2018)

Imaginar una sociedad cuidadora es concebir una sociedad comprometida con las actividades diarias y extraordinarias orientadas a la satisfacción de las necesidades de las personas. [...] Esta visión requiere que veamos con claridad cómo cuidamos unos y otros, es decir, cómo pensamos acerca de nuestras responsabilidades de cuidado. [...] Este enfoque



requiere asimismo un desplazamiento del mercado como la más “verdadera” de las instituciones humanas (p. 27).

Butler (2020), por ejemplo, propone una *ética política de la no violencia* para nuestros tiempos y explica su estrecha relación con las emociones, como la rabia y el dolor, así como su deber ser esencialmente colectivo para poder incidir en la realidad:

La no violencia es una postura que debe perseguirse activa y apasionadamente. La mayoría de filosofías morales de la no violencia empiezan y acaban con la acción individual, pero nuestras pasiones son compartidas, y también lo son nuestras acciones. Las alianzas no violentas reivindican enfática y enérgicamente su existencia en la vida pública (pos. 423).

La ética del cuidado y esta ética política de la no violencia son ejemplos de propuestas que surgen de teóricas feministas y que se apartan de las proposiciones normalmente violentas, individualizadas y ascéticamente “objetivas” desde las que se ha podido pensar la resistencia y la paz.

### **Sobre las posibilidades de la *juntanza* entre mujeres campesinas**

Paola es la mujer que me abrió las puertas a las comunidades campesinas de Pradera que hacen parte de Astracava. Desde la primera vez que me comuniqué con ella percibí cualidades que luego confirmaría: una tenacidad y convicciones potentes, combinadas con un trato amable y generoso que agradecí enormemente y que hacen parte de las facultades que la han convertido en una excelente líder comunitaria.

Paola tiene 37 años y se declara orgullosamente campesina, hija y nieta de campesinos de la región. Es la presidenta de la Junta de Acción Comunal de la vereda de San Isidro. Trabaja desde los comienzos de la organización, en el año 2004, en temas relacionados con el fortalecimiento de la participación política de las mujeres campesinas, así como en la visibilización del papel fundamental de ellas en las comunidades. Esto como una forma de hacer contrapeso a la invisibilización y subestimación histórica de sus roles.

Desde un principio llamó mi atención la organización de las mujeres de las veredas que conocí. En la ocasión en la que dicté mi taller en San Isidro, no sólo acudieron mujeres de la vereda local, sino también de algunas cercanas. En el desarrollo de los talleres pude confirmar que ya existía un importante acercamiento a la comprensión teórica de las dinámicas e implicaciones del trabajo no remunerado que ellas ejercían en las familias, y que este tipo de aproximaciones a la teoría feminista se daban en gran parte gracias a las capacitaciones que internamente personas líderes como Paola se dedicaban a buscar y arreglar para las mujeres, escuchando sus intereses y necesidades. Por supuesto, el rol de Paola como jefe de la JAC no se centra únicamente en las mujeres, hay un interés general por el bienestar y la creación de capacidades para toda la comunidad, pero esta investigación tiene una inclinación particular en los procesos que se gestan desde y para las mujeres, los cuales, sin lugar a duda, tienen consecuencias de carácter expansivo.

Al preguntarle a Paola sobre cómo había sido su propio proceso para acercarse a la comprensión feminista de la realidad de las mujeres, también aludió a la ayuda y el encuentro entre ellas mismas. Mencionó que en una de estas etapas tempranas de acercamiento al feminismo se habían reunido mujeres campesinas, indígenas y afro para hablar sobre sus condiciones y necesidades comunes:

Al interior de la organización Astracava había un equipo técnico donde estas compañeras nos brindaron unos talleres. Tuvimos un encuentro de diferentes mujeres a nivel departamental, donde con todas ellas contaron sus experiencias, sus historias, sus vidas y sus retos, y desde allí yo, mirando todas esas experiencias de todas esas compañeras fui mirando ese tema, el qué hacer, el cómo apoyo yo, cómo hago yo para fortalecer ese proceso organizativo mucho más de la mujer rural.

La experiencia de Paola ilustra el gran salto que supone el encuentro entre mujeres para hacer conciencia de los lugares comunes de la opresión, así como de la toma de fuerza para hacerse la pregunta de ¿qué hacer? Creo que Paola encontró respuestas en el hecho de que, así como ella, era necesario generar espacios separatistas de encuentros y capacitaciones para las mujeres. Lugares en donde se promoviera que la palabra fluyera con menos miedo al juicio, con

más comprensión de las ataduras del tiempo que produce el cuidado, y que en el proceso de nombrar los dolores del peso del género, surgiera la conciencia y la invitación a transformar la realidad.

[...]uno sigue dando la tarea, apostándole al trabajo con las mujeres, que ese ha sido un trabajo mucho más complejo porque la mujer campesina es muy relegada a su casa, al cuidado, a la siembra, pero poca incidencia en la participación y en lo político-organizativo. Con las mujeres en ese lado sí ha sido lento el trabajo por lo que te digo, siempre la mujer era para la casa, para atender los trabajadores, que el esposo, que los hijos, que la huerta, que los animales...hacer todo a la vez. Entonces ellas vivían en su mundo, y nunca sacaron el espacio para encontrarse, conversar lo de ellas, lo que sentían, lo que necesitan...Entonces uno ha tratado de hacer que ellas vayan llegando a esos espacios. Porque un domingo ellas decían “no, porque mi esposo va a jugar fútbol, y yo tengo que ir con él”. Pero a medida que ellas se van dando cuenta cuál es la importancia de ellas dicen “Ay no, pues que él se vaya a jugar fútbol y yo me quedo en el taller”. Ah, pues como el domingo pasado, que todas llegaron. Y a pesar de que había fútbol, ellas dijeron “no, pues vamos al taller”. Entonces ya van aprendiendo que también necesitamos aprender, fortalecernos.

La promoción de los espacios separatistas puede llegar a producir resistencia desde posiciones que defienden el necesario diálogo y encuentro entre los sexos para no seguir marcando las diferencias que producen desigualdades. Sin embargo, lo cierto es que negar que las tensiones de las dinámicas de poder entre géneros, especialmente en espacios de debate político – espacios que los hombres son culturalmente más invitados a participar, y saben así desenvolverse mejor –, resulta ingenuo. Paola relataba que, incluso dentro de organizaciones de carácter progresista como Astracava, en los espacios mixtos era notorio el relego de la voz de las mujeres, así la importancia que debía dársele a esta estuviera dentro de los ideales de la organización:

[...]mujeres rurales campesinas, se nombraban, pero no había ese fortalecimiento: compañeras en espacios, empoderadas del tema y generando propuestas, porque como tal no se le había prestado esa atención. Decíamos, “sí, estamos apoyando, que el tema, todo en

general”, pero no escuchábamos las voces de las compañeras. Entonces de ahí empezamos a decir “no, venga, necesitamos más mujeres en el espacio”, porque siempre eran hombres. Y luego identificamos que cuando había las asambleas grandes, las mujeres cuando están los hombres no opinan porque creen que ellos saben más, o no sé, yo nunca entendí por qué se callan. Entonces yo empecé a notar eso, que cuando están los compañeros ellas se limitan y no hablan. Entonces fue cuando optamos a decir “no, vamos a hacer un eje mujer donde solamente toquemos temas de mujeres, que ellas puedan hablar entre ellas, que puedan contarse y explicarse sin ese temor”. Entonces de ahí ya empezamos a hacer como el tema de mujeres, encuentro de mujeres, a nivel departamental...Después ya nos fuimos integrando con los indígenas y los afros para ir haciendo un intercambio de ideas.

En mi trabajo de campo pude notar los frutos del esfuerzo comunitario de las mujeres para fortalecer la voz pública de ellas mismas. Doña Marcela es una de las mujeres campesinas que me contaba que antes de empezar con estas reuniones le costaba expresar sus opiniones en las asambleas. Ahora es diferente, y con convicción me expresa aquello que quiere poder inculcar en las nuevas generaciones de niñas: “que ellas amen el campo, promover la igualdad, que amen la Tierra, donde respiramos aire puro. Que más adelante las niñas se empapen de la lucha. Que participen, que lideren”. También me habló con firmeza sobre temas medioambientales y políticos como la agricultura limpia, la importancia de la educación digna, “como nos merecemos”, y la necesidad de continuar con tradiciones como las mingas o los encuentros de saberes y sabores.

Este tipo de avances en el empoderamiento de la voz de las mujeres son grandes impulsos para lideresas como Paola. Teniendo en cuenta lo lentos que pueden ser los efectos de las luchas sociales – algunos pueden verse sólo generaciones después – este tipo de cambios, si bien no son inmediatos, son un reflejo de la importancia de la apuesta por aplicar un enfoque feminista en los procesos comunitarios.

[...]uno ve mujeres que cuando uno empezó el proceso, que eso es lo que ahorita le da a uno como esas ganas de seguir, es que compañeras en

ese contexto, eran muy tímidas, y que uno las veía allá relegadas, como que “voy a pedirle permiso a mi esposo a ver qué dice, si me deja ir, ¿será que opino?” Ahora en día, uno las ve a ellas...pues es el caso de mi tía Marcela, o sea explicando con sus propias palabras el sentir del territorio, lo que ella piensa y lo que uno poco ha ido enseñando con los talleres y todo eso, y que ellas ya lo puedan hacer en espacios mucho más amplios, sin temor y con ese conocimiento, entonces uno dice, bueno, al menos la gente... Todo ese proceso hace que uno diga no, juepúchica, valió la pena uno seguir fortaleciendo el trabajo.

En el marco de estos avances para las mujeres campesinas, es necesario tener en cuenta el papel de los hombres. Decidir fortalecer la voz y la participación política de las mujeres tiene sin duda un efecto directo en las dinámicas familiares. Una mayor comprensión de los roles que las mujeres mismas ejercen dentro de la comunidad deviene también en la comprensión y consecuente crítica de las actitudes de los otros hacia ellas. Si se entiende que el género se constituye desde las relaciones, y hay un interés por transformar las injusticias sobre las que este se desenvuelve, inevitablemente se tendrá que hacer un esfuerzo para que la miríada de relaciones en las que las mujeres están envueltas cambie. Esto implica, por ejemplo, las exigencias de los roles naturalizados dentro de las familias. Las relaciones que se desenvuelven de forma más íntima no son necesariamente las más fáciles de cambiar. En ellas media el peso de la tradición y de la recarga del trabajo del cuidado de formas bastante férreas.

Paola me explicó que el diálogo había tenido que darse alrededor de los trabajos de cuidado. Por ejemplo, se había inculcado la negociación en torno a la preparación de alimentos cuando se convocaran las reuniones de las mujeres. En uno de mis talleres, efectivamente, fue un hombre el que preparó en mayor medida el sancocho comunitario que compartimos posterior a mi intervención.

A pesar de esto, son necesarios más esfuerzos para que la solidaridad y la conciencia sobre la necesidad de un replanteamiento de los roles familiares de los hombres signifique un verdadero apoyo para los procesos internos de las mujeres. Es un proceso mucho más lento que los visibles avances en los posicionamientos de las campesinas. Al igual que las mujeres, considero que los

hombres también deben tener espacios separatistas para hablar exclusivamente sobre las alternativas a la masculinidad hegemónica<sup>6</sup>.

### **Las mujeres y el cuidado de la Tierra**

En los talleres realizados en Pradera, una de las características que más me llamó la atención fue la pasión con la que varias mujeres me describieron su trabajo con la tierra. “Las horas se me pasan en mi jardín”, “Amo cuidar mis animales” “Lo que más me gusta es vivir en el campo”, “Soy muy feliz trabajando en la finca”. Podía palpase el amor y el orgullo de su identidad campesina, algo que intuía, tenía mucho que ver con el movimiento social propio del territorio. Este amor se notaba en las casas que alcancé a ver, y en algunos casos a entrar, especialmente en la vereda de San Isidro: gran cantidad de flores y árboles cuidados con esmero embellecían los hogares por dentro y por fuera.

En la vereda de Bolo Blanco, nuestra primera parada fue en la casa de doña Tamara<sup>7</sup>, que quería mostrarnos lo bien cuidadas que tenía sus flores y sus plantas aromáticas, y además le urgía echarles agua. El día que dicté mi taller en San Isidro, otra mujer que trabajaba con la alcaldía de Pradera, y que era oriunda de una vereda vecina, dio una charla después de mi intervención acerca de los anturios. Mientras yo luchaba contra el cansancio después de mi taller de casi tres horas, la mayoría de aquellas más de veinte mujeres mostraban un hondo interés en cómo lidiar con las enfermedades que le daban a sus anturios, una planta que al parecer era muy común y apreciada en la comunidad.

Alma Nuria, la mujer que ofrecía la charla, comenzó haciendo un paralelismo entre los niños y las plantas, mencionando cómo a estas últimas debe prestárseles un cuidado diario, así como a los infantes, a lo que varias de las mujeres se mostraron de acuerdo. Muchas se compartieron trucos que a ellas les servían para las flores, intercambiaban recetas, contaban sus experiencias

---

<sup>6</sup> Los hombres han gozado de espacios separatistas tradicionalmente para hablar y decidir, por ejemplo, de temas políticos. No es mi idea sugerir perpetuar un separatismo para estos fines, sino para el replanteamiento de sus relaciones con las mujeres y las relaciones desiguales y dolorosas con ellas y entre ellos mismos, producto de las dinámicas de género.

<sup>7</sup> Todos los nombres aquí presentados fueron cambiados para proteger la identidad de las participantes.

de fracaso. Tal y como sucede normalmente cuando de la crianza de bebés y niños se trata.

Alma Nuria es una líder de la vereda El Nogal, que cofundó hace 20 años la asociación campesina Asociación Vida Sana (Asovisa) en su vereda, y lleva desde 2016 trabajando en la alcaldía, en extensión rural, haciendo este tipo de pedagogías con las mujeres de la comunidad, entre varias otras actividades. En un momento posterior, en el que tuve una charla a solas con ella, aproveché que conocía bastante bien a las personas de la comunidad y su relacionamiento con la Tierra, y le pregunté de su percepción acerca de esta relación, y que si consideraba que había alguna diferencia entre mujeres y hombres.

Me dijo que los hombres centraban su trabajo principalmente en el rendimiento económico que la tierra podía darles. Mencionó que las mujeres, por otro lado, se inclinaban por un interés en “cuidar”. Qué le hacía bien y qué no, cómo poner las plantas más bonitas, qué era más saludable, etc. Más adelante, otra mujer llamada Paola me comentaría algo similar frente a la pregunta de cómo percibía la diferencia de género en el cuidado de la Tierra:

yo lo he visto que es más dado en las mujeres. Ellas se preocupan más porque ellas son las que cuidan los hijos, son las encargadas de la alimentación, entonces al interior de las comunidades hay mucha capacitación y uno dice, “no, si son mis hijos cómo los voy a intoxicar, cómo les voy a dar algo que los enferma” [...] ellas están más al frente del cuidado que el compañero, entonces uno ve que como que es más dado en las mujeres.

Con Alma Nuria también entramos al pequeño vivero de una habitante de la vereda que nos vendió unas cuantas plantas, y Alma Nuria se mostró profundamente emocionada de encontrar cierto tipo de pequeños árboles a los que “se les puede dar la forma que uno desee”. Hablamos de que hay algunas personas que con solo mirar las plantas las podía poner marchitas, porque manejaba una energía pesada “tal y como pasa con el ojo en los niños”. También, que a las plantas les gusta que se les hable y se las consienta, y que hay algunas que no florecen bonito si esto no se hace, por eso a ella “no le importaba si creían que estaba loca”, lo cierto es que ella sabía que era así. Doña

Rosa, por su parte, me explicó que era una locura echarle veneno a la rra para arrasar con toda maleza, como hacían varias personas, porque la tierra se resentía por el sol si no había capa vegetal que la protegiera: “La tierra es como usted, si usted se para en un rayo de sol, usted no aguanta, usted cómo cree que la tierra *no va a sentir*”.

Reconozco con alegría que uno de los grandes aciertos en los talleres que dicté fue el uso de las plantas como mis “aliadas” para el inicio y el cierre de la actividad. Varias mujeres sentían mucha curiosidad por las plantas que yo disponía en el centro del círculo, así como de un pequeño frasco atomizador con aceites esenciales diluidos en alcohol que ponía en sus manos para empezar. Preguntaban qué plantas eran, exaltaban su aroma, se mostraban muy interesadas en las propiedades energéticas que les mencionaba que tenían, e incluso recuerdo con cariño la imagen de la mayor de las participantes en uno de los talleres, quien se quedó buscando con minucia semillas en los canastos donde ponía las plantas del taller.

**Figura 4. Mujeres en los talleres**



*Nota:* Mujeres en San Isidro en la última parte de los talleres, en la cual se las invitó a armar una pequeña bolsa con las plantas medicinales de su preferencia con un propósito personal.

**Figura 5. Disposición del centro del taller**





*Nota:* Centro del taller en San Isidro, en el que se dispuso caléndula, albahaca, menta y romero. Al lado de cada una, sus respectivas propiedades energéticas acordes con los propósitos del taller.

También observé con interés que tiempo después de que se hubiera acabado el taller en la vereda de San Isidro, una de las participantes, doña Marcela, estuviera sacando en un tarro las sobras orgánicas del almuerzo. Alma Nuria se emocionó porque vio que en las sobras había un pedazo de cebolla larga con la parte de la raíz, y esta podía sembrarse y reproducirse en su huerta.

### ***Dentro de los hogares***

Tuve la oportunidad de conocer más cercanamente a algunas mujeres campesinas que hicieron parte del taller en la vereda de San Isidro. Me mostraron la huerta que tenían en sus hogares, con variedades de vegetales, frutas y plantas medicinales. Una de las mujeres, doña Rosa, me contaba acerca del placer de levantarse en las mañanas y hacer un ejercicio contemplativo de las flores de su jardín. Me dijo, mostrándome una flor de considerable tamaño, que ella “a veces se ponía a pensar” acerca de los caprichos de la naturaleza, que daba tanta variedad de formas y colores. También me mostró la forma en la que reutilizaba lo considerado como basura, embelleciendo su jardín con materas inusuales, dándole una segunda vida a llantas, botas de caucho

dañadas, botellas plásticas, tapas de gaseosa, trapos que impregnaba en cemento para endurecerlos y volverlos materas, etc.

Doña Marcela, en el recorrido por su huerta, me mostraba con emoción la cosecha que había de diferentes frutos, como la guanábana, o los vegetales de cidra papa, de los que se alegraba que le hubieran regalado una variedad “sin tantos chuzos”. Con cariño me enseñó a sacar de la tierra zanahorias.

Cuando empezamos el recorrido por su finca, me llamó la atención un terreno despejado, sin ningún tipo de vegetación, que había en el lugar. Le pregunté por él y, tiempo después, me llevó allá para que viera el paisaje desde lo alto, y para decirme, sin que su esposo escuchara, que esa parte de la finca la habían despejado porque era un lote para vender. “Mi esposo se pone bravo cuando le hablo de esto, pero es que me da mucha tristeza”. Su pesadumbre era la gran cantidad de árboles de mango que habían cortado. “Igual eso es de él y de sus hermanos, pero qué pesar. Yo venía acá y me sentaba y me ponía a llorar por los árboles”.

Presencí cómo entre vecinas se elogiaban las plantas de sus huertas, y asimismo se pedían esquejes de algunas para tener en sus propios huertos, bajo la promesa de que habría un futuro intercambio con otra planta que no tuviera la que le regalaba el esqueje.

Quise caracterizar todos estos pequeños relatos de la cotidianidad de las mujeres como un reflejo de la relación íntima que entretienen con la Tierra, una relación que sobrepasa lo productivo y se convierte en parte de su identidad. Lo no humano también es destinatario de un cuidado amoroso y contemplativo. Entender este tipo de relacionamientos es necesario para comprender también las nociones de paz que surgen desde el territorio.

## **El ecofeminismo**

La relación entre las mujeres y la Tierra ha sido especialmente trabajada por las corrientes ecofeministas. Yayo Herrero (2020) explica que, de la gran variedad que existe dentro de ellas, de manera general puede referirse a dos líneas principales: ecofeminismos esencialistas o clásicos, y ecofeminismos constructivistas. Los primeros fueron los pioneros en explicar las relaciones

paralelas de subordinación de la Tierra y lo femenino a los caprichos del sistema patriarcal. Para muchas ecofeministas, explicar los problemas contemporáneos aduciendo al *antropocentrismo* era demasiado genérico y ocultaba que el dinero y el poder que mueve el mundo está, en su mayoría, en manos de hombres, así que sería más exacto referirse a problemas derivados del *androcentrismo* (Kao, 2010). Autoras como Alicia Puleo prefieren hablar de un *androantropocentrismo* para ilustrar la conversión en “otredad” de todo aquello que no es varón y/o ser humano. Las ideas del ecofeminismo esencialista también se decantaron por la defensa del valor de la espiritualidad y el misticismo femenino, de la “recuperación del matriarcado” o de la “feminidad salvaje”, propuestas de las que prefieren alejarse otros feminismos por su carácter esencialista y académicamente difícil de sostener. Adicionalmente,

este primer ecofeminismo ponen en duda las jerarquías que establece el pensamiento dicotómico occidental, revalorizando los sujetos antes despreciados: mujer y naturaleza. Las primeras ecofeministas denunciaron los efectos de la tecnociencia en la salud de las mujeres y se enfrentaron al militarismo, a la nuclearización y a la degradación ambiental, interpretando éstos como manifestaciones de una cultura sexista (Herrero, 2020, p. 9)

Seguida de estas primeras propuestas, surgen los ecofeminismos que plantan sus bases en las experiencias de las mujeres del sur global, introduciendo una fuerte crítica al desarrollo occidental como el gran culpable de la precarización de la vida de las mujeres y las poblaciones indígenas (Herrero, 2020). Esto supuso una gran importancia analítica, porque incluyó una crítica certera a los efectos de la colonización y los estragos ambientales que implicaban medir el bienestar bajo los estándares de vida de los países del primer mundo. Esta investigación está sustentada en las prácticas de cuidado y resistencia desde el sur global. La comunidad campesina pradereña, al igual que muchas experiencias comunes en Latinoamérica, vive en la paradoja de estar asentada en una tierra generosa, pero empobrecida, en la que las riquezas que terceros extraen de ella no se reflejan en el territorio.

Los ecofeminismos constructivistas, por su parte, centran su atención en explicar que la asociación entre mujeres y naturaleza es una construcción

sociohistórica, desmarcándose de los postulados esencialistas de los primeros ecofeminismos. Denuncian el sometimiento de las relaciones humanas a las lógicas de la producción económica, y sostienen que el papel de las mujeres como defensoras de la Tierra está relacionado con sus roles culturalmente atribuidos a velar por el aprovisionamiento material y energético, no porque esta sea una tarea que les parezca particularmente agradable, o por la que estén genéticamente predispuestas (Herrero, 2020).

También desde este enfoque constructivista hay defensas a la postura de que las mujeres tienden a relacionarse de formas más cuidadosas con la Tierra que los hombres. En este caso, no porque exista alguna conexión espiritual, biológica o psíquica que origine estos comportamientos, sino porque así han sido enseñadas; y que aquello, en lugar de rechazarse, debe ser aprovechado. La idea de este discurso de cuidado de las mujeres a la Tierra ha sido englobado bajo el término de *ecomaternalismo*, el cual, desde la orilla constructivista, relaciona “las virtudes femeninas del cuidado, la conexión, la no violencia y la sensibilidad a la Tierra con la socialización de las mujeres en condiciones de marginación” (Kao, 2010, p. 622).

Teniendo en cuenta lo anterior, dos de las críticas más importantes que se hacen de las posturas ecofeministas, incluyendo las disputas internas, tienen que ver con la veracidad del carácter universal de la relación mujeres-naturaleza, y también sobre el peligro que integra el discurso “ecomaternalista”, en tanto puede estar reforzando, ya sea desde explicaciones esencialistas o constructivistas, el lugar de lo íntimo y del cuidado como un lugar “de mujeres”, siendo así contraproducente a la necesaria insistencia de que no existen las “cosas de mujeres”, ni labores que los hombres puedan realizar mejor o peor que ellas.

Frente a lo primero, me parecen pertinentes las reflexiones de Kao (2010), quien explica que muchas ecofeministas ponen sobre la mesa que, si bien es cierto que sería incorrecto pensar que todas las culturas del planeta tienen la misma asociación mujer-naturaleza<sup>8</sup>, lo cierto es que esta comprensión dual es

---

<sup>8</sup> Kao pone de ejemplo la cultura china e indígena norteamericana como algunas desde las que se ha objetado la mencionada relación universal mujer-naturaleza, teniendo en cuenta que esto no es así dentro de sus concepciones tradicionales.

característica de la cultura occidental, que es hegemónica y se proyecta sobre otras a través de variados mecanismos, como el del poder económico de las multinacionales, muchas de las cuales tienen efectos devastadores sobre los ecosistemas, la salud de las personas y las condiciones de precariedad de los países que no hacen parte del primer mundo.

La conexión mujer-naturaleza también puede mantenerse a la luz de la triste realidad en la que las mujeres en muchos rincones del mundo soportan la carga desproporcionada de toxinas, agua contaminada o cada vez más privatizada, la deforestación para plantaciones de monocultivos en la agricultura industrializada y otros peligros ambientales. De hecho, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente albergó su primera Asamblea de Mujeres sobre el Medio Ambiente del 11 al 13 de octubre de 2004, en parte debido a su reconocimiento de que las mujeres y los niños son a menudo las primeras víctimas de la degradación ambiental, la pobreza y los conflictos. Por lo tanto, incluso en los casos en los que las asociaciones simbólicas culturales más comúnmente afirmadas no se sostienen, las conexiones empíricas y materiales significativas entre las mujeres y la naturaleza aún pueden existir (Kao, 2010, p. 621).

Dado esto, sí puede hablarse una universalización de dicha relación, mirándola bajo la óptica de la opresión. Sin embargo, más allá de esto último, Kao insiste en que es necesario que las ecofeministas le apuesten a un giro hacia lo local en sus propuestas y análisis teóricos (Kao, 2010).

Respecto a la segunda crítica, referida al “ecomaternalismo”, es un debate equiparable de muchas maneras al de la ética del cuidado, que ya he expuesto anteriormente. La diferencia radica en que el ecofeminismo se refiere principalmente a la relación de cuidado con la Tierra. Como ya lo he anotado, considero que la opción frente al análisis de los hechos observables no es la censura sobre estos porque resulten “contraproducentes” a la agenda política del feminismo. Opino que un camino más abierto al debate teórico implica un fuerte trabajo argumentativo y pedagógico que fortalezca la comprensión generalizada de que, si el cuidado de la vida está puesto en las esferas de lo íntimo y en las manos de las mujeres como generalidad, esto debe ser cambiado,

no apostando por su eliminación, sino expandiéndolo a todas las manos y a todas las esferas. Como dice Irene Comins (2009) frente a la ética del cuidado:

El peligro que se escondía tras la clasificación de la ética del cuidado como ética feminista era la de creer que el cuidado era una tendencia de signo biológico en las mujeres. Pero este peligro queda superado tras reconocer el carácter de construcción social y de aprendizaje de esta tendencia (p.42).

Esto también puede traslaparse al debate del cuidado de la Tierra desde perspectivas ecofeministas. En lugar de negar que las mujeres tienden a presentar unas relaciones más cuidadosas frente a los recursos naturales, el abastecimiento de alimentos, y de sentimientos ligados con el cuidado, como el amor y la ternura frente otros seres humanos y la Naturaleza, la pregunta que debería rondar es por qué esto es así, cómo transformar esta relación de cuidado para que no sea opresiva, y cómo volverla más justa, desgnerizándola y equilibrando sus cargas.

Para ser más explícita, no pretendo insinuar que todas las mujeres campesinas en Pradera son el ideal de ser humano protector de la Tierra, mientras que los hombres son los destructores por antonomasia. Los posicionamientos políticos de Astracava han sido los de defensa de la Tierra y el territorio incluso antes de que la participación política de las mujeres fuera tan fuerte como lo es ahora. Prefiero entonces hacer alusión al peligro de valores androcéntricos, ligados con los valores capitalistas y coloniales que acechan la vida de humanos y no humanos. Opto por señalar las consecuencias del patriarcado, no sólo en las relaciones de explotación, búsqueda de dominio y control, e infantilización hacia las mujeres, también hacia el campesinado y hacia la naturaleza. La expresión de estos valores tiene tendencias que, evidentemente, se relacionan con el género, pero nunca son absolutas ni estáticas.

En el mundo moderno capitalista, bajo la búsqueda insaciable de dinero y el omnipresente discurso de la competitividad, late el antiguo deseo de poder patriarcal. De ahí la importancia, para alcanzar una cultura de la sostenibilidad, de una crítica profunda a los estereotipos de género. No se

trata de caer en esencialismos ni en un discurso del elogio que haga a las mujeres las abnegadas salvadoras del ecosistema, sino de reconocer como sumamente valiosas las actitudes y conductas de la empatía y del cuidado atento, enseñarlas desde la infancia también a los varones y aplicarlas más allá de nuestra especie, a los animales – esclavizados y exterminados a una escala sin precedentes – y a la tierra en su conjunto (Puleo, 2019, p. 79).

A pesar de los diversos enfoques, que en ciertos puntos pueden ser abiertamente contrarios, las posturas ecofeministas también se nutren unas a otras, y “todos los ecofeminismos comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la naturaleza son dos caras de una misma moneda” (Herrero, 2020, p. 10).

Triana (2016), haciendo una diferenciación entre ecofeminismos espiritualistas y ecofeminismos sociales, explica que estas lecturas “en ocasiones resultan complementarias y en otras se mantienen en discordia, pero siempre se sitúan una frente a otra en un dialogo abierto, reelaborando permanentemente sus discursos y sus prácticas” (p.124).

La espiritualidad y el ecofeminismo tienen un especial acercamiento, y es que esta dimensión de la vivencia humana representa un factor significativo en el accionar o en las posturas políticas de las personas. La relación espiritual con la Tierra puede estar atravesada por lógicas que se escapan de la racionalidad occidental, y esto se refleja más claramente en las comunidades que viven en estrecha relación con la naturaleza, como las indígenas o campesinas, sin que esto suponga que desde la urbanidad y desde ciertas células en la cultura occidental no haya posturas espirituales concordantes con estas. De hecho, posiciones desde el catolicismo, como la Teología de la Liberación, o las del papa Francisco, con su encíclica *Laudato si'*, “sobre el cuidado de la casa común”, son dos ejemplos de las afinidades que se pueden encontrar desde el seno de la espiritualidad occidental con el ecofeminismo.

Por otro lado, la espiritualidad que se sustenta en la experiencia de interconexión con la red de la vida no necesariamente hace referencia a algún tipo de doctrina de larga data, con rituales y feligreses. La espiritualidad desde

una perspectiva ecofeminista “potencia el redescubrimiento del carácter sagrado de la vida, en el sentido más amplio del término, esto es, la comunidad de vida” (Triana, 2016, p. 127), y puede estar más cercana a la vivencia de una ética del cuidado, postantropocéntrica “en la que necesariamente tenemos que ampliar los límites de la comunidad moral más allá de los seres humanos, a la vez que se visibilizan las condiciones de injusticia que reproducen las éticas androcéntricas” (Triana, 2016, p. 128).

### **El cuidar: ¿Sostener u oprimir? Las cargas y las alegrías del cuidado**

El ahorro, el no desperdicio, cómo hacer rendir los alimentos, de qué manera se pueden embellecer las plantas o qué es lo más saludable para la Tierra y el cuerpo; son algunos de los intereses de las mujeres campesinas que conocí y que hacen parte central de la constante pregunta sobre cómo sostener la vida de la mejor manera posible. Como ya lo he mencionado, estas preocupaciones se inscriben en los ámbitos de lo femenino y lo privado, y muchas veces consumen la mayor parte del tiempo de las mujeres, dejando poco espacio para su necesaria participación en el ámbito de lo público.

Uno de los dilemas que formaron desde un principio parte de esta investigación es si verdaderamente vale la pena poner el foco en estas prácticas tradicionalmente feminizadas, o si en cambio es mejor exaltar los logros que muchas mujeres han tenido en las esferas tradicionalmente cooptadas por los hombres, como la política. Lo que está detrás de este dilema es la conveniencia que pueda tener para las mujeres la exaltación de su rol de cuidadoras, en tanto es evidente que es en sus cuerpos en los que siguen recargadas de forma injusta y desigual las necesarias tareas del cuidado. Decidí poner el foco en el cuidado, no desde la opresión, sino desde las posibilidades que guarda. Decidí reivindicar las tareas que sostienen la vida porque creo que sería una gran pérdida social considerarlas *únicamente* como cargas y opresiones. Sostengo que la mirada de la academia y de movimientos sociales como el feminista no evada la riqueza que hay desde los lugares del cuidado en los que las mujeres han sido las protagonistas. El cuidado debe ser desgenerizado, repartido equitativamente y expandido.



Teniendo en cuenta esto, es necesario decir que los roles de cuidado y los roles como líderes políticas de las mujeres que conocí traen consigo cargas y satisfacciones íntimamente ligadas con la vivencia del género y su condición de mujeres campesinas. Varias de las mujeres que intervinieron en los talleres que ofrecí mencionaron que “trabajan el doble”, que además de hacer los oficios en la casa, deben “salir muchas veces al campo a colaborar al esposo”. También comentaron que en el campo se sigue privilegiando el acceso a la educación de los niños por encima del de las niñas, y esto, en teoría, se traduce en tener mayores obstáculos para la posibilidad de formación y participación política.

Es el caso de Alma Nuria, quien desde que es una niña ha luchado por su derecho a la educación, primero obstaculizado por el olvido estatal en el que ha estado sumido gran parte del campo colombiano, traduciéndose en un esfuerzo insostenible de caminar horas de ida y de vuelta para acudir a la escuela, y que le impidió estudiar desde los nueve hasta los catorce años; y después por su pareja, quien recriminaba y frenaba constantemente sus deseos y decisiones de estudiar. Alma Nuria cuenta que su pareja le dio el ultimátum de que no iba a “ayudarle” para ninguna de sus pretensiones académicas y laborales, y eso significaba que ella debía seguir haciéndose cargo de sus roles de cuidadora para su hija, la preparación de alimentos para la familia y para los eventuales jornaleros que estuvieran trabajando con ellos, y los oficios de la casa antes de irse a estudiar o trabajar. Esto suponía tener que levantarse cerca de las 3:30 de la mañana para cumplir con estas labores de cuidado, las cuales, a diferencia de otras, no pueden saltarse o posponerse. Su rol de madre la hizo desistir de una oportunidad de intercambio académico a España en el marco de un diplomado que estaba realizando en la Javeriana Cali, o también de algunas ofertas de trabajo.

Sin embargo, el cuidado también ha sido un motor poderoso para los logros y las decisiones que Alma Nuria ha tenido en su vida, así como es consciente de que estas actitudes cuidadosas, especialmente por parte de su madre y abuelos, la han moldeado como la mujer líder que es actualmente, y ha tenido consecuencias positivas y profundas a lo largo de su vida.

Rememorando su niñez, relataba que su madre le había enseñado precozmente los números y las letras con un barro especial que se consigue

cerca de ciertos ríos “porque no había plastilina”, y que estos aprendizajes tempranos habían hecho que la promovieran un par de años en el colegio, adquiriendo también un gusto por el estudio que la ha acompañado hasta ahora. Preguntándole por su inclinación hacia los estudios de la agroecología y el cuidado de la Tierra, rememora su infancia con sus abuelos, quienes eran campesinos (su abuela era indígena Nasa), y comentó que ellos le transmitieron el amor a la Tierra, que sus prácticas le enseñaron sostenibilidad, identificar y guardar semillas, alimentarse sanamente, recoger plantas silvestres de la montaña, etc. De estos saberes heredados de sus abuelos, Alma Nuria dice que siempre “le ha encantado el tema del frijol y del maíz, cómo uno elige los granitos, *es muy lindo*”. Sobre aquel río donde su madre sacaba la tierra con la que le enseñó los números y las letras, dijo que “me *duele* que el caudal del agua de la quebrada haya bajado muchísimo”. Me parece importante resaltar la ternura con la que se refiere a la Tierra, las plantas y sus procesos. También noté esto en otras mujeres, al hablar, por ejemplo, de los animales.

Esta relación con la Tierra y la naturaleza que trasciende su utilidad económica para inscribirse en el plano de emociones como el cariño o el amor, son motores centrales en el trabajo que la comunidad realiza para la defensa del territorio y para posicionarse políticamente en contra de las pretensiones desarrollistas del gobierno y las empresas. Sus emociones terminan así convirtiéndose en *emociones políticas*.

A Alma Nuria el gusto por enseñar a los más pequeños la ha hecho trabajar en lugares que ella considera muy satisfactorios, como su primer trabajo como profesora de una escuela pública, o posteriormente como auxiliar en un jardín de niños. La maternidad para ella se ha convertido en “su gran motivación” para salir adelante, trabajando tenazmente para que su hija pueda estudiar con las facilidades que ella no tuvo, y acceder a la educación superior, un sueño que aún Alma Nuria no ha podido alcanzar<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Natalia, la hija de Alma Nuria, pudo ingresar a la Universidad Nacional a la carrera que quería, agronomía, lo que significa un gran orgullo y alivio económico para su familia, que de otra forma no hubiera podido costear la educación superior.

El ímpetu que gira alrededor de una mejor vida para su hija también la ha llevado a tomar decisiones como separarse del padre de ella, quien no apoya su decisión de entrar a la universidad. El gusto por enseñar, sus posiciones frente a la importancia de la solidaridad y por el cuidado de la Tierra, también la motivó a cofundar la mencionada Asovisa, Asociación de la que es líder, de la que siente que su hija es “su relevo al 100%”, y que entiende que, así como a las personas y las plantas, a la asociación hay que cuidarla, el trabajo comunitario es “continuo, es constante”, como lo son las labores de cuidado<sup>10</sup>.

Es también el caso de doña Victoria, una mujer mayor que vive con su hijo y que ha tenido una vida llena de historias marcadas por la violencia de género, como la del intento de rapto en su adolescencia para lo que se presume era trata de blancas, o el haber pasado varios años de su vida en una relación violenta con un hombre manipulador. En medio de todo esto, de experiencias como el esfuerzo del cuidado que implica ser madre soltera, que logró forjar una sensibilidad hacia la necesidad de reivindicar el apoyo entre las mujeres, en lugar de la competencia. De hablar y cantar (es cantautora) de la libertad del cuerpo femenino y de entender que “no todo es a golpes, no todos es a madrazos. La paz hay que saberla buscar”.

Quisiera relatar también otra historia de vida que ilustra el papel significativo de la crianza, escenario del cuidado por excelencia. Como generalidad, en los talleres siempre hay algunas mujeres que expresan más elocuentemente y de formas más elaboradas sus posiciones frente a los temas que estamos hablando. Este fue el caso de Estella, quien asistió al taller en la vereda de San Isidro, y a la que le pedí que me concediera una entrevista unos días después. Estella tiene 21 años y es madre de Isaías, de tres años.

Estella me contó que estaba intentando darle a Isaías una crianza libre de estereotipos de género, basada en la escucha, en las formas no violentas de enseñar o reprender, enseñándole a cuidar a los animales y las plantas “porque a esa edad ellos tienden a ser bruscos”, fomentando entre ella y él sentimientos

---

<sup>10</sup> Alma Nuria comenta que la pandemia afectó negativamente los procesos de la Asociación, dado que el impedimento para reunirse resiente el fortalecimiento de los lazos comunitarios que se necesitan para que los procesos marchen de la mejor manera.

de complicidad, dándole la confianza para que “cualquier cosa que alguien le diga o le haga, me cuente”, que “no me tenga miedo”.

Sorprendida y conmovida por estos preceptos que se alejan de las crianzas comunes, basadas en las relaciones jerárquicas y de obediencia-sumisión entre padres e hijos, le pregunté que de dónde ella consideraba que había adquirido estos principios. Eso nos remitió a hablar de la crianza que ella había recibido de su madre, quien cuenta que “siempre fue de dialogar”, que “la veo como una amiga”, y que para ella “su crianza fue perfecta”. Remontándome una generación más atrás en su historia de vida, también le pregunté por la crianza que tuvo su madre, y me comentó que la de ella, en cambio, había sido bastante violenta, basada en el castigo físico, y que adicionalmente no había podido estudiar hasta los 12 años.

La mamá de Estella había decidido que quería darle una crianza completamente diferente a su hija, basada en la escucha y la libertad, y esto me hizo comprender más íntegramente a aquella mujer joven que explicaba con fluidez la conciencia del peso del género en actividades cotidianas o académicas (y la necesidad de transformar estos pensamientos), que tenía una conciencia política y ambiental que la había hecho partícipe activa de Astracava desde joven, y que estaba criando un niño bajo preceptos feministas y del cuidado. Para Estella, la maternidad también ha significado un alto en su implicación dentro de los procesos de Astracava, que ahora está retomando poco a poco. Su amor e interés por los animales la ha encaminado a estudiar zootecnia, carrera en la que cursa los primeros semestres en la Universidad Nacional.

El trato y relación con los animales fue un aspecto que llamó en general mi atención. Estella, como mencionaba, me hablaba con mucho amor y preocupación por ellos y, de hecho, su entrevista costó un poco agendarla porque su perra estaba enferma, y su cuidado y transporte a la veterinaria, sumado al cuidado de su hijo, estaba causándole escasez de tiempo para otras actividades. Me dijo que, si bien según su percepción tanto hombres como mujeres eran en estos momentos igualmente partícipes en el deterioro medioambiental, la crueldad en el trato con los animales era, “sin duda”, una tendencia masculina.

Doña Rosa, por su parte, me comentó que en un momento en el que la comunidad tuvo que desplazarse al pueblo por algunos días debido a los enfrentamientos entre grupos armados, ella, a pesar de las advertencias de no volver a la zona porque su vida corría peligro, pasó a revisar y alimentar a los animales. Paola me explicaba con detalle la forma de curar a los animales domésticos, especialmente a los perros, cuando unas moscas ponían sus larvas en ellos y se les formaban “nunches”. Mencionaba que a ellos les dolía mucho, que se ponían tristes, desganados. En su caso, era ella la que se encargaba de esas tareas en la familia, trascendiendo el asco o la impresión que el trabajo de sacar las larvas pudiera generar. Comentaba también que a veces las personas intentaban curar a los animales silvestres.

Con estos fragmentos de vida quiero ilustrar lo que expuse al principio: el cuidado es, sin duda, un trabajo injustamente recargado en las mujeres, pero los principios bajo los que se guía, expuestos en capítulos anteriores, y desde los que puede hablarse de una *ética del cuidado*, son también motores de transformación en las comunidades, de una necesaria preocupación por las personas, la Tierra y los animales. Considero también que preceptos de crianza como la escucha, la no violencia, y la preocupación por la educación influyen fuertemente en el desarrollo empírico de una conciencia feminista en las mujeres, lo que vi reflejado en varias de las que conocí en Pradera.

## **V. EL ENFOQUE DE GÉNERO TAMBIÉN SE PREGUNTA POR LOS HOMBRES: REPLANTEAR LA MASCULINIDAD COMO UNA FORMA DE ABRIR ESPACIO AL CUIDADO**

### **Desarmar la masculinidad**

La previa caracterización del conflicto violento que se ha cernido sobre Pradera, incluyendo el de las dinámicas económicas que han precarizado y trastocado de formas negativas la vida campesina, son ilustrativas para plantear una discusión acerca de los modos patriarcales en las que se desenvuelve la violencia. Para iniciar, está el hecho pocas veces mencionado – e impopular – de la diferenciación por género de quienes conforman los grupos armados y los dueños de los grandes negocios de la región: los hombres conformaban el 87% de los grupos paramilitares en el país (Vega, 2019); para 2018, las mujeres representaban sólo el 12,2% de las fuerzas armadas (teniendo en cuenta a

Policía, Ejército, Armada y Fuerza Área) de un universo de casi 450.000 integrantes (Salazar, 2017b), con sólo 781 de ellas en el Ejército (Colombia2020, 2018); y la guerrilla de las FARC era el grupo armado que más porcentaje de mujeres tenía, con un estimado de entre 29-40% de ellas en sus filas (Salazar, 2017a). Esto sin mencionar que los porcentajes de mujeres van disminuyendo de forma aún más abrupta en la medida en que se va escalando hacia la cúpula de estas organizaciones, todas marcadamente jerárquicas.

Kimberly Theidon, a partir de su trabajo de campo con desmovilizados en Colombia de varios grupos armados ilegales (ELN, FARC, AUC), reflexiona acerca del paso por un grupo armado en nuestro país– incluyendo al ejército –, aduciendo que esto resulta en una especie de “rito de paso” para muchos hombres jóvenes, quienes en su gran mayoría vienen de contextos de mucha pobreza. Tener comida, un arma y un uniforme, y en algunos casos, un sueldo, es tentador cuando las oportunidades escasean ampliamente. “En un contexto de violencia generalizada, la proliferación de redes criminales, un mercado laboral legal limitado y una economía cultural que fusiona armas, masculinidad y poder, agarrar un arma no es necesariamente una aberración” (Theidon, 2009, pp. 16–17).

Theidon enfatiza alrededor del caso de los paramilitares, quienes sus integrantes expresaban de forma más notoria la fuerza simbólica que implicaba tener un arma como muestra de poder en sus comunidades. Esto incluía “sentirse como un gran hombre” en los barrios y en las calles, o “salir con las mujeres más bonitas”; privilegios que decían no poder tener si no portaban armas. Es importante notar el carácter relacional de la creación de estas identidades: existen no sólo porque otros hombres validan estas expresiones de poder, también las mujeres hacen parte de este círculo de imaginarios, en donde estar relacionadas con hombres armados es una posibilidad de estatus y movilidad social, validando así la masculinidad violenta y militarizada (Theidon, 2009).

### ***La masculinidad hegemónica como objeto de estudio***

¿Por qué importa hablar de esto? Antes que nada, me gustaría aclarar que abordar los estudios de paz desde una perspectiva de género no se limita

únicamente a agregar la categoría “mujeres” a las discusiones y decisiones sobre estos temas. “Género” no es equivalente a “mujeres” y, por lo tanto, el potencial de los estudios de género no debe reducirse al mundo de experiencias del género femenino – si bien su puesta en valor hace parte fundamental de él –, sino también hacer un esfuerzo por trabajar todo aquello que implica una perspectiva de género, incluyendo, por supuesto, a los hombres y la masculinidad. El foco de las investigaciones en los hombres ha sido, sin duda, una constante en la historia de la humanidad, sin embargo, las reflexiones en torno a ellos como sujetos intervenidos por las lógicas del género son más bien recientes (Theidon, 2009), ubicándolos en un lugar de objeto de estudio al que no están acostumbrados, e invirtiendo así los papales de observador-observado. La auto-indagación profunda que el feminismo ha permitido en las mujeres también debería posibilitar lo propio con los hombres.

Para Theidon (2009), la reducción que se hace de la categoría “género” como sinónimo de “mujeres”, cae en una simplificación que llama una “lógica de enumeración”, en la que “pareciera que la eficacia política y teórica presumiblemente existe solo al nombrar cada categoría de individualidad o experiencia” (p.4), dando lugar a una serie de identidades que se repiten en el discurso (como mujeres, indígenas, afro, niños, ancianos), sin reflexionar más profundamente acerca de las implicaciones de, por ejemplo, un enfoque de género. En muchos casos, la ausencia de la categoría “hombres” continúa perpetuando la idea de que aquella es la identidad sinónimo de humanidad, la línea central contra la que las otras identidades minoritarias se desvían. “Ciertamente, algunos hombres se incluirán en una de las categorías de identidad enumeradas, pero su visibilidad se basará en su raza, etnia o edad, no en sus identidades de género como hombres” (p.4), dejando así a un lado los debates acerca de los hombres y la masculinidad.

Desde mi primera visita a Pradera con el grupo de mujeres de Astracava, las conversaciones con ellas han estado impregnadas de su relación con los hombres. Esto no es gratuito, y es que la existencia de las mujeres (decisiones vitales, roles, oportunidades), a diferencia de la de los hombres, está profundamente marcada por las construcciones del género, que son identidades eminentemente relacionales. El tema surge inevitablemente en medio de chistes

y anécdotas de la vida cotidiana e íntima, y también al tocar temas como la participación política de ellas. De hecho, la primera petición que me hicieron como grupo fue la posibilidad de dar talleres con perspectiva feminista con las mujeres, viendo que varias de sus compañeras necesitaban replantearse relaciones de sumisión con sus parejas.

En aquel primer encuentro me manifestaron que este tipo de relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres se veían más reforzadas en el campo, y que si bien no querían que yo fuera a decirles a las mujeres que “pelearan y dejaran a sus maridos”, sí consideraban que sería oportuno hablar sobre la importancia de relaciones más igualitarias.

En el momento en que fui a dictar el primer taller en la vereda de Bolo Blanco, esperé encontrarme con mujeres, de acuerdo con la impresión formada en mi reunión anterior, que no hubieran reflexionado muy a fondo en torno a las opresiones de género. Fue un prejuicio equivocado, y me encontré con la fuerza de un grupo en el que varias tenían una importante conciencia de las opresiones de género, y no hacía falta fomentar la opinión y las percepciones de casi ninguna de las allí reunidas, la palabra se daba fácilmente en el espacio, con una menor participación de las integrantes más jóvenes del grupo. Algo similar sucedió en el taller dictado en la vereda de San Isidro, en el que varias de las mujeres expresaron con mucha claridad la conciencia de que las labores de cuidado que realizaban eran un trabajo con la misma importancia que el trabajo remunerado.

Mucho había por decir en cuanto a la crianza, por ejemplo, de los niños. Algunas expresaban con orgullo que ellas exigían que las tareas del hogar fueran compartidas, y que así era efectivamente. Sin embargo, era evidente cómo, detrás de esas afirmaciones sobre sus exigencias en las tareas del hogar, estaba el hecho de que ellas eran las “jefes”, o las encargadas principales, de aquellas tareas. Esto también lo respaldan los datos recogidos por el IEI (2019), los cuales muestran que el 42,1% de las mujeres campesinas encuestadas del municipio dedican más de ocho horas al cuidado del hogar, y que el 47,4% de ellas lo realizan sin colaboración de nadie más. Era evidente cómo estos grandes esfuerzos por criar a las nuevas generaciones de manera que hicieran una



ruptura con muchos de los preceptos patriarcales continuaban siendo una labor recargada en las madres.

Cuando tratamos el tema de los roles de género, las mujeres enumeraron una serie de características, percepciones y mandatos comunes y generalizados sobre los niños, como que “los hombres no lloran”, que no deben “ser nenas”, que tienen “obligaciones como hombres”, como proteger; que “a las niñas no se les pega”; y algunas percibían que “por naturaleza” ellos eran más bruscos que las niñas. Por otro lado, expresaron que las niñas eran más “delicadas”, “sensibles”, “obedientes”, y que, al contrario que a los hombres, se les enseñaban las labores de cocinar, coser, remendar; pero que hoy en día se estaban volviendo “inútiles”, haciendo referencia a que cada vez sabían menos sobre cómo realizar labores de cuidado. Frente a esto último, puse en consideración el hecho de que, si bien es común que los varones no sepan realizar las labores de cuidado, a ellos no se les ha dado el adjetivo de “inútiles” por ello. Estas reflexiones dieron pie para hablar del papel significativo de este tipo de comentarios, expresiones y mandatos en la formación temprana de niños y niñas sobre su papel en la sociedad, cosa que marcará decisiones vitales y cotidianas a medida que vayan creciendo. En cuanto a los niños, puse el ejemplo de cómo las ideas aprendidas de “el vengador” “el protector” o el “brusco por naturaleza” tiene con mucha seguridad un papel importante a la hora de tramitar conflictos, de pequeños y adultos, a través del uso de la violencia.

### ***La reproducción de la masculinidad hegemónica***

La masculinidad hegemónica se sostiene en varios lugares y momentos de la vida de las personas, pero es necesario enfatizar que aquella masculinidad violenta que asocia las armas con el poder y la movilidad social, se perpetúa más evidentemente en los lugares de entrenamiento para el combate de los grupos armados legales e ilegales, donde de forma deliberada se adoctrina el cuerpo y las emociones para ello (Theidon, 2009).

Creo que, como sociedad que se piensa el posconflicto, se deben replantear las formas en las que se perpetúan modelos hegemónicos de masculinidad en los grupos que persiguen causas, que tienen “deberes” y “misiones” con las personas, que pregonan un sentido elevado del honor

asociado más bien con la obediencia ciega y con la fantasía de la invulnerabilidad. Todas estas cualidades de una sociedad androcéntrica se ven reforzadas en los grupos que ejercen el poder a través de las armas. Es importante recalcar que no creo que toda masculinidad es violenta por el solo hecho de serla, me estoy aquí refiriendo a un tipo en específico de masculinidad, aquella que surge desde los patriarcados, es decir, aquella violenta, heterosexista, homófoba, racista y machista (Martín, 2007).

En los momentos en que redacto este trabajo (finales del año 2020), están sobre la mesa política serias discusiones acerca de la necesidad de reformar las bases de adoctrinamiento patriarcal en la que se sostienen instituciones como la Policía o el Ejército, dada la crueldad con la que ejercen su poder contra la ciudadanía, y que dejó, citando sólo dos casos recientes y conocidos, un saldo de siete personas muertas en Bogotá a manos de la Policía Nacional en medio de protestas contra la brutalidad de esta institución (BBC News Mundo, 2020); o dos indígenas muertos en Corinto, Cauca, por parte del Ejército Nacional en medio de un operativo de desalojo (Romoleroux, 2020).

Quiero aclarar que me parece pertinente el llamado de atención que hace Izquierdo (1998), en cuanto a los peligros que hay en exponer las dinámicas por género de la violencia de formas en las que puede dar para una interpretación simplista de su funcionamiento: la de los hombres únicamente como violentos y la de las mujeres solo como pasivas. “Las vidas plurales de las mujeres corroboran que ellas son tan capaces como los hombres de ejercer violencia, y solo algún feminismo esencialista lo niega” (Magallón, 2012, p. 24). Izquierdo afirma que una teoría patriarcal y del sexismo que ignore la participación consciente o inconsciente de las mujeres en su sostenimiento correrá el peligro de afirmar aquello que está criticando, ya que una reducción tal del estado de las cosas implicaría confirmar “que las mujeres no tienen capacidad de intervención sobre su vida, y que todo lo que ocurre parte de los hombres, o es responsabilidad de ellos” (Izquierdo, 1998, p. 23). Conuerdo en esto, y no necesariamente apelando a lo obvio – que las mujeres también matan, que también pueden ser crueles miembros de algún grupo armado – sino planteando, por ejemplo, el papel de ellas como transmisoras por excelencia de los valores culturales que se aprenden en la infancia, de su importancia dentro del círculo

de validación de las masculinidades militarizadas, al desear a los hombres que encarnan estos papeles, o su lugar de cómplices y en muchos casos beneficiarias de las formas de poder patriarcal en otros cuerpos que no sean los propios. Sin embargo, esto no opaca mi propuesta inicial sobre el cuestionamiento de la construcción de la masculinidad, porque si bien el uso de la violencia no distingue sexos, la magnitud de su ejercicio, al menos en escenarios de conflicto armado, y las consecuencias directas sobre la vida, sí lo hacen marcadamente. Es necesario hablar sobre la construcción de la masculinidad en las organizaciones tan profundamente marcadas por el género masculino, como la de los grupos armados legales e ilegales en Colombia.

### **Trabajar la masculinidad desde la cultura y las emociones**

¿Cómo abordar estos replanteamientos a las masculinidades hegemónicas que producen violencias a niveles macro y micro cada vez menos aceptadas? Las discusiones de la masculinidad que dialogan con los feminismos tienden a proponer una educación que se nutra de los avances que se han hecho por comprender la construcción de los géneros, en una búsqueda de “educar para sanar” (Martín, 2007), teniendo en cuenta que es necesario hablar de las realidades de los hombres integrando no solo el tradicional punto de vista de ellos mismos, sino poniendo en un lugar central los reclamos del género no-masculino

[...]hasta ahora los hombres se han visto a sí mismos como representantes de lo universal sin entender su propia especificidad, situación que está en la raíz de la desorientación sentida ante las quejas y acusaciones de minorías como las feministas y los homosexuales (Martín, 2007, p. 98).

En contravía de algunas vertientes del feminismo, que proponen no invertir esfuerzos y energías desde las mujeres y el movimiento feminista en tratar los asuntos de la masculinidad de los hombres, considero que no darle la debida atención a este asunto es contraproducente. Al fin y al cabo, los hombres y las mujeres siguen inevitablemente compartiendo espacios y dependiendo los unos de los otros. En casos como el nuestro, en donde la militarización de la vida cotidiana y la promoción de las masculinidades militarizadas, producto del

conflicto armado, han sido una constante, se ha evidenciado que se relaciona directamente con el incremento de la violencia doméstica (Theidon, 2009). Es cierto que el movimiento de los hombres para hablar sobre estos asuntos, idealmente, debería estar ocupando más espacios, siendo ellos los principales representantes de estas discusiones y trabajando por expandir el interés y la convocatoria hacia estos temas, pero creo que no es una opción la inacción mientras esto nos suceda. Las mujeres también necesitan de la transformación de los hombres para su bienestar.

Por otro lado, quiero aclarar que decidir ubicarme desde una posición que se pregunta por el dolor de los hombres dentro del patriarcado no pretende equiparar las opresiones o la violencia que se ejerce sobre los cuerpos con base en el sexo. No es lo mismo ser un hombre que una mujer dentro del sistema patriarcal, si bien ambos pueden ser cuerpos sufrientes, ser aquellos sobre los que por excelencia se asienta la dominación no es equiparable con los que se les exige ser los dominantes. Tampoco lo son los beneficios que se pueden obtener del sistema, ni las maneras, como lo expliqué anteriormente, con las que se ejerce la violencia. Las mayormente despojadas de su derecho a una vida digna y satisfactoria continúan siendo las mujeres.

“¿Cómo podemos enriquecer tanto la teoría como la práctica explorando las formas en que se producen hombres militarizados y son *performadas* las masculinidades militarizadas?” “¿Cómo podemos incluir estrategias diseñadas para reconstruir activamente lo que significa ser un hombre?” Las preguntas que Theidon (2009, p. 5) se plantea sobre la guerra y las masculinidades son invitaciones para guiar propuestas de construcción de paz, que pueden potenciarse optando por comprender las conexiones que se tejen entre los hombres, las armas y el uso de la violencia. Es innegable que la asociación entre estos tipos de masculinidad violenta y militarizada con el poder tiene una importante razón de ser en la carencia de alternativas de modelos de masculinidad, carencia que se sostiene más profundamente en aquellos lugares empobrecidos y cooptados por la guerra. Donde no existen alternativas para una vida decente más allá de cargar un arma, es muy probable que las personas, especialmente los hombres jóvenes, se decanten por esta opción. Es entonces necesaria la constante exigencia por mejorar las condiciones económicas de las

regiones, pero también darle la debida importancia a la inversión en políticas con un enfoque social ya que “[...] lo material no siempre triunfa sobre lo ideológico o cultural, (mal)entendidos como reinos separados” (Theidon, 2009, p. 30).

En la medida en que las demostraciones machistas de poder sean más repudiadas, también estará entrando en crisis una identidad que se niega a desaparecer – la del macho – y puede que las grietas identitarias que promuevan esos cismas sean lo suficientemente amplias como para dejar filtrar una discusión amplia de lo que significa no sólo ser un hombre, sino el paradigma de hombre (el protector, el de las armas, el honorable, el invencible), una discusión que podría moverse en el mundo de las emociones y de la conciencia de la vulnerabilidad. Para Izquierdo (1998), se trataría de conectar con el dolor y la humillación:

Ello significa desconstruir la categoría patriarca y devolverles a los hombres el dolor y la humillación de vivir y comportarse como un patriarca, que está tan atado a las relaciones de expoliación y dominación como su compañera, su madre o hermana lo está (p.16)

Evidenciar el dolor de las jaulas del género a través de las emociones es también una propuesta de la filósofa Martha Nussbaum, y es que comprender las afectaciones de aquello en el propio ser, a partir no sólo de la autoobservación, sino también a través de espacios y herramientas (como las obras de teatro, las novelas o los poemas) que predispongan a escuchar las narrativas de los otros en los cuales se es posible reflejar, o en los que se puede alcanzar a dimensionar las consecuencias de la violencia ejercida, tiene un potencial transformador que vale la pena explorar. Para Nussbaum (2014) es fundamental el uso de herramientas culturales, como el arte, para lograr tocar las raíces de las estructuras que sostienen, precisamente, una cultura que urge modificar. Así como ella, concuerdo con que no basta con la existencia de un discurso formal que pregone el respeto al otro, en los casos de nuestro contexto, el adorno que con que la institucionalidad se viste de “respeto por los derechos humanos”, sin hacer muchos más esfuerzos porque ello cale en el comportamiento de sus integrantes: la democracia requiere no tener miedo de hablar de, por ejemplo, el amor como una emoción política:

[...] ¿Por qué? ¿Por qué no bastaría simplemente con el respeto? Pues porque el respeto es inestable si antes no se reinventa el amor de tal manera que no haga que las personas estén permanentemente obsesionadas por la jerarquía y el estatus [...] la cultura pública necesita nutrirse y sustentarse de algo que esté profundamente arraigado en el corazón humano y extraiga de este sus sentimientos más poderosos, incluidos la pasión y el humor. Sin estos, la cultura pública no deja de ser tan superficial como desapasionada e incapaz de motivar a las personas para que realicen el más mínimo sacrificio de su interés particular personal en aras del bien común (Nussbaum, 2014, pp. 61–62)

Martín (2007) también apela al uso del arte, específicamente de la narrativa textual, para entablar reflexiones acerca de cómo la afirmación de la propia identidad – la masculina – no debe pasar por encima de la integridad de otras identidades, para ella

El modo más efectivo de ayudar a que los hombres se liberen del patriarcado y de la imperiosa necesidad de posicionarse dentro de él como individuos con un exceso de poder es evidenciar, con base en el trabajo académico, que, como muestran numerosos textos, el patriarcado limita la existencia del hombre a una lucha estéril por la adquisición del mayor poder posible, lucha que al favorecer tan sólo a la cúspide de la pirámide jerárquica patriarcal genera necesariamente una frustración generalizada, origen de mucho sufrimiento psíquico y físico tanto de los hombres insatisfechos e inseguros como de sus víctimas.

Las emociones como lugares significativos desde los que se pueden gestar transformaciones también tienen una razón de ser antipatriarcal, teniendo en cuenta no sólo que su importancia ha sido infravalorada dentro de los esquemas androcéntricos del conocimiento, sino también porque las emociones están mediadas por los roles de género, y la posibilidad de acceder a un mayor abanico de ellas sin vergüenza ni culpa es parte de la desmilitarización de la vida de los hombres (Theidon, 2009). Plantear entonces una reforma a las instituciones patriarcales acompañada de una educación en las emociones, de un destierro de las formas tradicionales de imponer disciplina y un “deber ser”,

es una opción que considero pertinente en tanto son las bases culturales las más difíciles de desmontar.

### ***La masculinidad y el cuidado***

Si nos ubicamos en el plano de la educación para la paz, considero más que necesario las agendas que se enfrenten con la masculinidad patriarcal. En términos de valores del cuidado, la masculinidad necesita fomentar su capacidad de escucha, no sólo con la otredad, sino con ella misma para comprender los lugares estériles donde está cimentada. Un trabajo similar al que se ha hecho – y se continúa haciendo – con la feminidad.

Para Comins (2003), educar en el cuidado debe hacer parte de la malla curricular de las escuelas en tanto este valor no sólo es fundamental en una educación para la paz, también permite desmontar los prejuicios de género que de formas soterradas – algunas veces, no tanto – se instalan en la socialización temprana de niños, niñas y adolescentes. Considero que este tipo de planteamientos también deberían ser propuestos como políticas públicas de educación en el país. Esto también podría ser propuesto en ámbitos que trasciendan las instituciones educativas, por ejemplo, dentro de las acciones que hagan parte del pilar de Reconciliación, Convivencia y Construcción de Paz”, uno de los ocho sobre los que están formulados los PDET.

Recuerdo una conversación sostenida con un hombre joven de la vereda de Bolo Blanco, de 22 años, mientras yo lo acercaba a un municipio cercano, aprovechando que yo tenía transporte y mi ruta lo aproximaba a su lugar de destino. Iba a ir a cuidar a su abuelo, que se encontraba hospitalizado hace unos días, ya que su cuerpo necesitaba de una máquina que funciona con energía eléctrica para hacerle diálisis, y en su casa – como suele suceder en las veredas – la electricidad se había ido más de un día. Iba a relevar a su hermano del hospital, que ya llevaba bastante tiempo con él y estaba muy cansado. Me sorprendió cuando me dijo que en realidad no era su abuelo de sangre, pero que los había criado a él y a su hermano como tal. “Somos la única familia que tiene”.

Después de hablar un rato sobre la situación de seguridad en Pradera, cómo habían tenido años duros de violencia, en los que presencié actos como el asesinato sangriento de un conocido de la familia a manos de paramilitares, y de

la influencia guerrillera en el territorio, me contó que había servido al ejército, y que lo habían herido en combate. Me dijo que le habían ofrecido seguir la carrera militar, y que eso le gustaba, pero que decidió no continuar porque había nacido su primera hija. Me comentó que, afortunadamente, sabía cómo trabajar la tierra, lo que les daba a él y a su familia cierta seguridad frente al hecho de no quedarse sin sustento. Eligió a su familia antes que a una vida inmersa en la guerra, y estaba realizando activamente un trabajo de cuidado con su anciano familiar.

Con esta anécdota quiero referirme a la fuerza que tiene “la familia” en la toma de decisiones respecto al involucramiento o no en instituciones bélicas. Theidon (2009) comenta que este es un tema recurrente en los excombatientes, quienes añoran el tiempo sereno que transcurre cuando se está en familia. Si bien puede que el concepto de familia tienda a idealizarse, pasando por alto relaciones abusivas que allí se gestan, lo cierto es que es una motivación fuerte para dejar a un lado las armas. Theidon plantea que trabajar desde esta idea de la familia puede ser un gran incentivo para los excombatientes en los esfuerzos por continuar su vida de civiles, y que esto debe complementarse con esfuerzos para que dentro de las familias no se reproduzcan las desigualdades propias de las jerarquías del género<sup>11</sup>.

Dentro de esta misma línea, también considero que trabajar desde la idea del bienestar de la familia, que a su vez es un bienestar propio, puede resultar en una motivación poderosa para los hombres, no únicamente excombatientes. Si bien las mujeres han sido tradicionalmente las que se ocupan de educarse en las formas de traer bienestar a sus familias, esto no implica que sea un tema que no despierte el interés de los hombres. Al igual que los modelos de masculinidad, creo es necesario educar en el abanico amplio de posibilidades que hay en cuidar de la familia, más allá de la conocida responsabilidad económica que se endilga especialmente a los varones. Como plantea Theidon, la posibilidad de acceder a terapia familiar e incluir en las políticas públicas del posconflicto un

---

<sup>11</sup> Theidon (2009) hace una crítica de las políticas de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR), ya que estas carecen de una perspectiva de género en el abordaje de las dinámicas familiares de los excombatientes. En muchas ocasiones, las parejas de ellos prefieren no denunciar los abusos que pueden estar viviendo por miedo a que el aporte económico que sus parejas reciben en la etapa de la reintegración – muchas veces el único ingreso familiar – les sea cortado. También menciona que la mayoría de ellos no han sido enseñados a ser parejas y padres amorosos, lo que significa un choque en el momento de volver a la vida civil.



abordaje que tenga en cuenta las distintas violencias que se reproducen dentro de las familias, es un acercamiento más completo a los procesos de cambios estructurales para la de construcción de paz. De la misma forma en la que el sólo hecho de dejar las armas no implica una reevaluación de las dinámicas patriarcales de poder, tampoco es así con, por poner el ejemplo que concierne a este trabajo investigativo, la formalización de una Zona de Reserva Campesina.

Además de este enfoque familiar, considero que es importante un trabajo comunitario. Sobre esto, pienso que se pueden plantear espacios pensados desde la realidad de las comunidades, y en el caso de los grupos campesinos, las huertas tienen un potencial social más allá de su función de reproducción de la vida (alimento).

Las huertas han sido escenarios pensados para fortalecer la soberanía alimentaria, así como para promover el fortalecimiento de los lazos comunitarios o la reparación del tejido social y de la importancia del cuidado de la Tierra y la salud, en ámbitos tanto urbanos como rurales (Castro, 2020; Mujeres en Resistencia Cultural, s.f; Marín Carvajal, 2013; Semana Sostenible, 2019). A pesar de este impacto que favorece a la comunidad en general, las huertas son lugares que continúan siendo culturalmente feminizados. En el caso de Pradera y de las comunidades campesinas en general, el 84,2% de las mujeres informaron tener una huerta (IEI, 2019). En estas, lo que se siembra es principalmente para el autoconsumo, una forma de tener a la mano alimentos básicos sin tener que recurrir a su compra. La actividad del trabajo en la huerta, la cual termina siendo un trabajo de cuidado de la Tierra y de las personas, es bastante inusual que la realicen hombres únicamente (el 5,3% dijo que así lo hacía), mientras que el 31,6% de las mujeres reportan hacerlo solas; y al parecer, el trabajo conjunto entre hombres y mujeres en la huerta es el más común, siendo el 47,4% de los casos (IEI, 2019). Si bien no se especifica en el informe, este trabajo en conjunto probablemente tiene una carga mucho mayor en las mujeres. Este tipo de actividades y espacios que no tienen como fin principal el intercambio comercial, sino de sostenimiento de la vida, podrían pensarse como lugares desde los que se pueden promover discusiones acerca de la importancia del trabajo del cuidado y la necesidad de que este sea conjunto, siendo así más justo y beneficioso.

De esta manera, pienso que es importante facilitar ambientes en los que se puedan discutir alternativas a la masculinidad hegemónica y la importancia del cuidado como un valor que no tiene género, espacios que inviten a la palabra y al trabajo conjunto. Esto podría ser un lugar como las huertas comunitarias, en donde se promueva especialmente el trabajo de los hombres en ellas, y propiciar el desarrollo de actividades que inviten al desmonte de las masculinidades patriarcales, uniendo un trabajo práctico y una teoría que tenga en cuenta la realidad territorial acerca del papel de los hombres como cuidadores.

En los talleres realizados con las mujeres, varias de ellas expresaron que debería haber espacios como los que yo estaba ofreciendo, pero para hombres. Sin duda creo que así debe ser, idealmente facilitados por hombres sensibles a los temas de género, quienes encarnen otros tipos de masculinidad no violenta, hombres que además existen en la comunidad, y que de hecho fueron de mucha ayuda logística en los talleres realizados, uno colaborando con la repartición de tinto y pan en medio del taller, y otro preparando el sancocho para almorzar después de la finalización del taller.

De todas formas, mientras estos espacios no suceden, comprobé con alegría que varias mujeres están haciendo pequeños, pero poderosos esfuerzos, por trastocar las dinámicas patriarcales dentro de sus hogares, en las formas de criar a sus hijos e hijas, y en los acuerdos que – con mayor dificultad – logran pactar con sus compañeros. Una de las mujeres asistentes a un taller, Beatriz, expresó que ella no veía ningún tipo de posibilidad de cambio en los hombres adultos, que su esperanza estaba puesta en la generación de los actuales niños y tal vez adolescentes. Yo considero que, si bien es mucho más fácil trabajar estos temas desde la infancia, también se pueden lograr transformaciones en los hombres adultos, y para esto es necesario el apoyo de políticas públicas que entiendan la importancia de los temas de género para la sociedad.

Para “desarmar la masculinidad” no solo se debe tener en cuenta a aquellos que han sido victimarios integrantes de algún grupo armado. No existe un lugar de la sociedad que escape de la sombra violenta de las imposiciones del género y, por lo tanto, este debería ser un enfoque que se pueda ofrecer tanto a víctimas como a victimarios. Es importante recordar que grupos como las mujeres son víctimas de la violencia machista tanto en tiempos de paz como en

tiempos de guerra, tanto a manos de hombres desconocidos como de sus propios familiares. Sin embargo, sí es pertinente tener en cuenta el trasfondo de los grupos sobre los que se quiera incidir. La importancia del trabajo en las emociones a partir de herramientas culturales, y el foco en el cuidado que aquí esboqué, son preceptos que se pueden amoldar a las particularidades de las poblaciones.

## **VI. LA CARGA POLÍTICA Y ECOLÓGICA DE LA ÉTICA DEL CUIDADO**

### **El cuidado de la Tierra**

Astracava es un grupo que desde sus comienzos en el año 2008 ha trabajado por capacitar a la comunidad en otras formas, diferentes a las meramente productivas y extractivistas, de relacionarse con la Tierra. Una de sus metas principales como organización es el reconocimiento del campesinado como sujeto especial de derechos ante la Constitución. Es una asociación resultado de la conformación de varias otras a niveles territoriales más pequeños. La defensa de su territorio no está orientada a evitar que intereses externos se quieran lucrar de sus riquezas naturales para que ellos puedan hacer lo mismo; sus posturas son esencialmente diferentes, en tanto entienden que los ecosistemas tienen límites que no deben sobrepasarse en nombre de imperativos desarrollistas y económicos.

El viaje que realicé a Bolo Blanco, la vereda donde dicté el primer taller, fue un recorrido sinuoso montaña arriba, donde paisajes exuberantes se descubrían a medida que nos alejábamos más del centro urbano. A mis ojos, acostumbrados a la maraña de cables de la ciudad, les costó percatarse de unos objetos que rompían con los cuadros agrestes que transitábamos: unas torres de energía de gran tamaño. Espaciadas por varios metros, sus gruesos cables unían varias montañas. Paola, que nos acompañaba en el recorrido, se lamentaba de que “se hubieran dejado meter esas torres”. Comentaron que, además de que parecía que afectaba la fauna y la flora circundante, hacían un ruido insoportable, y *afeaban* el paisaje. Relataba que la forma en que el Grupo Energía Bogotá, la empresa dueña de las torres, había logrado desunir la resistencia que la comunidad estaba oponiendo para su construcción, había sido

entregando dinero de forma individual, lo que había conseguido que algunas personas permitieran poner las torres en sus terrenos.

Otro comentario que en ese mismo viaje me llamó la atención fue el de la preocupación porque gran cantidad del subsuelo de aquel territorio que se acercaba cada vez más a la zona de páramo estuviera ya estudiado y concesionado a alguna multinacional, debido a la aparente riqueza mineral del lugar.

Ángel, el hombre joven que había aceptado ser el chofer en aquel viaje por carretera destapada y de vertiginosos abismos que yo no me atrevía a realizar sola, también mencionó los planes gubernamentales por dinamitar varias de aquellas montañas que estábamos atravesando para construir vías y túneles que ahorrarían varias horas de viaje. Para él, aquello no valía la pena. Una postura bastante contrastante con la alegría generalizada que se percibe cuando se hacen obras de infraestructura vial por las rutas más recorridas del país.

Con esto no quiero insinuar que todas las personas de ese territorio piensen como aquel grupo que viajaba conmigo. Soy consciente de que estaba entre personas líderes y representantes – o cercanas a ellas – de la Asociación, la cual se caracteriza por este tipo de posturas frente a estos temas del desarrollo. A pesar de esto, y entendiendo que las instituciones no son entes abstractos, sino que las conforman personas que logran sostenerlas y darles un sentido, sí creo que hay una importante concienciación sobre la necesidad del cuidado y el respeto por los límites de la Tierra.

Me sorprendió que esta postura, si bien ya está bastante alejada de lo que son los planes nacionales – y también globales – de lo que debería implementarse en el campo, al parecer es aún más radical en las comunidades indígenas que habitan el territorio, cobijadas en el resguardo Kwet Wala, a las que Paola dijo que a veces costaba, como comunidad campesina, entender sus posiciones de no aprovechamiento de la Tierra, porque “si no, ¿de qué vivir?”. En esta investigación no tuve la oportunidad de tratar con la comunidad indígena, pero es sabido que sus cosmovisiones han enriquecido enormemente, en toda América Latina, las luchas por la defensa de la Tierra. Por otro lado, y a pesar de que en el presente apropiarse una identidad es necesario como estrategia

política de las minorías para interlocutar con más fuerza con el gobierno, dando así la idea de la existencia de identidades marcadas para aquellos que viven en zonas de encuentro interétnico, no puede negarse que hay una fuerte influencia indígena en el campesinado de la región.

### ***Lo que desprecia el desarrollo***

Destruir los ecosistemas y condenar a poblaciones presentes o futuras a pasar necesidades producto de la sobreexplotación de la Tierra para beneficio económico es otra forma de violencia, en muchas ocasiones avalada por instituciones que, en teoría, deberían velar por que esto no ocurriera, como es el caso del Estado. Muchas de las luchas que se dan en torno a los recursos naturales tienen la característica de darse en un terreno marcado por la desigualdad de poderes: empresas con mucho dinero, con apoyo de importantes abogados y de gobiernos, contra poblaciones de minorías, como los indígenas o los campesinos, quienes en muchas ocasiones han sido asesinados porque sus reclamos y señalamientos ante las tiranías del poder resultan demasiado molestos a los intereses económicos sobre sus regiones.

La urgencia y los desafíos que el panorama ambiental actual nos presenta como especie humana es un tema incómodo de hablar, principalmente porque cuestiona un estilo de vida al que muy difícilmente la gente está dispuesta a renunciar, o porque existe un importante anhelo por alcanzar los niveles de consumo propios de las personas de los países del primer mundo, los mayores responsables de la degradación medioambiental a la que hemos llegado (Maya, 1995).

Viajar a las veredas campesinas que conocí en Pradera es estar sumergida en aquello que teme y desprecia el desarrollo: lugares de difícil acceso, donde cuesta (o es imposible) que lleguen grandes camiones con mercancía, donde la luz eléctrica puede irse en cualquier momento por varias horas, y donde no existen grandes plataformas para elegir un abanico amplio de productos que consumir y desechar. Alejados de hospitales, cines y centros comerciales, para muchos resulta inconcebible que haya gente, como me lo expresaron varias de las mujeres que conocí en los talleres, que *amen* el campo.

Esto no es romantizar la pobreza. Al contrario, varias de las luchas continuadas de la organización han sido para manifestarse en contra de las carencias que, como ciudadanía parte de un estado social de derecho, no deberían tener, como las del acceso a la salud y a la educación. También, por supuesto, el derecho al acceso a vías decentes en las que transportarse. Lo que propone esta comunidad campesina, es que no se asuma que las formas de obtener el acceso a estos servicios están aparejadas con la intrusión y el moldeamiento violento en las dinámicas propias de la comunidad, que no puede entenderse sin la relación con el ecosistema del que hacen parte.

Esta posición resulta molesta, porque cuestiona creencias arraigadas en lo más profundo de aquellos que viven o anhelan vivir en el mundo hiperconsumista que se ofrece como deseable e infinito. Amar y decidir quedarse y defender la autodeterminación de la vida en el campo colombiano, debe al menos suscitar las preguntas ¿qué tanto existe allí para defender?, y además ¿por qué es importante hacerlo? Entablar estos diálogos no sólo promueven las bases necesarias para respetar las justas exigencias de comunidades como las de Pradera, también entrañan un mensaje esperanzador y valioso para los que no somos parte de ella, y es que es posible pensar otras formas de vida satisfactorias, desligadas o esencialmente diferentes a aquellas que miden el bienestar, la vida buena y deseable, en la capacidad ilimitada de consumo de cualquier tipo de objetos, así como en la inmediatez de su obtención.

***“Yo qué me voy a poner en esas”: la inmediatez capitalista y la constancia del cuidado***

Doña Rosa y don Omar son una pareja de campesinos que han vivido toda su vida en la vereda de San Isidro. Viven en la finca que el padre de doña Rosa le dejó a ella en herencia. Sus respectivos progenitores son de San Isidro, y hasta donde doña Rosa se acuerda, también sus otros ancestros. Es una familia profundamente arraigada al territorio, y son los padres de Paola, la mujer que hizo de puente conmigo y la comunidad.

La entrada de la finca está cuidada con esmero: flores de todos los tipos de tamaños, colores y formas adornan el camino de subida que lleva hasta la casa, también adornada con varias macetas con flores. Ya doña Rosa había

dicho en el taller donde la conocí por primera vez que le encantaba su jardín – igual que varias otras mujeres –. Más adelante, me lo repetirá: que ella se levanta y puede quedarse contemplando la belleza de las flores que ha cuidado con esmero, algunas desde la semilla, otras desde el esqueje, otras se las han regalado. Siente una profunda satisfacción por los frutos de su trabajo que, por supuesto no sólo incluye a la exuberancia de sus flores, también a la de otras plantas que le sirven a ella y su familia para su sustento, a su trabajo con los animales y el cuidado de la finca, a su capacidad de haber sacado adelante a sus cuatro hijos – quienes se llevan muy poco entre sí – y a su hermosa nieta de seis años, Lali, “mi compañía”. Cuenta que ella ha sido toda la vida muy tenaz con su trabajo con la tierra, aprendiendo principalmente de su padre, y las actividades de arduo trabajo físico, normalmente asociadas con los hombres, las ha podido realizar siempre sin problema. Me mostró una extensión de tierra considerable, ya deshierbada, contándome que había hecho esta labor en muy poco tiempo, sorprendiendo incluso a un hombre que fue a visitarla. Aquello, claro está, antes de tener a cargo a su nieta. El cuidado cotidiano de la niña es una actividad prioritaria para ella, así pueda encargarse de las mismas labores que su esposo.

Esta pareja de campesinos tiene mucha sabiduría que transmitir en cuanto a formas respetuosas y sostenibles de relacionarse con la Tierra. Escuchándolos contar las distintas técnicas que utilizaban para que las diferentes etapas de los procesos productivos pudieran realizarse eficazmente, pero reduciendo al máximo la necesidad de compra y uso de paquetes de agroquímicos, demostraban que la búsqueda de una relación respetuosa con la Tierra implica una puesta en práctica de valores propios de la ética del cuidado, como la disposición para dedicar tiempo a ciertas labores, y la constancia en su realización. Es, por ejemplo, el caso de la preparación de pesticidas, cuyo ingrediente principal es una planta llamada papunga que, junto con otros componentes, debe pasar por un proceso de fermentación de uno a dos meses. Otro ejemplo es la fabricación del abono para las plantas, que utiliza cisco, “palo podrido”, ceniza, estiércol de curí y de gallina, y una cantidad pequeña de límpido y Jabón Fab. Todos estos procesos necesitan de tiempo y trabajo, que doña Rosa y don Omar señalan que muchas personas no tienen la disposición de

hacer, así sea más beneficioso para las plantas y la tierra. También mencionaban que estos no son efectivos para monocultivos. No sólo porque resultaría en un trabajo increíblemente agotador para la extensión de tierras que normalmente ocupan los monocultivos, sino también porque la vulnerabilidad de las plantas que no se asocian con otras en su sembrado hacen, aparentemente, necesaria la compra de pesticidas y abonos industriales.

“Yo qué me voy a poner en esas”, “yo qué me voy a poner a matarme” o “la comida se puede comprar” son algunas de las frases que me decían que responden las personas nuevas que llegan a San Isidro, los “ricos”, cuando los invitan a aprender las prácticas agroecológicas que usan varios de los habitantes de la región, y a tener huertas para su autoconsumo. Al parecer existe una brecha difícil de cerrar en cuanto a la comprensión de que existen beneficios a mediano y largo plazo por los que vale la pena dedicar más tiempo y esfuerzos personales. Ciertamente, esta lógica de la inmediatez y el mínimo esfuerzo ante el cuidado no pasa análisis sencillos de razonamiento que me expone don Omar, comentándome conversaciones que ha podido tener con estas personas acerca de, por ejemplo, el uso de los venenos “matamalezas” que “matan todo, hasta los animales, no queda ni una lombriz”. Ante esta verdad, dicen que las personas responden argumentos tipo “lo que yo me gasto en una semana, en un día lo hago”, frente a lo que don Omar y doña Rosa responden “pero usted está acabando con la tierra”, lo que evidentemente perjudicará en algún momento a los propios usuarios de los venenos. Frente a esto, me comentan, los increpados guardan silencio.

Son este tipo de conversaciones un buen ejemplo de la incomodidad que causa cuestionar los preceptos hegemónicos de lo que implica una buena vida. Es también una de las consecuencias de asumir que el cuidado sólo representa cargas de las que es preciso liberarse, y esta exención depende, en muchos casos, de la capacidad económica de las personas.

Para aquellos para los que no conviven de formas tan directas con la tierra, y tienen la capacidad de buscar fácilmente bienestar a través de lo que ofrece el mercado, son menos apremiantes las necesidades de buscar el bienestar y salud a través de los alimentos que se cultivan, o de preservar la Tierra, porque no es de ella que obtienen directamente sus medios de vida



principales. El problema frente a las contradicciones que expone don Omar queda por fuera de su círculo de intereses y responsabilidades, su vida y su bienestar (aparentemente) no se les va en ello. Sobre esto, autoras como Tronto (2018) se refieren a las formas de manipular el resultado de un círculo de responsabilidad, y explica que una de las maneras de hacerlo es

[..]retirarse o eximirse a sí mismo o al grupo al que se pertenece de las “personas” cuyas funciones son objeto de debate en el juego de asignación de responsabilidades [...] llamé a este proceso la “irresponsabilidad de los privilegiados”: las personas con poder pueden ser irresponsables con el cuidado (p.28)

Sin embargo, es también preciso matizar esto último, y es que no necesariamente eximirse de las tareas de cuidado puede ser fruto de una decisión consciente de ejercicio del poder. También resulta de las consecuencias de un sistema que genera formas de vivir que carecen de tiempo para el cuidado y privilegian el tiempo que se dedica a la producción.

El desarrollo equipara el buen uso del tiempo a hacer un uso del tiempo que revierta en beneficios económicos. Sea bien a través de la producción o a través del consumo. Se establece una vorágine competitiva a escala laboral y otra paralela en el ámbito del consumo, de tal modo que los días, los meses y los años se esfuman en una carrera de más trabajar para más consumir (Comins, 2009, p. 144).

El cuidado, incluido el de la Tierra, requiere de tiempo, constancia y dedicación. Estos elementos escasean en una cultura que privilegia la inmediatez y el uso del tiempo en actividades que generen dinero. Hablar de paz también es hablar de la posibilidad de construir sociedades con tiempo suficiente para cuidar, así como con las habilidades para hacerlo, y del cultivo de la conciencia de su importancia.

### **Enseñar la mirada**

Alejandro es un hombre campesino de 41 años que hace parte de los líderes pradereños de Astracava. Tuvo la amabilidad de mostrarme pacientemente los productos de su finca regida bajo los principios de la

agroecología. Él y Paola, su compañera de vida, hablaron conmigo sobre las dificultades que habían aquejado a la comunidad una vez empezaron a instalarse, desde el exterior, los principios de la “revolución verde”<sup>12</sup>. El café fue uno de los cultivos más afectados por plagas que ya no podían controlarse sin productos químicos que debían adquirirse en el mercado. El monocultivo de alimentos y su respectivo paquete tecnológico en todas las etapas de la producción parecía prometedor, respaldado por los estudios de las personas que venían de fuera a “enseñar a los campesinos”. Sin embargo, al cabo de un tiempo resultó evidente que la ganancia era poca, y en algunos casos nula, o de producción a pérdida, teniendo en cuenta el precio de dicho paquete tecnológico, además de la falta de garantías para los campesinos sobre el precio de su producción.

Comprendí que una vez Alejandro empezó a capacitarse en los principios de la agroecología, entendió que era necesario interpretar el entramado de vínculos y sinergias que comprende un ecosistema. El café en el monocultivo, por ejemplo, necesita de la adición de nitrógeno comprado en el mercado para su producción; sin embargo, esto no es necesario si se prescinde del monocultivo y se siembra en el terreno árboles nitrificantes de los suelos, como el guamo. Las plantas de plátano, como otro ejemplo, les brindan sombra beneficiosa a los cafetales, y en general hay mucha menos probabilidad de que a un ecosistema diverso lo ataque una plaga.

La ruptura de los equilibrios ecosistémicos también puede implicar que ciertas especies que no se consideraban plagas se conviertan en una, tal fue el caso con una especie de pájaros que, al ver considerablemente minada su disponibilidad de comida por la ampliación de los monocultivos, empezó a atacar las siembras productivas de los campesinos. Para muchos, la solución fue

---

<sup>12</sup> La “revolución verde” hace referencia al modelo agrícola que empezó a tomar fuerza desde la segunda mitad del S XX, y que, haciendo uso de modificaciones genéticas de las plantas, agroquímicos, maquinaria y modelos de siembra como el monocultivo, incrementó considerablemente la producción de alimentos. Para sectores críticos con esta tendencia en la producción, esta ha significado un fracaso, ya que “consume más energía de la que produce, especialmente la que se origina en fuentes fósiles no renovables” (Alimonda, 2011). Además de su impacto medioambiental, también se le ha criticado su tendencia a la expropiación epistémica de las comunidades rurales, ya que ha basado gran parte de su desarrollo en la patente de semillas y a la aplicación de las lógicas del mercado a la siembra y cultivo de alimentos.

envenenar a los pájaros, que podían encontrarse por los campos muertos o desorientados por el veneno.

Otra consecuencia negativa de la entrada de estas formas de relación con la productividad de la tierra fue el uso de fuertes químicos para erradicar las malezas de los cultivos. Ya el relato anteriormente citado de doña Rosa y don Omar había ilustrado la incoherencia del uso de este tipo de “facilitadores del trabajo”, en tanto progresivamente deterioraba la tierra de la que se estaba viviendo; y Alejandro agregó que los venenos contra la maleza no distinguían entre los seres vivos que conforman los suelos, ya sean dañinos o no. Me explicó que un suelo saludable tiene abundancia de microorganismos que ayudan con la desintegración de la materia orgánica, y escarbó un poco en su huerta para mostrarme que el suelo estaba esponjoso – característica de un buen proceso de descomposición – y me invitó a mirar detenidamente la tierra para que pudiera percibir la gran cantidad de pequeños bichos moviéndose en tan sólo una pequeña porción de esta. Necesitaba pasar un tiempo concentrada en un solo punto del suelo para empezar a percibirlos, una mirada fugaz no era capaz de distinguirlos. “Esto no se ve así en los suelos con químicos”; el veneno, me explicó, arrasa con todo.

Entendí que es necesaria una mirada atenta y comprensiva a los ecosistemas, no sólo para que estos puedan satisfacer las necesidades de los humanos, sino también para lidiar con enfermedades, entendidas como desequilibrios, que estos puedan albergar. Los desequilibrios no se solucionan, desde este punto de vista, usando alguna solución “mágica”. Es necesario entender qué los genera, y muchas veces la solución se encuentra en simbiosis de plantas o cambios de prácticas que probablemente no se habían percatado que pudieran estar alterando alguna parte de esta red de vida.

Esta mirada radicalmente diferente a la inmediatez de las soluciones que ofrece el mercado es, sin duda, una apuesta mucho más respetuosa con el cuerpo y el medio ambiente. Una vez más, los “contra” de este tipo de prácticas recaen en el mayor tiempo de espera para ver resultados, así como en la cantidad de esfuerzo que no parece recompensarse en términos monetarios. Para personas como Alejandro, este tipo de dilemas casi que perdían sentido al sopesar las evidencias teóricas y empíricas del deterioro de los suelos producto

de los medios hegemónicos de cultivo, así como las consecuencias en la salud de los mismos campesinos. Mencionó que incluso el veneno para algunos cultivos les había producido daños estomacales a los agricultores.

### ***Comprender la red***

Enseñar la mirada era útil de muchas maneras, no sólo para comprender la riqueza de un suelo repleto de microorganismos de los que debía percatarme, también para entender que mucha de aquella naturaleza que parecía estar dispuesta al azar, tenía un orden y una razón de ser que necesitaba de mi escucha y atención para ser comprendidos, al igual que las decisiones que esta pareja campesina estaba implementando sobre sus prácticas de sustento. Las elecciones de vida cargan con una historia que necesita ser escuchada, no necesariamente para estar de acuerdo con sus protagonistas, pero sí para poder comprender la red como premisa de un trabajo que pretenda tener un impacto social.

Observar, escuchar, y actuar a partir de las necesidades son pilares del cuidado que Alejandro y Paola, como líderes sociales, no sólo han aplicado en sus tierras, también con su comunidad. Quise extenderme en parte de las enseñanzas que me dejaron estos líderes campesinos porque, así como John Paul Lederach realiza una magnífica analogía entre los aracnófilos y los constructores de paz (2008), de procesos de acercamiento a la tierra a través de formas como la agroecología también se pueden hilar semejanzas con los procesos sociales. La que considero más importante es aquella de entender las redes complejas de un sistema vivo, que puede ser de humanos o de seres no humanos - quienes finalmente se encuentran inevitablemente vinculados —; comprensión para la que son necesarias ciertas cualidades.

Considero que la observación atenta y la escucha empática son dos de estas cualidades más importantes, y son términos pilares de la teoría del cuidado. Lederach, por su parte, propone la *quietud*, *humildad* y *percepción sensual* como aquellas *disciplinas del alma* que permiten preparar el intelecto, el cuerpo y los sentidos para descifrar la urdimbre social de la que también la persona académica que viene desde fuera hace parte (J. P. Lederach, 2008).

La *quietud* que propone Lederach se relaciona con la escucha y la observación como cualidades ideales de los constructores de paz, cualidades que sin duda no solo le pertenecen a este reducido grupo de especialistas y, así como lo deja entrever el autor, en muchas ocasiones las enseñanzas sobre estas prácticas vienen de los propios habitantes de las geografías de la violencia. La descripción de la quietud que propone Lederach es aquella que es “prerrequisito de la observación y del desarrollo de la capacidad de ver lo existente” (p. 163), es la misma quietud que me propuso Alejandro para poder ver los pequeños bichos de la tierra fértil de su huerta, y también la quietud con la que intenté disponerme para pasar horas escuchando los relatos de las personas que conocí en Pradera. No me interesaba únicamente escuchar respuestas concretas en torno a los episodios de violencia en la comunidad y de sus actividades políticas encaminadas a la paz. Para mí resultaban igual de importantes los otros relatos, los de la cotidianidad, aquellos atravesados por las risas, las frustraciones, la amargura, los miedos y las esperanzas.

No se trata de penetrar en la psique del “otro” – como querrían algunos psicólogos – sino de permitir que el “otro” se nos revele en toda su complejidad como un ser innombrable; es decir ilimitado, que se expande por encima de nuestras definiciones y percepciones del trauma y del horror, por ejemplo, a través de las risas y los silencios (Langle, 2018, p. 85).

En el enfoque de esta investigación siempre tuve en mente tener los ojos y los oídos preparados para una comprensión de lo que me estaba preguntando, el papel de la ética del cuidado en la construcción de paz, de formas que trascendieran lo puramente racional y verbal, a sabiendas de que “lo racional y lo no-racional están entrelazados en el cerebro y en los procesos de intercambio social, y que lo no-racional tiene mucha más influencia en lo social de lo que se creía” (Langle, 2018, p. 118). Mi enfoque en las emociones me dispuso de esta manera, y es que, si bien “emociones” no es sinónimo “irracionalidades”, ser atravesados por ellas no suele pasar por un proceso consciente, pero sí se materializan en acciones concretas todos los días.

Esto último también lo encontré conectado con el término de *percepción sensual* de Lederach (2008), quien recupera su significado vinculado con las

sensaciones para apuntar que esta es la “capacidad de utilizar y mantener abierta la plena conciencia de lo que nos rodea, utilizando todas nuestras facultades” (p. 170). Cuando en mis talleres les preguntaba a las mujeres por cosas que les producían placer, y cosas que les generaban rabia o frustración, yo no esperaba que me dijeran el porqué de sus emociones. Estar con ellas y caminar por las huertas y los senderos, contemplar las quebradas y las flores, emocionarnos al ver un ave extraña o el nido de un colibrí con sus dos pequeñas crías, u oler las hierbas aromáticas que me enseñaban; eran todos estos momentos en los que no necesitaba que me dijeran “quiero defender mi territorio y mi estilo de vida porque este tipo de cosas son significativas para mi concepción de lo que es un buen vivir”. Las palabras sobran esos momentos.

Creemos que el cambio social y la construcción de paz son fundamentalmente procesos que evolucionan y se formulan en el mundo del lenguaje. La palabra triunfa. Nos hechiza. Sin embargo, si hemos de despertar y comprometer la imaginación moral, tenemos que comprometer necesariamente a toda la gama de los sentidos, que incluye, pero rebasa el mundo de la palabra (J. P. Lederach, 2008, p. 170)

Retornando a la comprensión de las redes para la agroecología y lo social, resulta interesante cómo, en la medida en que se van conociendo mejor, la idea no es actuar sobre los sistemas y sus partes para someterlos, sino para conocer sus necesidades, y de qué forma estas pueden ser equilibradas. Es necesario disponer el ser para ello, así como reconciliarse con la idea de que son procesos que no pueden ser inmediatos.

En el momento de decidir hacer propuestas y actuar no se trata de imponer la mano autoritaria del antropocentrismo, de la misma forma que unas propuestas de construcción de paz no pueden ser traídas desde afuera como grandes verdades sin tener en cuenta los contextos. Para Lederach, resulta clave estar constantemente preguntándose acerca de las interconexiones de los lugares, de la posición propia, que nunca es impermeable ni estática, manteniendo viva la capacidad de sorpresa y curiosidad, sin perder la empatía y el respeto por las historias y las personas que se están conociendo. Estas cualidades hacen que las personas lleguen a verse

[...]como parte de algo, no como controladores de algo. Acercarse al cambio social con sobrecogimiento y humildad abre el camino a la imaginación moral. El cambio social sin sobrecogimiento, lucha y humildad se convierte rápidamente en un ejercicio de mera gestión” (J. P. Lederach, 2008, p. 169).

### **El cuidado es político**

Es necesario poner sobre la mesa el cuidado integrado a las discusiones sobre lo público, el papel del Estado y la ciudadanía. Uno de los énfasis que hacen las discusiones desde la ética del cuidado es la importancia de entender al otro no sólo en términos abstractos e imparciales (que promueve un trato justo sin discriminación), sino también desde una experiencia relacional, que lo identifique como un ser concreto, con rostro.

Mientras realizaba el trabajo de campo y tenía largas conversaciones con las personas que conocí, entendía que la comprensión del arraigo y el amor hacia el territorio, lo que significó y significaría la tragedia del desplazamiento, el temor a que un día cualquiera se tuviera que dejar todo lo querido atrás; son realidades a las que difícilmente hubiera podido tener acceso mediante un trabajo puramente racional y abstracto.

Para poner un ejemplo de la importancia de la escucha, doña Rosa relata que su padre era muy arraigado a la tierra, y es notorio que ella también lo es. “Me gusta tener de todo, tenerlo en orden. Ver que todo esté bonito. El jardín me encanta, ver las matas. Soy apegada a las matas, las sembré pa’ mi casa, pa’ adornar”. Dice tener un “amor hacia las matas” y que “este amor es como una terapia para uno”. Es en medio de momentos como aquel, el de la búsqueda de palabras que doña Rosa realizaba para intentar explicarme su arraigo al territorio, que se logran dimensionar la magnitud del dolor que implicó el desplazamiento. “Uno se pone a pensar, qué tal que lo vengán a sacar...”. Es necesario la escucha empática y cuidadosa de los otros para entender sus demandas, sus temores y alegrías de forma más certera.

El Acuerdo de Paz hizo importantes acercamientos a esta idea, trabajando desde niveles veredales para escuchar las demandas de las voces que no suelen ser tenidas en cuenta. El desorden interinstitucional, la burocracia,

la falta de voluntad política, y también la desconfianza profunda – y justificada – que se tiene frente a las instituciones han sido grandes trabas para el espíritu de escucha y centralidad de las víctimas del Acuerdo.

Si las personas que tienen el poder de la toma de decisiones de un país no han hecho el trabajo de comprender a ese otro, escuchar sus demandas, y salir de la burbuja de lo que ellos consideran bienestar, el cual se encuentra muchas veces ligado a un paradigma desarrollista, entonces resultará imposible tomar decisiones que favorezcan a parte de la ciudadanía que no piensa como ellos, es decir, se estará resintiendo la justicia.

Este es sólo un ejemplo de por qué las éticas del cuidado y la justicia no son antagonistas, sino complementarias; y de por qué son importantes los preceptos del cuidado en las discusiones de construcción de paz, especialmente si esta se acoge en la bandera de la centralidad de las víctimas.

Una conversación sostenida con Alejandro resultó especialmente dicente. Relataba que al territorio habían venido varias veces personas representantes de instituciones como el Sena, que si bien en muchas ocasiones compartían conocimientos que promovían el bienestar en la comunidad, solían existir puntos en los que discrepaban a la hora de hablar de, por ejemplo, proyectos productivos. “Ellos dicen, “es que ustedes tienen que tener mente de empresarios”. Nosotros no queremos tener mente de empresario”, me decía Alejandro rememorando la conversación. “Eso sería dejar a un lado la solidaridad, el apoyo entre vecinos”. Al parecer, aquí se formaba un abismo dialógico, un muro en la escucha, entre locales y foráneos, a quienes les costaba entender el porqué de la negativa de estas personas para ganar más dinero. Como apunta Alicia Puleo (2019), “el individuo supuestamente exitoso de la Modernidad es el que reprime dentro de sí los sentimientos y valores contrarios a los intereses tecnoeconómicos en juego” (p.82) ¿Por qué no querrían ser “exitosos”?

La acumulación de recursos como fin último que guíe el accionar de las personas es un precepto que no sólo ha sido protagonista del declive del equilibrio ecosistémico del que hacemos parte, también ha significado una erosión en las relaciones humanas cuyo centro son los cuidados, fundamentales



desde que nacemos hasta que morimos para una vida digna. Renegar de la “mentalidad de empresario” resulta así una actitud valiente y disonante, pero al mismo tiempo propositiva.

**“Ya lo hemos puesto todo y aún así, siguen sin escuchar”**

El gran valor de las exigencias políticas y propuestas que personas como Alejandro y Paola hacen en su rol de dirigentes sociales es que se sustentan en un proceso de conocimiento profundo de las personas de su territorio, de varios años de analizar críticamente las condiciones y los procesos que allí han sucedido. Conocen cómo funciona la red en la que están inmersos, sus fortalezas y debilidades, y están conscientes del rol que ellos mismos tienen y cómo este afecta a su comunidad.

Esta mirada de la red, como menciona Lederach, es una premisa para idear formas creativas y útiles de construir paz. Es una mirada que, como me lo mencionaron varias veces, escasea en los funcionarios públicos, quienes son los que mayor capacidad de incidencia tienen en cómo se destinan los recursos públicos sobre las comunidades.

Paola y Alejandro fueron enfáticos en la *frustración* que ha implicado la incapacidad de escucha de la mayoría de las personas nombradas en puestos públicos con los que ellos han hablado sobre las propuestas en el territorio. “Nosotros ya hemos puesto todo en documentos, como el del PDET, y aun así siguen sin escuchar y llegando con unas propuestas muy bobas”, me comentaban también con humor. “Nos dan cualquier cosa que no nos sirve, toman fotos, y muestran eso como avances en la implementación del Acuerdo”. Mencionaron incluso que, en una conversación con un funcionario, este llegó a decirles que “es que formular proyectos para ustedes es tan difícil”; afirmación que no encontraron menos que atrevida, teniendo en cuenta que “a ellos les pagan por eso, reciben un sueldo por hacer ese trabajo, cosa que con nosotros como líderes sociales no sucede”.

Lederach caracteriza estas actitudes de los funcionarios públicos como dos tipos de “tragedias”, a saber:

(1) La incapacidad de reconocer y ver aquello que existe en un lugar y que podría ofrecer potencial o que está ya construyendo la infraestructura de redes para el cambio constructivo; y (2) entrar rápidamente en acción para proporcionar respuestas a corto plazo a problemas predeterminados, empujados por un sentimiento de urgencia. En ambos casos, la red para el cambio que existe en el lugar – personas, procesos y espacios relacionales – se pasa por alto, se ignora y reduce, o, aún peor, se reemplaza o destruye (J. P. Lederach, 2008, p. 166).

Es, también, una falta de la “disciplina de la humildad”, la cual permite “aproximarse al contexto con cuidado y respeto; andar midiendo los pasos; observar y escuchar a quienes conocen el escenario; no pretender conocer las soluciones ni dar recetas preconcebidas [...]” (J. P. Lederach, 2008, pp. 168–169).

### ***Sostener y cohesionar: el cuidado comunitario***

La importancia del apoyo comunitario para el sostenimiento de los procesos que impulsa Astracava puede palpase en las personas del territorio. Una de las principales preocupaciones que me manifestaron fue su sensación de cercamiento por personas ajenas a la comunidad, por sentirse cada vez más “rodeados de ricos”. Varias de las mujeres con las que hablé me comentaron que las personas de pueblos y ciudades estaban progresivamente convenciéndose de que la vida era mejor en el campo, pensamiento que dicen que se acentuó con la pandemia del coronavirus. Esto ha llevado a que en las veredas de Pradera hayan llegado personas desde los centros urbanos a ocupar o construir fincas.

Las viviendas de estos nuevos habitantes, “los ricos”, son reconocibles a simple vista mientras se camina. Varios tienen grandes portones metálicos, y el perímetro de la propiedad rodeado de mallas u otro tipo de límites que contrastan con las casas de los habitantes antiguos. Hablando con doña Rosa y don Omar, quienes, al igual que sus ancestros, han vivido toda su vida en la vereda, dejan entrever el dolor que comporta la ruptura de los lazos de vecindad y de la relación con los bienes otrora considerados comunes, como el agua o los árboles. Con la llegada de los nuevos habitantes, aunado al progresivo desalojo de los

campesinos de los territorios producto de la falta de oportunidades y por el conflicto armado que se intensificó años atrás, se han hecho evidentes las restricciones a lo comunal que implica el cercamiento de las propiedades privadas, ahora, por ejemplo “no se puede ir a buscar leñita”, porque esta queda dentro de los linderos de la propiedad de un “rico”. Me manifestaron sensaciones de cohibición para el andar, el “esto es mío” se ha intensificado de formas a las que no están acostumbrados, y esta nueva realidad no sólo tiene consecuencias para la vida cotidiana de las personas, sino también para las aspiraciones ecológicas y territoriales de Astracava.

Hablando con los habitantes de la comunidad, me llamó la atención que la forma en la que intentaban lidiar con la irrupción de personas con diferentes formas de pensar al territorio se estuviera realizando siempre a través del diálogo, intentando enseñarles los principios agroecológicos para trabajar la tierra, o llegando a acuerdos sobre el ruido<sup>13</sup>. En lo que respecta al manejo de las basuras, la no contaminación de las fuentes de agua, sí se sentaban en una posición más férrea: el cuidado de los bienes comunes no se negocia. El trabajo de líderes como Paola ha sido el de sostener y cohesionar: “que la gente que esté allá siga teniendo esa conciencia que tiene, y que la otra gente que llega se articule a lo que nosotros ya tenemos, para irle haciendo la explicación, la dinámica, que conozcan todo el proceso organizativo”.

### ***El lugar central de las emociones***

Es cierto que la enorme energía y tiempo invertidos en el trabajo de liderazgo de Alejandro y Paola es una labor comunitaria no paga y de carácter invaluable para los habitantes del territorio. Hurgar en las razones para dedicarse a ello puede tener diferentes respuestas, pero una de las razones de ser que pretendí con esta investigación fue anotar la importancia de las motivaciones emocionales para optar por la solidaridad en lugar de la competencia, o del cuidado en lugar de la ganancia económica.

---

<sup>13</sup> Paola me comentaba que, hace ya algún tiempo, era común que a altas horas de la noche un grupo considerable de ciclistas estuviera subiendo por la vereda, poniendo música y hablando entre ellos. Las familias campesinas suelen dormirse temprano, y fue necesario hablar con el grupo para negociar las horas o el volumen. Por otro lado, la entrada constante de turistas al territorio es un indicio de cómo ha bajado considerablemente la intensidad de la violencia en el lugar.

Si bien también podría explicarse bajo la premisa lógica de poder subsistir de la mejor manera posible, lo cierto es que, en las conversaciones sostenidas con las personas, quienes fueron en su mayoría mujeres, siempre hubo en mayor o menor medida componentes fuertes desde lo emocional para decidir decantarse por una ética del cuidado en sus acciones. “La felicidad que me produce...” “La tristeza que me da...”, la rabia, la frustración. El amor por los hijos, hijas y territorios. La belleza percibida en el lugar que se habita. Todo esto hace parte del motor que mueve las grandes acciones que impactan positivamente en las comunidades y la naturaleza.

Sobre lo anterior, Autoras como Alicia Puleo (2019) recalcan que una gran falla de la educación ambiental que se imparte en los centros educativos es que no “favorece el surgimiento de los sentimientos empáticos con respecto al mundo natural” (p.95). Sus propuestas tienen claro que la emociones también son cuestiones políticas, y que transmitir una ética del cuidado hacia la naturaleza con las personas más jóvenes debe pasar por un profesorado que verdaderamente sienta amor por ella, y que asimismo pueda transmitirlo y enseñar a suscitarlo. Esto me remite a recalcar mi afirmación de que la escucha atenta de personas que se encuentran en la periferia de los sistemas hegemónicos, como el campesinado y las mujeres, no sólo es cuestión de justicia, también implica entender el valor epistémico de sus formas de entender el mundo.

En relación con el proceso de paz, La Comisión de la Verdad, hija del Acuerdo de Paz, tiene un gran valor y compromiso respecto a la mencionada necesidad de fomentar la escucha empática, atenta y cuidadosa de la ciudadanía. Las historias de dolor y de resistencia de las comunidades en el país deben poder interpelar a todos acerca de la inherente fragilidad humana y la importancia del ejercicio del cuidado en sus múltiples formas para que las tragedias que vivimos como sociedad no tengan una base en la que cimentarse de nuevo. Es un ejemplo más de cómo el mundo de experiencias que se mueven desde lo emocional debe ser un interés principal para la paz y la democracia. Como explica Comins (2009),

Hay que tener empatía y sensibilidad para darse cuenta del sufrimiento.  
Una sociedad se define por sus redes humanas, por eso la base de una

sociedad no puede ser un individualismo egoísta. El otro, la otra, es parte de mi vida y yo no puedo hacer mi vida tranquilamente si está sufriendo (p.185).

Cuando preguntaba por la forma en la que las mujeres habían decidido optar por un trato cuidadoso hacia otras personas y la naturaleza, solían remitirse a las enseñanzas de sus familiares. Al igual que considero necesaria la escucha directa de las personas como política pública para comprender sus necesidades antes de tomar decisiones, también encuentro necesario que exista una intención desde la educación pública para enseñar a las personas a cuidar desde el hacer, no sólo desde lo teórico.

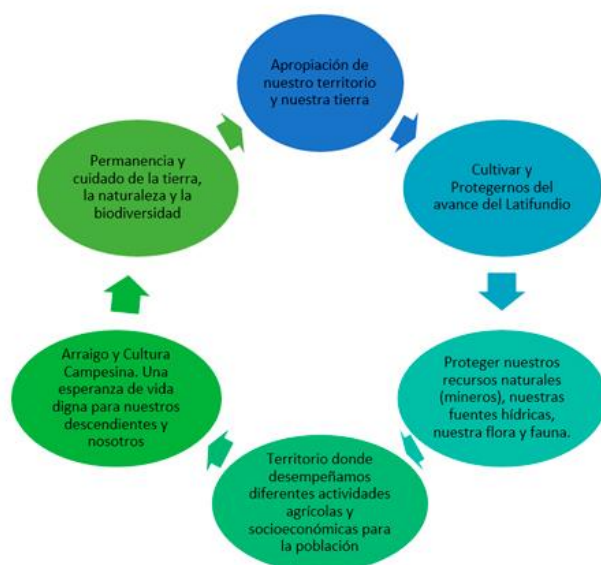
### **Zonas de reserva campesina: propuestas políticas de cuidado comunitario**

Las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) son una forma de ordenamiento territorial consagradas en la Ley 160 de 1994. Surgen a partir de las constantes exigencias y movilizaciones del movimiento campesino, y su puesta en práctica se aceleró gracias a las protestas cocaleras de 1996, en donde los campesinos denunciaron el tratamiento represivo y sin consecución de soluciones reales por parte del Estado al tratamiento de los cultivos ilícitos, así como a la denuncia por la ola de terror paramilitar que se estaba viviendo (Méndez, 2013) . Las ZRC han estado siempre acompañadas de un espíritu reivindicativo de las formas de vida campesina y, por lo tanto, del apoyo del reconocimiento del campesinado como sujeto especial de derechos. Méndez (2013) anota que

La zona de reserva campesina parece ser la materialización de ese anhelo de arraigo a la tierra y su entorno, largamente acuñado por los campesinos desde los inicios de su configuración como sujetos sociales en tiempos coloniales, anhelo tramitado a través de las diversas formas de resistencia al poder que los invisibiliza y desvaloriza (p. 57).

Esto último se evidencia en la explicación que la Asociación Nacional de Zonas de Reserva Campesina (ANZORC) proporciona a la pregunta “¿Qué son las ZRC?” en su página web (Figura 6).

**Figura 6. ¿Qué son las ZRC?**



*Tomado de <http://anzorc.com/que-son-las-zrc/>*

A pesar de que la figura legal fue creada hace más de 20 años, sólo existen siete ZRC constituidas legalmente en todo el país, mientras que otras 64 zonas funcionan en la práctica sin ayuda estatal (Ávila, 2018), y siguen a la espera de ser aprobadas, entre ellas, la de Pradera, que ya tiene toda su área delimitada.

Como podrá notarse, esta figura de ordenamiento territorial representa la materialización de las reivindicaciones que organizaciones campesinas como Astracava han venido trabajando hace varios años. Lamentablemente, si bien el campesinado en Pradera, junto con aliados de fuera como la academia, han aunado esfuerzos para realizar los estudios y requisitos necesarios para la conformación legal de la ZRC desde 2008, esta aún no ha sido una realidad.

Quisiera resaltar el hecho de que, a pesar de que la ZRC en Pradera ha sido un proceso, según me cuentan líderes comunitarios, trancado constantemente por la institucionalidad, esto no ha significado que en la práctica no se estén llevando a cabo procesos y estilos de vida acordes con los principios que proponen las ZRC, actitudes que, como he explicado, son formas cotidianas de construcción de paz: el fortalecimiento de la cultura campesina a través de mecanismos culturales como los Encuentros de Saberes y Sabores, la

capacitación y realización de procesos que promueven el cuidado del medio ambiente y la salud, o la defensa de un estilo de vida solidario cuyo eje no es la competencia entre productores.

A pesar de este tipo de logros, se debe tener siempre presente que la ausencia del papel del Estado no puede justificarse a la luz de que las personas puedan organizarse y lograr formas de bienestar comunitario con los pocos recursos que disponen, como es el caso del campesinado de la región. Según un informe del Instituto de Estudios Interculturales (IEI) “La labor organizativa autogestionada ha fortalecido el proceso organizativo, no obstante, es evidente que esta labor es discontinua y de escasa cobertura, las organizaciones no siempre cuentan con los recursos para lograr un impacto mayor de su proceso formativo” (IEI, 2019, p. 39).

Las mujeres entrevistadas en este mismo informe resaltan la importancia en temas de equidad de género y cuidado del medio ambiente que traería la materialización de la ZRC, teniendo en cuenta que trae aparejada la formalización de la propiedad rural, y esto tiene un vínculo directo con la posibilidad de destinar áreas para la restauración ecológica y la diversificación productiva, lo que promueve el menor uso de monocultivos, así como la posibilidad de tener una mayor fuerza en la participación política y organizativa de ellas (IEI, 2019).

Paola me explicaba que la conformación de la ZRC, así como el reconocimiento del campesinado como un sujeto especial de derechos constitucionales<sup>14</sup>, implicaría un mayor poder político para que la comunidad campesina pueda decidir sobre el manejo de sus territorios, característica que, precisamente, identifica como la razón de las trabas institucionales, que también terminan siendo trabas por parte de actores económicos interesados en la región

[...]pienso que eso lo que el gobierno no quiere. Porque dirá “no, pues ya con los campesinos con reconocimiento, los afro y los campesinos, pues les daríamos mucho más... [...] en la parte alta hay estudios ya de

---

<sup>14</sup> Esta categoría obliga al Estado a establecer enfoques diferenciales a favor de la población, así como a reconocer la autodeterminación y la necesidad de protección de un estilo de vida y una identidad cultural propia (Transformemos Territorios, s.f.).

empresas multinacionales que han hecho estudios con el coltán, si hay oro, si hay níquel... Los estudios ya están. Nosotros hemos estado en puntos del páramo donde uno ve las placas, que están casi desde el 90-91, de estudios de franceses. [...] Entonces uno lo que dice es “juepúchica, pues si están acá, por qué tanta presencia del ejército cuidando un páramo...” O sea, ¿qué hacen?, y si están cuidando ¿por qué las mismas fuerzas militares cocinan al lado de los ríos y hacen su mugre y dejan las bolsas y todo eso? Si estuvieran haciendo un cuidado a eso, pues protegían eso, o sea ¿qué cuidan y qué hacen?

### **El Estado debe saber cuidar: la importancia de la paz territorial**

¿A quién cuida el Estado? Es una pregunta que queda en el aire ante la pasmosa realidad de las trabas para que comunidades históricamente empobrecidas y violentadas como la campesina puedan ejercer soberanía territorial a través de figuras legales. Esto no sólo se cuestiona por la lentitud que ha tomado la conformación de la ZRC, sino también por la desidia con la que se ha manejado lo plasmado en los documentos PDET y, en general, puntos del Acuerdo como el de la Reforma Rural Integral, que para 2019, tres años después de la firma del Acuerdo, sólo tenía un avance completo del 4%, según un reporte del Instituto Kroc (Kroc, 2020). Incluso esta cifra fue cuestionada por líderes comunitarios de Pradera, aduciendo a que hacen pasar por avances proyectos y destinación de recursos públicos que no apoyan de forma alguna las necesidades reales del campesinado.

Las trabas institucionales frente a la formalización de una Zona de Reserva Campesina, que, adicionalmente, fue una iniciativa borrada de los documentos oficiales que surgieron de los mandatos del acuerdo de paz, como los Planes de Acción para la Transformación Regional (PATR)<sup>15</sup>, también pueden abordarse como una consecuencia del gran abismo que existe entre las

---

<sup>15</sup> Los PATR son documentos que, a nivel subregional, representan los instrumentos de planeación para la puesta en práctica de los planes sectoriales y programas en el marco del primer punto del Acuerdo de Paz, la Reforma Rural Integral. Se nutre de documentos previos realizados desde niveles veredales a municipales. La subregión en la que se encuentra Pradera es la del Alto Patía y Norte del Cauca.



ideas de lo que es necesario o no para construir paz por parte de las personas de los territorios y la élites que toman las decisiones en el marco de lo público.

La débil escucha que las instituciones gubernamentales y privadas demuestran en la práctica con el campesinado ha devenido en una desconfianza justificada hacia sus intereses. Doña Rosa relataba que el “ICA recogió semillas nativas para que a uno le tocara comprar, metieron el cuento de que estas son las mejores semillas, ahora no dan. Antes nuestros papás secaban todo [las plantas con semilla] y daba”.

De la misma forma, también consideraba que el gobierno ejerce presión en los campesinos para que estos abandonen el campo, promoviendo que varios “ricos” vayan a construir fincas en la zona, lo que finalmente hace que la gente “se canse y se vea acosada”.

Una preocupación común entre líderes campesinos y personas mayores como don Omar y doña Rosa es, precisamente, este desplazamiento de los campesinos al pueblo o a la ciudad, ya no por motivos de la violencia directa, pero sí por la violencia estructural, que persiste incluso disfrazada de buenas intenciones para el posconflicto. Organizaciones como Astracava sostienen que las ZRC serían un impulso para que el campo no se viera desolado por la falta de oportunidades y la desintegración de la cultura campesina, resentida por la visión desarrollista que se tiene sobre el campo.

Angela Lederach (2017) ha trabajado por varios años con la población campesina de los Montes de María, quienes se enfrentan a problemas muy similares a la comunidad campesina pradereña en su interlocución con las instituciones. Al igual que ella, creo necesario insistir en la reivindicación de la *paz territorial* como una forma ética y acorde con las necesidades de los campesinos de plantearse la construcción de paz en sus territorios.

La paz territorial también desafía los programas técnicos de consolidación de la paz, desarrollados en escritorios fuera del territorio y luego implementados por “expertos” externos. [...] Los actores externos llegan a las comunidades con chalecos blandidos que marcan sus instituciones (así como su experiencia) para implementar proyectos de construcción de

paz con poco reconocimiento de los procesos de construcción de paz en curso (y experiencia) en la región (p.8).

El reconocimiento del valor epistemológico de los procesos que se gestan desde las bases, la reivindicación de la paz territorial, es una forma de implementar una ética del cuidado desde las relaciones gobierno-comunidad. Las ZRC son un ejemplo claro de procesos de paz y cuidado del medio ambiente que las comunidades han construido hace varios años, muchas de ellas (reconocidas y no reconocidas legalmente) coinciden en su territorio con las áreas PDET (ver anexo 2) siendo así más que lógico que el gobierno se apoye en esos conocimientos ya construidos y constituidos (Ávila, 2018).

La paz territorial, en marcado contraste, exige no la apropiación local de proyectos diseñados externamente, sino un cambio radical en la práctica, en la forma de hacer las cosas. La paz debe construirse desde dentro del territorio en lugar de imponerse desde fuera, surgiendo de una comprensión íntima de las relaciones co-constitutivas entre campesino y campo, territorio e identidad. Para hacerlo, la paz territorial también exige un cambio significativo en cómo la “experiencia” es definida y valorada (A. J. Lederach, 2017, p. 8)

Es necesario exigir al Estado que *cuide bien*. En este sentido, Joan Tronto explica la importancia de superar el paradigma del cuidado entendido como una diada entre cuidador-cuidado. Esto tiende a invisibilizar los múltiples niveles y las formas encadenadas en que el cuidado puede darse, el cual casi nunca sucede únicamente entre dos actores. Además, en muchas ocasiones las relaciones de cuidado no son unidireccionales, tienden a ser recíprocas. Cuidar bien implica intentar romper las visiones jerárquicas que asumen que los receptores de cuidado no cumplen un papel más allá del sólo recibir, así como el estereotipo de que el cuidador – en este caso, el Estado – tiene todo el conocimiento necesario para cuidar bien (Tronto, 2013).

Un Estado cuidador debe tener, parafraseando a John Paul Lederach, la “humildad de comprender que sólo carga con una parte de la complejidad” (Lederach, 2020), y que es necesario abrirse a la complejidad de los otros en aras de lograr un buen cuidado. Es aceptar que los otros, aquellos que se supone

sólo deben ser cuidados, también pueden encarnar el papel de cuidadores, entre la misma comunidad, hacia el medio ambiente, e incluso hacia terceros que no conocen. Las identidades de quién cuida y quién recibe cuidado tienden así a ser menos herméticas y esto, más que “liberar” de responsabilidades, debe generar preguntas sobre cómo ejecutar mejor las responsabilidades que se tienen frente a los otros, atendiendo a esta visión más compleja de la realidad.

## VII. CONCLUSIONES

Una de las grandes conclusiones que intenté suscitar en esta investigación se relaciona con los puentes que se tienden entre las teorías feministas de la ética del cuidado y las teorías de paz, especialmente en lo referente al lugar central otorgado a la comprensión de la red de relaciones. Estos dos marcos epistemológicos buscan proponer soluciones a la constante pregunta de cómo aportar a la construcción de sociedades en las que se permita una vida digna de ser vivida. Las dos se enfrentan a una crisis derivada de la simplificación en el entendimiento de lo que son los procesos de paz y cuidado, que tienden peligrosamente hacia la creencia de que pueden ser aprehendidos y solucionados sólo a través del lenguaje del dinero.

Otro de los encuentros centrales entre estos dos campos del conocimiento es aquel de la escucha de las necesidades, la importancia de actuar a partir de ellas, y el reconocimiento del valor de lo que las personas que viven en los escenarios de violencia o de marginalidad tienen por decir sobre cómo transformar su propia realidad.

Las teorías de construcción de paz que sostuvieron esta investigación son enfáticas en que las voces locales son esenciales para todas las etapas de los procesos de construcción de paz; y la perspectiva feminista de la ética del cuidado recalca constantemente que, frente a la pregunta de cómo reparar y sostener de la mejor manera posible nuestro mundo, las voces que surgen desde las periferias del poder, como las de las mujeres, deben estar en el centro de la construcción de esos conocimientos. Ambas perspectivas abogan desde la academia para darle un valor epistemológico a los conocimientos de las personas que han sido histórica y recurrentemente apartadas de los escenarios de toma de decisiones y construcción de saberes. Ambos son lentes que deben

tener un constante diálogo entre la academia y los procesos sociales que están sucediendo por fuera de sus muros, porque si no quedan como cascarones vacíos. Desjerarquizar la escucha de las voces es una apuesta antipatriarcal.

Esta investigación se propuso aportar al universo de conocimientos dentro de los campos feministas y de construcción de paz como un llamado a que los diversos actores que confluyen en los procesos de transformación social en países como Colombia, un país al mismo tiempo desgarrado por la violencia y rico en expresiones de paz, entiendan la importancia de los aportes que la perspectiva del cuidado significa para la comprensión y la acción en la realidad.

Me aventuré a demostrar desde la herramienta de la etnografía, especialmente centrada en las mujeres campesinas de Pradera, el papel que cumplen las emociones en las decisiones cotidianas y políticas que pueden ser entendidas como acciones guiadas por una ética del cuidado, y cómo esta ética del cuidado no se limita al cuidado entre seres humanos, sino que abarca la compleja red de la vida en la que estamos inmersos, siendo también una propuesta ética ante la realidad de un ecosistema que necesita ser reparado y defendido. Explicué que la ética del cuidado no es una ética que sea útil únicamente en los márgenes del mundo de lo íntimo y lo privado, también es una ética para las esferas de lo público.

Teniendo todo esto en cuenta, fue mi intención iluminar una pequeña parte de un proceso de transformación social de base que se ha gestado hace varios años desde los esfuerzos de campesinos y campesinas en el municipio de Pradera, esto como un llamado de atención, especialmente a la institucionalidad, de que en los territorios ya hay procesos de base que necesitan ser apoyados y respetados, y no caer en el error descomunal de restarles importancia porque no han surgido desde las esferas del poder. Este es, finalmente, un llamado al Estado y a la ciudadanía a la práctica de una escucha cuidadosa de lo que puede ser considerado “otredad”, para permitirnos ser cuestionados por ella, vernos reflejados en ella, y abrir así los brazos a la vulnerabilidad que surge de la comprensión porosa y relacional de nuestra individualidad.

## REFERENCIAS

- Alimonda, H. (2011). La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la ecología política latinoamericana. En H. Alimonda (Ed.), *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Ávila, C. (2018, Octubre 8). Zonas de reserva campesina: 64 oportunidades para proteger el medio ambiente. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/zonas-de-reserva-campesina-64-oportunidades-para-proteger-el-medio-ambiente-articulo-857220/#:~:text=Actualmente hay 64 zonas que,y 39 proyectadas sin delimitación>).
- BBC News Mundo. (2020, Septiembre 10). Javier Ordóñez: 10 muertos y decenas de heridos en Colombia durante las protestas por la violencia policial. *BBC*. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-54106609>
- Beltrán, Y. (2019). *Tejedoras por la Memoria de Sonsón : entre cuidados y conocimientos en el quehacer textil de memorias*. Universidad Nacional de Colombia.
- Butler, J. (2020). *Sin miedo. Formas de resistencia a la violencia de hoy*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Castro, L. F. (2020). *Huertas comunitarias como herramienta para alcanzar la autonomía alimentaria de los ex combatientes de las FARC de la comunidad Noble y de Paz Marco Aurelio Buendía, Charras, Guaviare* (Pontificia Universidad Javeriana). Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/50008/Trabajo de Grado- Luisa Castro Final-PDF.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Gobierno Departamental del Valle del Cauca. (2017). *Plan de Acción Territorial de Departamento del Valle del Cauca para la Prevención, Atención, Asistencia y Reparación Integral a Víctimas del Conflicto Armado 2016-2019*. Cali.

- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). *“Patrones” y campesinos: tierra, poder y violencia en el Valle del Cauca (1960-2012)*. Bogotá: CNMH.
- Colombia2020. (2018, Febrero 2). ¿Son incluyentes las Fuerzas Militares en Colombia? *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/son-incluyentes-las-fuerzas-militares-en-colombia-articulo-856291/>
- Comins-Mingol, I. (2015). De víctimas a sobrevivientes: la fuerza poética y resiliente del cuidar. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (67), 35–54.
- Comins, I. (2003). *La ética del cuidado como educación para la paz* (Universitat Jaume I). Recuperado de <http://cataleg.uji.es/record=b1198661~S1%2Acat>
- Comins, I. (2008). *La ética del cuidado y la construcción de paz* (Vol. 3). Recuperado de <http://repositorio.unan.edu.ni/2986/1/5624.pdf>
- Comins, I. (2009). *Filosofía del cuidar. Una propuesta coeducativa para la paz*. Barcelona: Icaria editorial.
- Comisión de Verdad y Memoria de Mujeres Colombianas. (2013). La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia. En *La Verdad de las Mujeres*. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres.
- Cruz, A., Calderón, A., Flórez, S., & Córdoba, L. (2018). El papel del cuidado en la sanación del dolor. Experiencia desde víctimas sobrevivientes de violencia sexual en el contexto colombiano. *Memorias: Revista Digital de Arqueología e Historia Desde El Caribe*, 14(36), 128–145. Recuperado de <http://ezproxy.javeriana.edu.co:2048/login?url=https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=134769495&lang=es&site=ehost-live>
- Mujeres en Resistencia Cultural. (s.f.). En Cali se siembra la convivencia. Recuperado noviembre 12, 2020, de <https://comisiondelaverdad.co/mujeres-en-resistencia/cali.html#texto>
- Dougan, M. (1996). A nested theory of conflict. *A Leadership Journal: Women in Leadership*, 1, 9–20.

- Fascioli, A. (2010). Ética del cuidado y ética de la justicia en la teoría moral de Carol Gilligan. *Revista ACTIO*, (12), 41–57. Recuperado de <http://www.lappu.edu.uy/ActioSite09/Textos/12/Fascioli12.pdf>
- Fisher, B., & Tronto, J. (1990). Toward a Feminist Theory of Caring. En E. K. Abel & M. K. Nelson (Eds.), *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives* (pp. 35–62). Albany: SUNY Press.
- Gilligan, C. (2013). *La ética del cuidado*. Barcelona: Fundació Victor Grifols i Lucas.
- Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. (2011). *La memoria histórica desde la perspectiva de género. Conceptos y herramientas*. Recuperado de <http://issuu.com/centronacionalmemoriahistorica/docs/reconstruccion-memoria-historica-pe/1?e=8239122/6919965>
- Herrero, Y. (2020). *Ecofeminismos para tiempos de crisis*. Bucaramanga: Pabellón 6 taller editorial.
- Instituto de Estudios Interculturales. (2019). *Condiciones de la tenencia y acceso a la propiedad de la tierra de las mujeres campesinas en Tuluá, Florida y Pradera en el Valle del Cauca*. Cali.
- Izquierdo, M. J. (1998). Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género. En V. Fisas (Ed.), *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*. Barcelona: Icaria.
- Kao, G. Y. (2010). The universal versus the particular in ecofeminist ethics. *Journal of Religious Ethics*, 38(4), 616–637. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9795.2010.00455.x>
- Instituto Kroc (2020). *Tres años después de la firma del Acuerdo Final de Colombia: hacia la transformación territorial*. Recuperado de <http://peaceaccords.nd.edu/wp-content/uploads/2020/09/091620-Reporte-4-Digital-.pdf>
- Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo*. Madrid: horas y HORAS.
- Langle, T. (2018). *La urgencia de vivir. Teoría feminista de las emociones*.

Bercelona: Anthropos Editorial.

- Lederach, A. J. (2017). "The Campesino Was Born for the Campo": A Multispecies Approach to Territorial Peace in Colombia. *American Anthropologist*, 0(0), 1–14. <https://doi.org/10.1111/aman.12925>
- Lederach, J. P. (1998). *Construyendo la paz, reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Recuperado de <https://www.gernikagoratur.org/portfolio-item/construyendo-paz-reconciliacion-sostenible-ciudades-divididas-lederach/>
- Lederach, J. P. (2008). *La imaginación moral*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Lederach, J.P. (Abril de 2020). Video de intervención de John Paul Lederach Instituto Kroc Seminario Internacional Doctorado Estudios de Paz. En Instituto de Estudios Interculturales. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=4I9uAYFRQjU&feature=youtu.be>
- Magallón, C. (2012). Representaciones, roles, y resistencias de las mujeres en contextos de violencia. *Revista Crítica de Ciências Sociais, Online*(96), 09–30. <https://doi.org/10.4000/rccs.4797>
- Marín Carvajal, I. (2013). Resistencias desde la huerta. Movilización de mujeres en zonas rurales del suroccidente colombiano. *La Manzana de La Discordia*, 8(2), 89–107. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v8i2.1542>
- Martín, S. (2007). Los estudios de la masculinidad. Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo. En M. Torras (Ed.), *Cuerpo e identidad* (pp. 89–112). Barcelona: Edicions UAB.
- Maya, A. Á. (1995). *Desarrollo sustentable: aproximaciones conceptuales*. Recuperado de <http://publications.lib.chalmers.se/records/fulltext/245180/245180.pdf%0Ahttps://hdl.handle.net/20.500.12380/245180%0Ahttps://dx.doi.org/10.1016/j.jsames.2011.03.003%0Ahttps://doi.org/10.1016/j.gr.2017.08.001%0Ahttps://dx.doi.org/10.1016/j.precamres.2014.12.0>
- Medina-Vicent, M. (2016). La ética del cuidado y Carol Gilligan: una crítica a la



- teoría del desarrollo moral de Kohlberg para la definición de un nivel moral postconvencional contextualista. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, (67), 83–98. <https://doi.org/10.6018/daimon/199701>
- Meertens, D. (2018). Re-tejiendo la sociedad campesina: género, cuidado y justicia en el posconflicto. En L. G. Arango, A. Amaya, T. Pérez-Bustos, & J. Pineda (Eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (pp. 70–87). Bogotá: Edición Académica.
- Méndez, Y. A. (2013). *Derecho a La Tierra Y Al Territorio, Justicia Y Zonas De Reserva Campesina: El Caso Del Valle Del Río Cimitarra*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Muñoz, F., & López, M. (2000). El re-conocimiento de la paz en la historia. *Colección Monográfica Eirene*, (12).
- Nussbaum, M. C. (2014). *Las emociones políticas*. Barcelona: Paidós.
- Olarte, M. F. (2015). Comunicaciones cuidadosas: generando pro-comunes. Análisis de una red agroecológica desde el ethos del cuidado. *Universitas Humanística*, (81), 119–147. <https://doi.org/10.11144/javeriana.uh81.ccgp>
- Pérez-Bustos, T. (2018). El ethos del cuidado en la producción de conocimiento, una aproximación desde la antropología feminista al campo científico. En L. Arango, A. Amaya, T. Pérez-Bustos, & J. Pineda (Eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (p. 270). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Universidad de los Andes; Pontificia Universidad Javeriana.
- Alcaldía Municipal de Pradera. (2016). *Diagnóstico Plan Municipal de Desarrollo 2016-19 Municipio de Pradera*. Pradera.
- Concejo Municipal de Pradera. (2020). *Plan de Desarrollo Pradera nos Une 2020-2023*. Pradera: Concejo Municipal de Pradera.
- Puleo, A. H. (2019). *Claves ecofeministas para rebeldes que aman a la tierra y a los animales*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Rao, S. (2004). *Developing a gender-sensitive Approach to Peace and Conflict Impact Assessment*. University of Fribourg.

- Romoleroux, M. (2020, August 13). Indígenas denuncian ataque del Ejército que deja dos muertos en Cauca. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/cali/denuncian-ataque-del-ejercito-que-deja-dos-indigenas-muertos-en-cauca-529030>
- Salazar, S. (2017a, July 10). El 40% de los combatientes de las FARC son mujeres. *Colombia Check*. Recuperado de <https://colombiacheck.com/chequeos/el-40-de-los-combatientes-de-las-farc-son-mujeres>
- Salazar, S. (2017b, September 5). “Las Fuerzas Militares y de Policía de Colombia son del tamaño de las de Brasil.” *Colombia Check*. Recuperado de <https://colombiacheck.com/chequeos/las-fuerzas-militares-y-de-policia-de-colombia-son-del-tamano-de-las-de-brasil>
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Semana Sostenible. (2019, Enero 25). *La huerta donde los niños cultivan su amor por el medio ambiente*. Recuperado de <https://sostenibilidad.semana.com/medio-ambiente/articulo/la-huerta-donde-los-ninos-cultivan-su-amor-por-el-medio-ambiente-en-bogota/42724>
- Transformemos Territorios. (s.f.). El sujeto campesino: derechos para la igualdad. Recuperado el 2 de febrero de 2020, de <https://transformemospaz.com/noticias/el-sujeto-campesino-derechos-para-la-igualdad/>
- Agencia de Renovación del Territorio. (2018). *Pacto Municipal para la Transformación Regional - PMTR. Municipio de Pradera*. Pradera: Agencia de Renovación del Territorio.
- Theidon, K. (2009). Reconstructing Masculinities: The disarmament, demobilization, and reintegration of former combatants in Colombia. *Humans Right Quarterly*, 31(1), 1–34.
- Triana, D. P. (2016). Éticas ecofeministas: la comunidad de la vida. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 37(116), 117–131. <https://doi.org/10.15332/s0120-8462.2016.0114.05>

- Tronto, J. (2013). *Caring Democracy. Markets, Equality and Justice*. En *Journal of Chemical Information and Modeling* (Vol. 53). Nueva York y Londres: New York University Press.
- Tronto, J. (2018). Economía, ética y democracia: tres lenguajes en torno al cuidado. En L. Arango, A. Amaya, T. Pérez-Bustos, & J. Pineda (Eds.), *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (pp. 22–36). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Universidad de los Andes; Pontificia Universidad Javeriana.
- Valencia, P., & Hincapié, S. (2016). Ética del cuidado: Lecciones de las mujeres víctimas de minas antipersonal (MAP). *Opcion*, 32(81), 262–285.
- Vega, S. (2019, Diciembre 27). ¿Quiénes se unieron a los grupos paramilitares y por qué? *PACIFISTA*.
- Villellas, M. (2010). *La participación de las mujeres en los procesos de paz. Las otras mesas*. Recuperado de [http://icip.gencat.cat/web/.content/continguts/publicacions/workingpapers/arxiu/wp10\\_5\\_cast.pdf](http://icip.gencat.cat/web/.content/continguts/publicacions/workingpapers/arxiu/wp10_5_cast.pdf)

## ANEXOS

### Anexo 1: Entrevista Paola

Esta entrevista fue realizada el 22 de noviembre de 2020

**P:** Paola (entrevistada)

**D:** Diana (entrevistadora)

D: Comencemos presentándote, cuéntame sobre ti.

P: Vivo hace 37 años en el corregimiento de San Isidro, vengo de familias campesinas, nací en ese ámbito campesino, en la zona rural. Me crié con todos esos conocimientos que tenían mis abuelos, mis padres, y ahorita vengo trabajando lo que es el tema social, me formé dentro de una organización campesina, que es Astracava, y desde ahí he trabajado todo ese proceso nivel comunitario en el territorio donde vivo. Actualmente soy presidenta de Junta, allí en San Isidro, dentro de la organización he venido trabajando, lo que hace que estoy en la organización, desde 2004, en el tema del fortalecimiento de las mujeres campesinas, y resaltar el papel de ellas en todo ámbito de la participación política, de los derechos de las mujeres, para que se visibilice el papel y el rol de la mujer campesina, que ha sido históricamente olvidada y relegada de todo lo que se ha venido trabajando acá.

D: ¿Cómo llegas a preocuparte de este rol de la mujer campesina? ¿Pasó algo en tu vida?

P: Pues yo no sé si es que uno nace con eso, porque mi abuelo era muy dado al tema organizativo. Abuelo paterno. Él siempre fue el que movía, organizaba, el que hacía todo el protocolo. Uno termina como siguiendo, apoyando, todo ese proceso que el organizaba.

D: ¿Te criaste viendo eso?

P: Uno se crió viendo todo eso. Mi abuelo iba a una reunión, después mis papás, que hablaban de cuidar el territorio, entonces uno va creciendo con esa formación desde allá. Y cuando viene uno al colegio que también estudié en un colegio agropecuario de Lomita, que se llamaba Francisco Antonio Zea, que ahorita se llama Antonio Nariño, también desde ahí nos inculcaban el tema de la

siembra, el cultivo, la huerta. Hacer todo ese proceso porque era un colegio agropecuario.

D: Tú me dices que Astracava se creó en 2004. ¿En el tiempo de tus papás y abuelos había otra organización?

P: Más que todo era lo comunitario. Anteriormente los cinco corregimientos no estaban divididos como ahorita, que está que la Frida, que Recreo, San Isidro...sino que él se movía en todo ese contexto haciendo el trabajo organizativo y de cuidado porque él fue inspector de policía, entonces él manejó todo ese proceso allá en el corregimiento, entonces se conocía mucho ese contexto, pero bajo la figura comunitaria.

D: ¿Has visto que desde antes la gente haya querido entrar al territorio e imponer dinámicas distintas?

P: No, anteriormente las fincas eran muy dadas al tema del campesinado. Todas se movían en un contexto campesino, donde las familias eran mucho más grandes, toda la niñez de uno fue viendo a todos los compañeros de barrio, cosa que eso ahorita ha disminuido porque muchos se han ido. En el marco del conflicto armado también muchos se fueron, a otros los asesinaron, entonces quedan las familias muy reducidas, otros optan por vender sus tierras y entra otra gente de fuera, rompiendo las dinámicas de la comunidad. Otra gente que tiene otra visión de la que siempre ha tenido el campesinado, que es el cuidado del territorio, del medio ambiente, entonces ya vienen con otra dinámica porque siempre vivieron en un contexto urbano. Entonces eso siempre ha hecho como una división al interior de la comunidad.

D: Entonces tu trabajo ha sido el cohesionar, que no se pierda todo eso

P: Sí, que la gente que esté allá siga teniendo esa conciencia que tiene, y que la otra gente que llega se articule a lo que nosotros ya tenemos, para irle haciendo la explicación, la dinámica, que conozcan todo el proceso organizativo.

D: Y ¿qué te ha parecido ese trabajo con la gente nueva que llega?

P: Unos han copiado, otros tienen mucho el pensamiento estatal a la realidad de lo que vivimos nosotros en el territorio. Entonces ellos dicen “no, hay que tenerlos ahí...”. La institución debe llegar, sí, con su desarrollo, pero nosotros, qué clase

de desarrollo y para quién va a ser ese desarrollo. Porque muchas veces entran es como haciendo un daño a las comunidades, y no contando realmente con la gente que ha estado históricamente allí. Entonces eso sí le hacen mucha claridad a la gente que llega, porque la gente piensa que...le cree mucho a los medios de comunicación, que en el campo no se vive bien y todo. O sea, tenemos muchas ventajas y otras desventajas, que es lo que le explicamos a ellos. Porque mucha gente no cuida el tema de las vertientes, les trae su basura los fines de semana y las arrojan donde ellos quieran...lo que hacemos es hacer un llamado a esas personas que van llegando y decirles "mire, acá se maneja así". Independientemente de que haya una junta comunal, hay una junta de acueducto. Entonces nos articulamos con ellos y con las organizaciones sociales que hay allí y trabajamos en conjunto.

D: ¿A nivel Pradera?

P: No, a nivel corregimiento, y así mismo donde tenemos presencia como organización. Ese ha sido el proceso que se maneja dentro del territorio. Alguna gente lo copia, otros no, pero uno hace el ejercicio de hacer esa pedagogía. A esta época uno lo analiza y se ha reducido mucho, el pueblo de la zona rural. Eso ha sido problemático, sin embargo, uno sigue dando la tarea, apostándole al trabajo con las mujeres, que ese ha sido un trabajo mucho más complejo porque la mujer campesina es muy relegada a su casa, al cuidado, a la siembra, pero poca incidencia en la participación y en lo político-organizativo. Con las mujeres en ese lado sí ha sido lento el trabajo por lo que te digo, siempre la mujer era para la casa, para atender los trabajadores, que el esposo, que los hijos, que la huerta, que los animales...hacer todo a la vez. Entonces ellas vivían en su mundo, y nunca sacaron el espacio para encontrarse, conversar lo de ellas, lo que sentían, lo que necesitan...Entonces uno ha tratado de hacer que ellas vayan llegando a esos espacios. Porque un domingo ellas decían "no, porque mi esposo va a jugar fútbol, y yo tengo que ir con él". Pero a medida que ellas se van dando cuenta cuál es la importancia de ellas dicen "Ay no, pues que él se vaya a jugar fútbol y yo me quedo en el taller". Ah, pues como el domingo pasado, que todas llegaron. Y a pesar de que había fútbol, ellas dijeron "no, pues vamos al taller". Entonces ya van aprendiendo que también necesitamos aprender, fortalecernos.

D: ¿Hace cuántos años trabajas específicamente con las mujeres?

P: Como desde el 2006, cuando hice la capacitación, entendí qué es eso de género...

D: ¿En dónde te capacitaste?

P: Al interior de la organización Astracava había un equipo técnico donde estas compañeras nos brindaron unos talleres. Tuvimos un encuentro de diferentes mujeres a nivel departamental, donde con todas ellas contaron sus experiencias, sus historias, sus vidas y sus retos, y desde allí yo, mirando todas esas experiencias de todas esas compañeras fui mirando ese tema, el qué hacer, el cómo apoyo yo, cómo hago yo para fortalecer ese proceso organizativo mucho más de la mujer rural. Cuando ya nos brindan esa capacitación también hubo compañeros, así como tú, que querían hacer su tesis, que dicen, vengan, en qué les colaboramos en el territorio, entonces ahí fue que empezamos a ir al territorio con talleres para las mujeres en todos los ámbitos: ambientales, organizativos...

D: De lo que yo he conocido, se nota mucho cómo a la gente le ha servido esas capacitaciones que como organización han llevado. Por ejemplo, doña Marcela me decía que a ella antes le daba mucho miedo hablar y que poco a poco ha ido soltándose, ha ido hablando más, y se nota, y le gusta, y le transmite eso a sus hijas...entonces a mí ese trabajo me parece muy bonito

P: Sí, porque uno ve mujeres que cuando uno empezó el proceso, que eso es lo que ahorita le da a uno como esas ganas de seguir, es que compañeras en ese contexto, eran muy tímidas, y que uno las veía allá relegadas, como que "voy a pedirle permiso a mi esposo a ver qué dice, si me deja ir, ¿será que opino?" Ahora en día, uno las ve a ellas...pues es el caso de mi tía Marcela, o sea explicando con sus propias palabras el sentir del territorio, lo que ella piensa y lo que uno poco ha ido enseñando con los talleres y todo eso, y que ellas ya lo puedan hacer en espacios mucho más amplios, sin temor y con ese conocimiento, entonces uno dice, bueno, al menos la gente...Todo ese proceso hace que uno diga no, juepúchica, valió la pena uno seguir fortaleciendo el trabajo.

D: ¿Tú crees que era necesario haber conformado específicamente el grupo de mujeres, cierto? Porque a veces cuando uno habla de “todo el mundo” las mujeres siguen estando relegadas allí porque están dentro de “todo el mundo”, pero uno no se da cuenta de las especificidades, que están todavía muy sujetas a sus tareas de cuidado...entonces, ¿tú sí consideras que esto de hacer un eje mujeres y trabajar específicamente con las mujeres era necesario, cierto?

P: Sí. Desde que yo entré al proceso de la organización Astracava veíamos en espacios de la misma organización que faltaba fortalecer el tema mujer y el tema de jóvenes. Jóvenes por el tema de relevo generacional dentro de la organización, y las mujeres por la importancia que tienen en el proceso organizativo, porque la organización siempre se ha visto como una organización mixta. Y como su nombre lo decía, mujeres rurales campesinas, se nombraban, pero no había ese fortalecimiento: compañeras en espacios, empoderadas del tema y generando propuestas, porque como tal no se le había prestado esa atención. Decíamos, “sí, estamos apoyando, que el tema, todo en general”, pero no escuchábamos las voces de las compañeras. Entonces de ahí empezamos a decir “no, venga, necesitamos más mujeres en el espacio” porque siempre eran hombres. Y luego identificamos que cuando había las asambleas grandes, las mujeres cuando están los hombres no opinan porque creen que ellos saben más, o no sé, yo nunca entendí por qué se callan. Entonces yo empecé a notar eso, que cuando están los compañeros ellas se limitan y no hablan. Entonces fue cuando optamos a decir “no, vamos a hacer un eje mujer donde solamente toquemos temas de mujeres, que ellas puedan hablar entre ellas, que puedan contarse y explicarse sin ese temor”. Entonces de ahí ya empezamos a hacer como el tema de mujeres, encuentro de mujeres, a nivel departamental...Después ya nos fuimos integrando con los indígenas y los afros para ir haciendo un intercambio de ideas.

D: ¿Mujeres indígenas y mujeres afro?

P: Sí, solamente de mujeres, donde optamos por ver dentro de la organización que cuando hubiera esos espacios de construcción fueran los compañeros los que cocinaran. Porque ¿qué pasa con la chica que se queda en la cocina? Se va a perder el taller, cuando el taller es para las mujeres. Entonces, si ella hace de todo ¿Por qué ustedes [los hombres] no lo pueden hacer?



D: ¡Sí! yo vi a Alejandro [su esposo] cocinando, y cuando estaba donde doña Rosa [su mamá] tu papá también estaba ahí picando la zanahoria. Él se echaba sus apuntes. Él estaba ahí en la cocina, pero él escuchaba algo que le interesara, y decía “y sí, y que tan, no sé qué”, y se echaba sus apuntes ahí, súper buenos.

P: Sí...entonces todo ese proceso, hizo que eso ayudara a fortalecer el tema para que hombre y mujer supieran que, pues si salen reuniones de hombres, pues que él saliera y que ella supiera que a qué iba él, porque eso también generaba conflicto: “bueno ¿y sí será verdad que se va para una reunión?”. Y nos pasó eso, entonces la idea es que todo el mundo debe estar a tono de lo que está pasando dentro de la organización. Entonces todas esas experiencias no ayudaron a que las pudiéramos fortalecer, y hoy en día, la gente al menos ha aprendido algo...

D: Entonces también fue un trabajo con los hombres.

P: Sí, claro, hubo que hacer un trabajo con los hombres. Porque muchas veces los hombres hablaban y todo, un verraco hablando del tema político-organizativo en el espacio, y se le preguntaba a la compañera, y ella sí no sabía nada. Entonces era incoherente que el mismo compañero hable por allá y la mujer no conozca nada. Entonces nosotros como que “no, nos toca fortalecer ese papel de la mujer en los espacios”. Entonces nos pusimos en esa tarea, y hoy en día, tú misma pudiste ver que las compañeras ellas mismas opinaban lo que ellas pensaban desde su pensar, desde su sentir.

D: Tú sientes que se ha avanzado. Crees que todavía falta, tú siempre me dices que todavía falta, pero crees que se ha avanzado.

P: No, claro, se ha avanzado muchísimo. Lástima, yo le decía a ellas, que yo a veces conocía el contexto de mi abuela, y mi abuela nunca salió de su casa. A una reunión, nunca se encontró con amigas, nada. Yo siempre la vi, toda mi vida, hasta que falleció, en la cocina. Ella nunca salió así...pues a ella uno la veía feliz con sus animales, con su este...pero creció en ese contexto de nunca encontrarse así pues con una amiga y conversar, no, nunca. Pero mi abuelo sí lo hacía. Entonces uno decía bueno y por qué, pero en ese entonces...y ahora es que yo digo “¿y por qué mi abuela nunca salió?”. (16:15).

D: Claro, yo también pienso mucho en mi abuela, son contextos muy diferentes. Nosotras hemos tenido el privilegio de formarnos más. Te quería preguntar de Astracava concretamente ¿cuál es su misión, su razón de ser?

P: Que el campesinado tenga su reconocimiento. Porque como tal nosotros no lo tenemos, como lo tienen los indígenas y los afro, que producto de la lucha también lo consiguieron. Al menos que con la figura de Zonas de Reserva Campesina pueda ser un avance al reconocimiento del campesinado, y que se pueda tener esa fortaleza de que el campo sea visto por las mismas comunidades como un ejemplo y como una empresa, que produce. Porque el campesinado se ve allá como algo... “sí, no, son los campesinos”, pero no ven esa importancia que tiene el campesinado.

D: Como algo sin desarrollo.

P: Ajá, sí. Pero que lo vean con esa fortaleza que tenemos. Hoy en día nosotros que vemos que con el covid, vimos la gente cómo dijo “el campesinado es importante porque produce comida, porque está cuidando las aguas, porque están allá arriba y han hecho un trabajo”. Cosa que antes no se veía porque la gente decía “no pues hay todo”, pero ya con el covid tuvo que encerrarse y hacer fila y comprar comida, y uno veía la gente por acá, comprando acá porque hubo carestía de alimentos...entonces uno ve que el campesinado sí es importante, y entonces uno opta por decir que al menos el objetivo de nosotros sea ese, que reconozcan que hay un campesinado y que producen, y que es importante para la sociedad.

D: ¿Qué beneficios dicen ustedes que traería ese reconocimiento del campesinado como sujeto de derechos tipo indígenas, tipo afro? ¿qué crees que eso les significaría a ustedes?

P: Sería un logro grandísimo. Primero, porque tendríamos un reconocimiento ante el gobierno, ante la institucionalidad, donde, como quien dice “ah, sí, vea, ellos tienen su norma, tienen su ley, son reconocidos como campesinos”. Porque para el gobierno los campesinos son los cañeros, los grandes industriales, que son a los que le llegan las ayudas, pero no reconocen realmente quién es el que produce realmente la comida en este país. Entonces, que se reconozca ese campesinado, y que cuando se reconozca ese campesinado le llegue la inversión

que le tiene que llegar. Porque un desarrollo para el campo es que tenga la tierra, acceso a tierra, con proyectos, y que sean hasta subsidiados, como lo tienen los grandes. Porque lastimosamente el campesinado produce a pérdida. O sea, hay ganancias, lo que yo te decía, uno en el campo, porque todo siempre se da. Y se fortalece porque no tendrías que comprar mucha cosa. Y te queda un excedente para vender. Pero ese excedente es muy...ahí es donde está la pérdida del campesinado porque todo lo que se va a producir es a pérdida porque los precios vienen bajos, porque hay mucha competencia. Con ese tema del tratado de libre comercio cuando se dio sí fue fatal para el campesinado, porque entraba mucho producto, y lo que produce el campesinado con gran esfuerzo pierde valor. Entonces todas esas cosas uno empieza a verlas como que “bueno, si dan reconocimiento, al menos al campesinado, si perdió su cultivo tan grande que al menos tenga un incentivo, un subsidio...”

D: Sí, es que es muy ridículo que la plata que llegue sea para la gente que tiene tanta plata. Es que es increíble...

P: Y que ese papel de la mujer, que va a acompañado también del hombre y la mujer, pues sea fortalecido. Porque si uno dice, “bueno, si la mujer trabaja” ...porque a uno desde niño le preguntan “- ¿su mamá trabaja? -No, solamente mi papá”, pero a uno se le olvidaba todo el trabajo que ella hacía en todo un día. Eso era lo más triste, que uno no reconocía ni el papel de la mamá de uno mismo. Que la mamá le lavaba, le planchaba, le cocinaba...todo el día hacía eso, desde las seis de la mañana hasta las doce que llegábamos, había hecho mil cosas. Porque uno creció que “el que trabajaba era el papá”

D: El que ganaba plata...

P: Sí. Entonces también que ese trabajo de la mujer también sea visto. Y que el campesinado envejezca en el campo produciendo comida, y lamentablemente si no está en una empresa, el subsidio...

D: No tiene una pensión

P: No, nada, no tiene ese reconocimiento. Entonces todos esos son algunos objetivos que tenemos dentro de la organización.

D: Te quería preguntar por eso del desarrollo. Yo de lo que los he conocido, sé que ustedes quieren que la condición del campesinado deje de ser tan precaria, como la tiene el gobierno, tan olvidada, sé que quieren mejorar las condiciones. Pero entiendo que no es un mejoramiento de condiciones a costa de lo que sea. O sea, me refiero a que quieren que entre más desarrollo, si es que se le puede llamar así, pero sin que tengan que tumbar todos los árboles, por ejemplo. Sin que tengan que dañar la tierra y poner aquí cosas que ustedes no quieren. Eso es lo que yo entiendo como ustedes están viendo su desarrollo. ¿Tú qué opinas de eso? ¿Un desarrollo cómo? Porque a ti te pueden venir a decir “sí, para desarrollarnos, ustedes tienen que dejar que entre esta multinacional acá porque esto les va a traer plata” ¿qué opinas tú de ese desarrollo sin tener que dejar entrar a esos intereses?

P: Nosotros lo que planteamos y siempre hemos dicho, es que un desarrollo en el campo debe ser, primero, que reconozcan que hay unas comunidades campesinas, indígenas y afro en la zona rural; y que esta gente produce y que ese desarrollo no sea como el que hemos venido viendo. O sea, que para ellos sí no hay, todo es rifado, sea una vivienda, sea un proyecto. A una comunidad de 50 no más le dan a dos, porque al gobierno, supuestamente, no le alcanza para más. Y que uno ve proyectos macro, como Energías de Bogotá, atravesando montañas, y es una energía que ni siquiera va a quedar aquí en las comunidades rurales. Pero sí atraviesan las montañas, haciendo impacto en el tema ambiental, en las aguas...entonces uno dice “un desarrollo sí, ¿pero pa’ quién?” A fin de cuentas, porque un desarrollo en la zona rural sí, pero sabemos que...Vimos pasar torres gigantísimas con una energía potente, pero no la vamos a utilizar. Solamente lo que vamos a ver son antenas, redes y daños ambientales alrededor de donde quedaron instaladas esas vallas. Y no vimos nada de inversión en la zona rural.

D: Esa gente que tú me dices de Energías Bogotá, ellos siguen allí y siguen haciendo plata ¿cierto?, eso está funcionando

P: Sí, claro

D: Y tú me dijiste que, por ejemplo, la estrategia de ellos fue darle plata a algunos, y eso desunió a la comunidad. Estaban firmes diciendo que no entrarán, pero entró plata...

P: Sí, pues por eso te digo. Producto también de la falta de apoyo del gobierno nacional es que entran aprovechándose de las mismas comunidades porque uno carece... "que en las sedes comunales no hay un baño, que no hay una escuelita", entonces ellos dicen "no, venga, nosotros les damos una escuela a ustedes, unos 25 millones" y como a las comunidades nunca les llega nada, pues la gente va a decir "ah, pero como no, si ellos van a entrar, vea, nos están dando 25 millones..." Entonces la junta opta por decir "ah, bueno, al menos dejan la escuela". Pero ahora en día vemos ya, las Energías de Bogotá están ya para cuatro años. Y esta es la época que apenas están subiendo un ladrillo, un cemento. O sea, eso es lento, pero las torres si pasaron como...

D: Súper rápido

P: En tres meses ya teníamos diez torres. Entonces ahí uno es que dice que hay incoherencia en todos estos temas de...por eso muchas veces las manifestaciones y las marchas que hacen las mismas comunidades es precisamente por eso, por el olvido estatal que hay actualmente en la zona rural.

D: ¿Ustedes cómo se imaginan esas alternativas al desarrollo? Si cambiamos de gobierno y algo pasa y dicen "sí, vamos a invertir en el campesinado" ¿Qué sería a aquello a lo que le invertirían, por ejemplo, para que hubiera en el campo?

P: Yo diría que uno, es el acceso a la tierra. Porque es que la gente en la zona rural tiene muy poca tierra. Pero sí hay fincas que las ofertan para poder que sea, pues una UAF, que es la Unidad Agrícola Familiar, que se le pueda dar si quiera a unas diez, quince personas, familias. Que puedan sembrar y cultivar y desarrollar, derivar de ahí su sustento. Que eso es lo que siempre le hemos dicho al gobierno. El problema central de la zona rural es el tema del acceso a la tierra. Que sea uno de los pilares fundamentales. Dos, que eso vaya acompañado de distritos de riego, porque hay comunidades que no las tienen, que haya si quiera una infraestructura bien hecha en un puesto de salud bien dotado, que fue todo lo que se trabajó en el marco de los PDET, y que actualmente dizque no hay plata, pero uno sí ve que hay mucha plata para muchas cosas, pero para

inversión dentro del campo es muy mínima. Y cuando hay una oferta de, no sé, vivienda, pues sea rifada. De 50 rifan dos para esas 50 personas, entonces es muy duro ver que a la final una casa termine siendo evaluada, que en el papel diga 40-50 millones, a la final lo que te entregan es una casa de 10-12 millones. Una cajita de fósforos ahí en obra negra, toda mal pegada...Entonces todas esas cosas son incoherencia del Estado, y que uno digo, no, pero van a ver que cuando hay olas invernales o cuando hay daños en los campesinos, uno ve que llegó tantas ayudas, pero uno ve que se las entregan es a los grandes. "Ay, que por ahí a todos los cañeros se les perdió el cultivo porque el viento se les tumbó tanto lote de caña..." O sea, a los arroceros, a toda esa gente, y al campesinado de acá que perdió lo que sembró con esfuerzo, el plátano, la yuca y todo eso, ni siquiera se acuerdan. Y que cuando le llegue, le llegue a usted 500.000 pesos, 200.000 pesos, y esa es la ayuda que da el gobierno, y él pasa esa cifra grandísima de que ayudó acá. Entonces son todas esas incoherencias las que uno a veces, ah, da como rabia.

D: Claro. Y yo he visto que también una cosa central en ustedes es lo del cuidado del medio ambiente ¿eso siempre ha existido desde que se creó Astracava?

P: Sí, siempre ha sido una fortaleza porque aparte de la organización el campesinado crece con esa visión de cuidar el territorio, el agua, el medio ambiente...

D: ¿Tú has visto que sin necesidad de formación el campesinado tiende a ese cuidado?

P: Sí, pero anteriormente, como en la época de mis abuelos, yo veía que ellos nunca optaron por tratar esos temas, porque había abundancia de agua, porque no había tanta presencia de las multinacionales, así como ahora...entonces no veían que como a esta época nos podíamos quedar sin agua, se podía ver un cambio climático que pudiera afectar todas estas cosas...entonces ellos nunca se preocuparon por ese tema.

D: Esto es como más bien reciente...

P: Sí, que uno empieza a decir “no, venga, hay que hacer reuniones, hay que hacer reforestaciones, hay que hacer aislamientos, hay que hacer distanciamiento de la quebrada de los predios...”

D: Entonces esto que tú dices que anteriormente no se preocupaban tanto porque había abundancia, ¿eso también hacía que tuvieran prácticas que no fueran muy ecológicas?

P: Sí, claro, ellos producían así, inclusive que los predios de las grandes fincas de los abuelos llegaban hasta casi a la quebrada, y la gente cultivaba hasta ahí, y fumigaba con todo eso...cuando entra el paquete de, como quien dice, la revolución verde que hubo de todo eso, la gente fumigaba hasta allá, y el envase donde llegaban esos químicos con lo que producían en ese entonces, uno los encontraba en las fincas, en los ríos...

D: Ah, ok, hubo una época, allá en las veredas, donde la gente estuvo metida con el cuento de la revolución verde, los pesticidas...

P: Y la gente no vio esa parte de cuidar el medio ambiente, todo eso, sino ya es uno el que empieza como a ir diciendo “No, hay que cuidar, que no se tire la bolsita, que no se tire todo eso por las fincas...o sea, en ese momento, pues uno no lo veía como tal, pero sí uno opta por ir apoyando todo eso. Entonces eso es lo que hoy en día uno analiza desde el tema organizativo.

D: ¿Por qué crees que eso de la ZRC, si trae tantos beneficios, no todo el mundo puede estar de acuerdo?

P: Por los mitos y la estigmatización que hay desde la institucionalidad. Que eso es lo que más, como quien dice, que hemos dado la pelea y la discusión frente a ese tema. Pues es eso ¿no?, yo lo he analizado desde el punto de vista de que la gente es eso...primero, porque hubo una estigmatización que lo relacionaba...a pesar de que la figura es reconocida como ley, que los campesinos en su época dieron esa discusión, y que el gobierno sabe que existe la ley, la estigmatiza con el gobierno de Álvaro Uribe que dijo que eso era de las insurgencias y todo eso, entonces la gente votaba por él y “no, el que hable de esa figura hace parte de esta gente...” Primero, el temor; segundo, porque se relacionaba con los indígenas, que se decía que si usted tenía su pedazo de

tierra, usted no lo podía vender porque tenía que pedir permiso si era parte de la ZRC, y no diferenciaba que la figura de las ZRC es muy diferente a lo de los indígenas, porque ellos sí manejan su contexto colectivo, los predios de ellos sí son colectivos y sí tienen que hacer ese proceso. Entonces la gente dice “no, eso después se vuelve como lo de los indígenas, que no nos dejan vender, que yo no sé qué, y que después va a haber mucha más presencia de la guerrilla acá porque eso es de ellos...” Entonces todos esos mitos hicieron que la gente empezara a hacerse mucho más escepticismo frente a todo ese tema.

D: ¿Crees que todavía existe, que sigue muy vigente ese estigma ahora que no está Uribe en el poder, bueno está Duque, y que de pronto haya cambiado un poquito las cosas?

P: Pues sí, la gente con todo el proceso que se ha hecho, como quien dice, con esfuerzo propio desde las comunidades, la gente todavía le queda calando ese tema de que “qué miedo, qué tal que eso sí sea verdad que sea desde la insurgencia”, y más cuando ahorita se incumplió el Acuerdo de Paz y quedaron disidencias...Pero, a pesar de eso, uno ve que la gente acoge la figura de ZRC, pero lo que no hay es voluntad política por parte del gobierno nacional. Ha estado la ANT apoyando los procesos acá en las zonas rurales, pero falta todavía...

D: ¿Tú por qué crees que existe esa falta de voluntad política de parte del gobierno?

P: Por no invertir. Porque ellos saben que una ZRC tendría un PDS, entonces ellos dirían “no, pues ellos ya tendrían como los indígenas”, que tienen por la ley y por su reconocimiento, les paran muchas más bolas y lo que no quieren es reconocer al campesinado bajo esas figuras. Porque tendrían que hacer consultas previas... porque, por lo menos para el tema del ejemplo del de Energías de Bogotá. La única figura que tenemos para podernos respaldar son las Juntas de Acción Comunal, que tienen su ley. Entonces, los indígenas, ya con un reconocimiento obligan a esta gente a que hagan su consulta previa, que nos pregunten, a que nos digan cómo concertamos. Entonces yo pienso que eso también es una desventaja, y también por lo que se dice, que ellos le tienen mucho temor a que ellos en su desarrollo las comunidades les puedan hacer



mella, porque las torres de energía no pasaron por sectores indígenas. Porque por la consulta previa dijeron “no, no pasa y no pasa”, y no.

D: Es tener mucha más fuerza sobre su territorio.

P: Sí. Nos daría una fortaleza. Entonces pienso que eso lo que el gobierno no quiere. Porque dirá “no, pues ya con los campesinos con reconocimiento, los afro y los campesinos, pues les daríamos mucho más...” claro que en la zona rural en este momento no hay consejos comunitarios porque no hay afros. Todos están acá en el sector urbano. Pero al final eso hace que uno también fortalezca ese vínculo, ese proceso y esos lazos de unidad con los afros, así estén acá en el sector urbano.

D: Esta necesidad de fortalecer el territorio para que no entre cualquiera que entre... ¿Qué están tratando de proteger, con esto de las ZRC?

P: Uno, nosotros vemos como una riqueza, pero como una riqueza natural. O sea, ver el agua...en la parte alta hay estudios ya de empresas multinacionales que han hecho estudios con el coltán, si hay oro, si hay níquel...Los estudios ya están. Nosotros hemos estado en puntos del páramo donde uno ve las placas, que están casi desde el 91...90-91, de estudios de franceses. O sea, esos estudios ya están. Y usted sabe que hoy en día satelitalmente, pues todos esos estudios ya están. Entonces uno lo que dice es “juepúchica, pues si están acá, por qué tanta presencia del ejército cuidando un páramo...” O sea, ¿qué hacen?, y si están cuidando ¿por qué las mismas fuerzas militares cocinan al lado de los ríos y hacen su mugre y dejan las bolsas y todo eso? Si estuvieran haciendo un cuidado a eso, pues protegían eso, o sea ¿qué cuidan y qué hacen? Y que al interior de estas fuerzas militares uno ve a gente extranjera. Entonces uno empieza a hacer todo eso, entonces por eso es que ellos dicen que todas estas figuras son, como quien dice, una piedra para que toda esta gente pueda entrar y poder hacer lo que quieran en el territorio.

D: Y finalmente proteger esto, esta que es una riqueza que no es la riqueza que la gente cree que es la riqueza, sino una riqueza más importante para ustedes, que es la natural. Totalmente de acuerdo con eso.

En la tesis yo estoy diciendo una cosa, no sé tú qué opines de eso. Estoy diciendo que este territorio ha sido históricamente atravesado por la guerra (la guerrilla, los paramilitares y todo eso...), pero entonces también una [guerra] que ha estado y que no se acabó con el Acuerdo de Paz es precisamente esta, no sé si decirle guerra, pero al menos sí este conflicto con el Estado. ¿Tú consideras que este conflicto con el Estado es lo que más los ha a ustedes atravesado? ¿O crees que la guerra armada es lo que más fuerte les ha pegado?

P: Pues yo digo que son contextos. Lo que pasa es lo que yo te decía, los medios de comunicación juegan mucho con la mente de la gente. Lo que han dicho “no, mira, la guerrilla es mala porque entraba y asesinaba a los campesinos...” y todo en ese entonces, cuando uno veía que la guerrilla, yo nunca en el contexto, vimos a esta gente atropellando al campesinado, que asesinándolo...siempre veíamos que atacaban mucho era a las empresas. A las de energías eléctricas les hicieron muchas maldades, mucha cosa. Pero con el campesinado, cuando yo me críe, que veía este tipo de insurgencia en la zona, nunca los vi meterse, siempre les pedían era como a los grandes, porque a un campesino pues que le iban a hacer. Lo único era pues si el que quería, la presencia de ellos, pues la gente optaba “uh, tan chévere, uno por allá con ellos”, pues optaban por irse bajo su condición...personas así, porque querían, no porque los obligaban. Porque entonces a uno le crean ese estigma de que...entonces uno decía, pues nunca hicieron nada...y que uno a veces dice “hoy en día que no están las FARC, uno ve la voracidad con la que entran las empresas...”entran con mucha más facilidad porque ya no hay quien los...pues está el campesinado con sus organizaciones campesinas y todo eso, pero ellos, a pesar de que nosotros nunca como organización tuvimos cercanía con esta gente armada, porque ellos estaban en su cuento dándose plomo con el ejército y todo eso, uno quedaba era en medio como campesino, y cuando entraba sí, la supuesta gente que es el Estado, que se encabeza del ejército, hace mucho más daño al campesinado robándole sus gallinas, sus productos, haciéndole daño a las cercas, contaminando las aguas...uno decía “pero esta gente, si es el Estado ¿por qué le hace mucho más daño al campesinado a una gente que le llaman insurgencia?

D: Sí, incluso lo que uno considera desde las noticias, como tú dices, lo peor de este mundo, uno no ve tanto que, por ejemplo, el Estado le está dando plata a

esa gente con plata, en vez de darle plata, por ejemplo, al campesinado. Que está firmando acuerdos de libre comercio, e indirectamente los está atacando. Es como una forma de violencia también de parte del Estado. Eso es más o menos también lo que yo estoy tratando de decir: que ustedes han tenido unas discusiones muy fuertes con el Estado, que no deja de ser muy displicente. Lo que tú me has dicho: que la burocracia, que cuesta hacer las cosas con el Estado, que se supone que está aquí para ayudar a la gente. Entonces también estaba poniendo eso.

Me llamó también la atención, el día que yo vine por primera vez al taller, tú fuiste a llevarle una plata a las mujeres. Esos son qué, ¿proyecto que tú has estado haciendo con...?”

P: Esos son, en marco de dentro de la organización, muchos compañeros nos buscan como organización porque esta es una organización campesina y grande y tenemos incidencia en varios corregimientos. Por lo menos en este momento estamos trabajando con la Javeriana. Que ha estado de cerca con el Instituto de Estudios Interculturales, y en el proceso de ZRC. Entonces bajo esa figura hicimos un proyecto con ellos en fortalecer el tema de género con las mujeres, entonces digamos que el proyecto valía 12 millones de pesos. Entonces hicimos todos los talleres con las mujeres, pagamos la misma alimentación con las mismas mujeres de allá para que ellas mismas se ganaran, pues en olla comunitaria, todo eso, y pudiera quedar una ganancia de minimizar gastos, de que hay gente que decíamos “no, pues no paguemos chiva porque eso sale carísimo, más bien demos lo del combustible de las motos de la gente de la zona rural y se iban minimizando gastos”. Al final ya cuando termina el taller y hemos hecho todo el trabajo con las mujeres en todo lo que fue Florida, Pradera y Tuluá, entonces dijimos “no, pues mira, no se gastó todo el dinero, quedó esto, quedo cerca de seis millones de pesos”. Entonces hay seis grupos de mujeres, entonces dividámoslo para los seis grupos, que entonces fue lo que hicimos. Entonces esos seis millones, ahí dimos de a millón a cada uno de los comités de mujeres para que ellos lo utilizaron en lo que ellas quisieran. Producto pues de que, si había sancocho, entonces la gente llevaba el revuelto, que la yuca, que la papa, entonces se hizo como un ahorro en el transcurso de ese proyecto con todos esos gastos. Eso era lo que le estábamos entregando a cada uno de los

comités agrarios de Astracava, para que las mujeres lo pudieran gastar en lo que ellas quisieran y fortalecer su proceso.

D: Lindo eso. Entonces ustedes tienen ayuda de instituciones universitarias como la Javeriana, y van a proyectos... a mí me sorprende, ahorita estaban en otro taller cuando yo llegué, entonces ¿tú cómo haces? Vas conociendo, y “venga, deme un taller” ...

P: Jajaj, ah, y en ese entonces, nosotros contábamos con un equipo técnico también. Los técnicos eran chicos, pues así como tú, que Alejandro Gaviria se contactó con este y con este... “ve, que la chica quiere que hagamos un proceso allá...” “Ah listo”, entonces viene, socializaba... Así como hicimos contigo, con varios de ellos hicimos lo mismo. Entonces ellos al final se fueron quedando, entonces como que “ah, ¿en qué apoyamos? Si es para formular un proyecto, si es para hacer una actividad...” Y esa chica iba jalando a otro compañero para hacer su tesis... entonces así íbamos haciendo como esa cadena de articulación.

D: Qué lindo, han tenido un respaldo. La academia muchas veces ayuda muchísimo, pero muchas otras no ¿Han tenido experiencias feas con la academia o ha sido bien todo?

P: No, pues hasta ahora a nosotros nos ha ido bien con las universidades porque hemos hecho un complemento con, primero, la socialización: qué es lo que van a hacer y todo... siempre nos hemos dado el garrote es con las empresas privadas. Que entra, que viene CVC y todo eso, y la gente les tiene cierta cosa porque saben que ellos históricamente se han aprovechado del campesinado y han, prácticamente, mentido a las comunidades: “No, es que mira, vamos a hacer esto”, pero en terreno hacían era otras cosas de investigación, sacándole información a la gente... Los indígenas tienen mucha más experiencia con la institucionalidad porque en sus investigaciones les sacaron información, les hicieron muestras de suelos, pero para fines... les sacaron información a las mujeres de cómo tal planta para qué sirve, y entregaron sus fórmulas... Entonces ellos las utilizaron, y cuando ellos ven una fórmula de ellos con su marca, y que ellos que la tenían desde acá... o sea, no. Entonces la gente opta en la zona rural de tenerles cierto distanciamiento a las instituciones o a las fundaciones. La gente dice “ah, no, una fundación lo que hace es captar el recurso y lo que le

llega a las comunidades es muy mínimo...” Por eso cuando vos llegaste, Sonia te hacía esas preguntas de “bueno, pero ¿al final qué va a quedar?”, o ¿cómo es que vamos a hacer? Porque nosotros siempre que un compañero dice que va a fortalecer el proceso [uno dice] “ah, listo, pero entonces que al final nos quede como un documento que uno diga, bueno...” Con la Javeriana quedó un estudio que fue el que te envié y ese nos sirvió para cuando el trabajo, pues acá en PDET, que había un avance de estudio, entonces que todo ese proceso que uno lo pueda utilizar. Compañeros que hicieron un estudio en el tema de la cuenca y que quedó un proyecto, nosotros ya lo tenemos...o hay técnicos de confianza que uno les pueda decir, “mire, ellos están presentando esta propuesta, ¿ustedes qué dicen?”. Que ellos la puedan estudiar primero, antes de nosotros encontrarnos. Entonces esto ha sido como un canal de apoyo entre la academia y las organizaciones sociales.

D: Súper bien. Con todo esto que tú me has dicho, yo quisiera que ojalá la tesis que quede de aquí sirva para decir como “vea, es necesario continuar apoyando los procesos de las mujeres. Esto era así, esto se ha logrado ahora. Las mujeres ahora tienen mucha más participación política. Esto también cala. Yo quiero que ojalá mi tesis pueda ayudar para eso. Que si quieren presentarse a un proyecto, miren que sí, que están haciendo un trabajo con las mujeres, y que miren cómo ha servido. También tiene que ver con lo de la paz. Ahorita, a pesar de la falta de voluntad política, igual están con eso desde la institucionalidad. Al menos tienen que decir que hay. Igual está lo de los proyectos, y que se pueda hacer parte de ellos...que ojalá la investigación pueda apoyar al menos ese cúmulo de cosas que ustedes han venido haciendo tan interesantes.

P: No, y además en el contexto que hubo en el tema, que como quien dice, estuvo en el apogeo del conflicto armado, todas estas instituciones salieron corriendo, y dejaron como a la gente tirada. Y que la CVC, que estaban ahí...entonces la gente ahora en día los ve a ellos captando los recursos y uno “no, pero venga...”

D: Se fueron cuando más los necesitaban.

P: Sí, en vez de haber apoyado...intermediado ahí con el gobierno y toda esa gente, salieron fue corriendo. Y ahorita que ya hay recursos del tema de un

Acuerdo de Paz, de una guerrilla que odiaban, ahorita si los vemos a ellos en terreno siendo los que se están captando los recursos, y la gente como que “no, venga, acá hay organizaciones sociales, con ellas se puede contratar”.

D: Fundaciones como la CVC, como...

P: Sí, crean una ramita, “ah, es que ustedes son la fundación tal, como cafeteros...”, que es la más grande. Ahorita sacó una fundación, y es la que empieza a ir captando los recursos de PDET y todo eso, entonces son cosas que ellos sí van adelantando y se olvidan que aquí hay unas organizaciones, que hay unas juntas de acción comunal...y esa es la pelea ahoritica, en el contexto de todo lo que se va dando en el Acuerdo de Paz. Entonces todas esas son como incoherencias que uno dice “ay, no”. Terrible todo ese tema...

D: Pero bueno, ahí están dándole a la lucha ustedes. Me ha parecido increíble conocerlos. Tienen muchas cosas claras

P: Sí, y la gente responde.

D: Finalmente, una pregunta un poquito más personal, y es, tú me dices que tienes dos hijos, ¿no? Una hija que la conozco, Alejandra. ¿Qué estás tratando de inculcarle a ella? ¿Tú qué crees que es más importante para ella? ¿Tú qué quisieras transmitirle a ella?

P: Lo que yo siempre le he reiterado a ella es la importancia que ella se debe dar como mujer. Y es que la mayoría de las niñas de la zona rural, desde los quince años, son muy dadas a ya, conseguir un compañero, y a quedarse ya con ese, y a tener los hijos desde muy temprana edad. O sea, no es que uno diga que esté mal quedarse con un campesino, que estar allá, pero que al menos disfrute antes...que se fortalezca con el estudio. Porque es que una mujer sin...uno sin estudio, sin conocimiento de nada, pues todo el mundo te...y pues bueno, si ese chico en adelante no te valoró o algo, vos tengás esa fortaleza de ese estudio, de valerte por ti misma. Con todo lo que aprende..., yo le decía a ella “por el hecho de no tener un título, no te hace que no te puedas capacitar leyendo, aprendiendo”. O sea, ese legado de que usted, como quién dice, valórese como mujer. También le he contado la historia de que uno ha leído, que nosotras antes no podíamos estudiar. Mi abuela nunca tuvo estudio...entonces yo le digo a ella

de toda esa fortaleza. Y que uno no debe darle pena decir que es campesino. Porque hoy en día a los jóvenes de la zona rural hasta les da pena decir quién es el papá. Yo me críe en un contexto en el colegio, que había reunión de padres de familia, y veía a algunos compañeros que la mamá venía toda ahí, toda descachalandrada...así como es la campesina, y se escondían para que nunca supiéramos que ella era la mamá. Entonces uno decía, hasta qué punto esa ignorancia de ocultar a su propia madre porque es campesina...Entonces que crezcan orgullosos del campesinado, de los papás, de los abuelos...de que no les dé pena tener las manos untadas de tierra. De que realmente valoren lo que produce una persona con esfuerzo. Entonces todo eso sí se lo he inculcado a ellos. Y también, como menos mal tengo hombre y mujer, que los dos hagan los mismo, porque tienen las mismas potencialidades. Que mi hijo lave, planche...o sea, todo lo que hace ella, no que “ve tú a hacer esto porque eres la mujer” o “ve tú porque eres el hombre”, sino que crezcan con estas dos visiones. Entonces siempre nos esforzamos con Alejandro. Menos mal que también di con un compañero pues que, comparte lo mismo que yo trabajo. Entonces entre ambos como que “eyy...”. Entonces yo siempre opto por llevarla a ella a los talleres para que ella vaya también aprendiendo en lo que uno trabaja y...

D: ¡Sí, ella me dijo que quería estudiar medicina, y dije, uf, re bien!

P: Sí. Por medio de la organización hubo una posibilidad de enviar a unas compañeras a estudiar a Cuba medicina.

D: ¿En serio? ¡Súper!

P: No, y ella todavía estaba muy niña, apenas estaba como en octavo. Pero sí se fueron unos compañeros de la organización y actualmente están estudiando medicina. Entonces sí, eso, lo que uno le inculca más a los jóvenes es eso. Y a mi hijo, pues que aprenda a mirar la mujer como una figura...realmente como lo que es, que no las vea como las ven algunos hombres, como carne ahí expuesta pa'...sino que las vea como a una mujer, como algo sagrado porque tiene mamá, tiene una hermana, tiene una abuela. Entonces siempre uno se ha esforzada como a eso.

D: ¿Consideras que todavía existe un machismo muy marcado dentro de las comunidades que hacen parte de Astracava?

P: Sí, pero es un machismo, cómo te digo, no tan...

D: ¿Evidente?

P: Sí, y que no es que ellos lo quieran ser, sino que los hombres crecieron en ese contexto. Viendo que el hijo iba con el papá a la finca, y que la mujer era para la cocina. Y todavía se ve el machismo al interior de la organización, sí. Por lo que yo te digo, porque hay compañeros que conocen un proceso y la mujer no lo conoce. Entonces sí es machismo, no de golpes y todo eso, pero sí de esa forma.

D: No es tan evidente, pero ahí está.

P: Sí.

D: Completamente de acuerdo. La última preguntita. ¿Tú consideras que las mujeres se acercan a la tierra de forma diferente a los hombres?

P: Ahora en día yo veo que las mujeres tienen las mismas capacidades que tiene el hombre. Yo he visto en la zona rural mujeres que tienen sus cultivos de café y el producto, y dicen “esta plaza de aquí es mía y esta es de mi esposo”. Ellas los venden y comparten los gastos. Yo he notado un poquitico eso. Uno no va a decir que [ya] no hay eso de que producen en una finca, el marido recolecta todo, y todo se invierte en la casa, y a ella no le queda nada ni un peso para que se compre lo suyo. “Ah, ¿qué necesita?”, entonces se le trae. Todavía se ve ese contexto. Pero uno ya ve que las mujeres más o menos manejan su propio negocio, que tienen sus pollos y gallinas y que eso es de ellas, que ese dinero es de ellas...

D: Y hablando del cuidado a la tierra ¿crees que la preocupación es por igual parte y parte, mujeres-hombres, o crees que algunos tienden a cuidar más estas cosas de no usar agroquímicos y todo eso? ¿Crees que no hay diferencias?

P: Pues sí se ha dado como la discusión y todo eso, pero...uno, porque hay que meter conciencia a la gente, porque la gente sí o sí es muy difícil que pase de un tema químico a uno orgánico, primero porque con el químico se produce más rápido que con el orgánico, es más lento. Entonces eso es como un proceso que al interior de la organización se ha venido dando, y ese sí ha sido un proceso mucho más lento: que la gente aprenda por el lado de producir limpiamente, de



utilizar menos estos químicos...pero sí, en el contexto en el que estamos, sí es muy difícil que la gente...como controlar una hormiga arriera que por todo lado te ataca y la gente “no, tocó el químico...”

D: ¿Entonces crees que, en cuestión de género, de hombres y mujeres, no hay diferencia en la forma en la que ellos se preocupan por eso?

P: No, yo lo he visto que es más dado en las mujeres. Ellas se preocupan más porque ellas son las que cuidan los hijos, son las encargadas de la alimentación entonces al interior de las comunidades hay mucha capacitación y uno dice, “en las mujeres como que dicen “no, si son mis hijos cómo los voy a intoxicar, cómo les voy a dar algo que los enferma”

D: Cómo que a ellas les interesa más que les están dando.

P: Sí, porque ellas están más al frente del cuidado que el compañero, entonces uno ve que como que es más dado en las mujeres.

D: Ok, sí, yo también tenía como esa sensación.

P: Sí, la huerta y todo eso lo manejan es ellas.

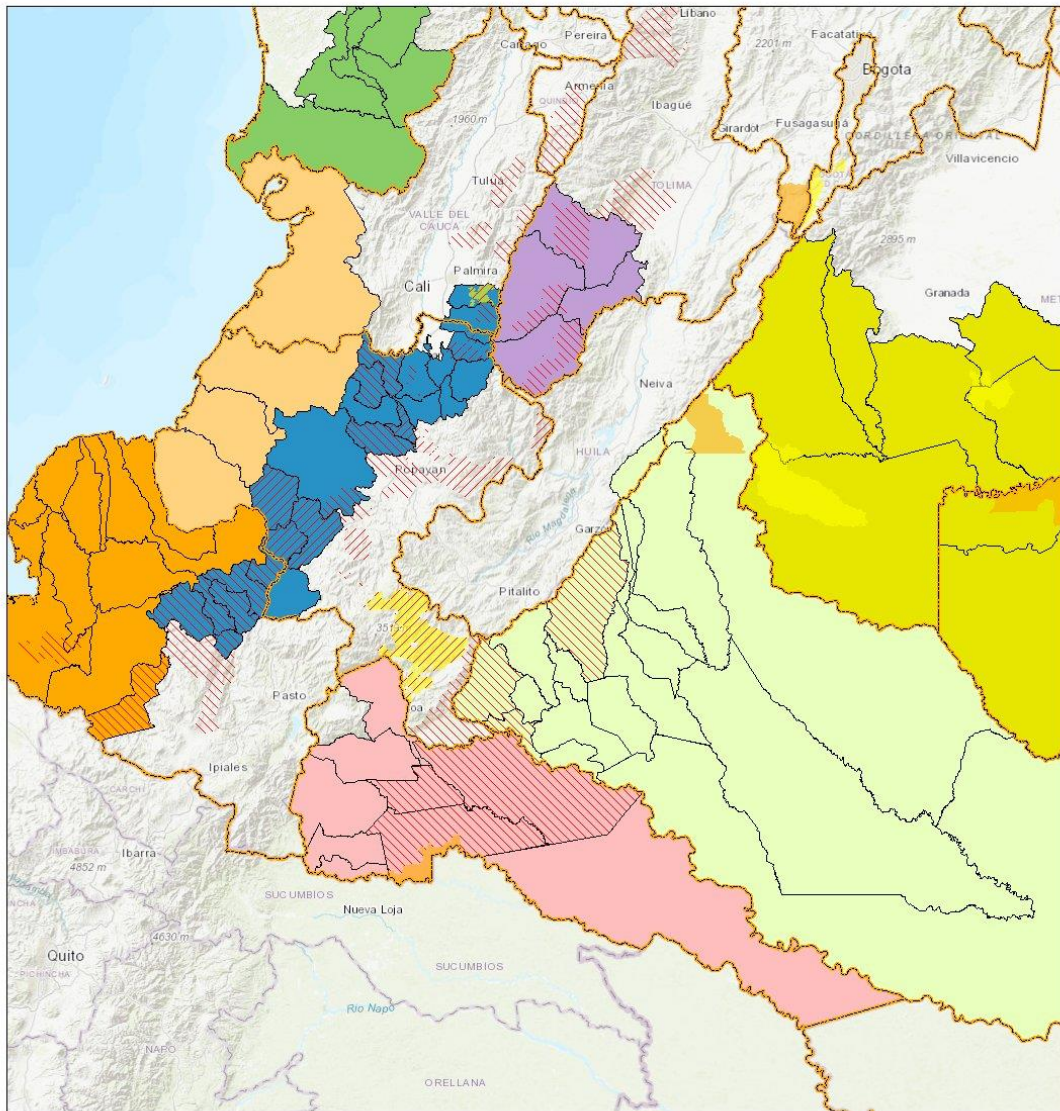
D: Las huertas las manejan las mujeres.

P: Sí, en su mayoría sí. Hay unos donde lo manejan mixto, entre ambos cuidan ese tema de la soberanía, pero más que todo es muy dado en las mujeres.

D: Muchas gracias, Paola, por todo lo que me dijiste.

## Anexo 2: Mapa de traslape entre ZRC y PDET en el suroccidente colombiano

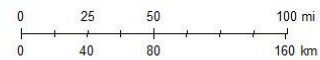
### ZRC-PDET



febrero 8, 2021

1:2.311.162

- Límite departamental
- Aspiración zona de reserva campesina
- Solicitud zona de reserva campesina
- Zona de reserva campesina en constitución
- Zona reserva campesina constituida
- Regiones PDET**
- Alto Patía - Norte del Cauca
- Arauca
- Bajo Cauca y Nordeste Antioqueño
- Catatumbo
- Chocó
- Cuenca del Caguán y Piedemonte Caquetense
- Macarena - Guaviare
- Montes de María
- Pacífico medio
- Pacífico y Frontera Nariñense
- Putumayo
- Sierra Nevada - Perijá
- Sur de Bolívar
- Sur de Córdoba
- Sur de Tolima
- Urabá Antioqueño



Source: Esri, HERE, Garmin, Intermap, increment P Corp., GEBCO, USGS, FAO, NPS, NRCAN, GeoBase, IGN, Kadaster NL, Ordnance Survey, Esri Japan, METI, Esri China (Hong Kong), (c) OpenStreetMap contributors, and the GIS User Community

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA CALI  
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERCULTURALES

Fuente: Sistema de Información Geográfica – Instituto de Estudios Interculturales

### Anexo 3. Taller “Círculo de mujeres libres”

- Presentación y agradecimiento. Preguntar si se sienten cómodas con que grabe la sesión.

#### Inicio:

- Poner manos en el vientre. Cerrar los ojos. Respirar lenta y profundamente por la nariz. Imaginar que respiramos luz, que ilumina nuestra nariz, nuestra frente nuestros pulmones, que la luz se concentra en nuestro vientre. Aguantar la respiración 4 segundos y expulsamos por la boca lentamente, sintiendo que estamos liberándonos de las preocupaciones en este momento. Estamos aquí y ahora, vamos a pasar un rato agradable, a disfrutar y a aprender todas juntas. **Repetir tres veces.**
- Movimiento circulas de cabeza 3 veces en una dirección y 3 veces en dirección contraria. Hombros 3 veces hacia adelante y hacia atrás. Sacudir manos.
- Echar espray en manos de aceites esenciales. Frotar las manos hasta sentir las calientes e inspirar su aroma para llenarnos de energía.
- Poner canción Canto Páramo de La Muchacha.

#### Desarrollo:

- **Lectura en voz alta de poema de Rupi Kaur:**

“y luego hay días en los que el simple acto de respirar te deja exhausta. en esta vida parece más fácil rendirse. el pensamiento de desaparecer te da paz. durante mucho tiempo estuve perdida en un sitio en el que no había sol. donde no crecían flores. pero de vez en cuando salía de la oscuridad algo que me encantaba y me devolvía de nuevo a la vida. observar una noche estrellada. la alegría de reírse con viejos amigos. una lectora que me dijo que los poemas le habían salvado la vida. sin embargo ahí estaba yo luchando por salvar la mía. queridas mías. vivir es difícil. es difícil para todo el mundo. y es en ese momento en el que vivir es como arrastrarse a través de un agujero del tamaño de un alfiler. que debemos resistir el impulso de sucumbir a los malos recuerdos. negarnos a doblegarnos ante los meses o los años malos. porque nuestros ojos

se mueren de ganas de darse un festín en este mundo. hay muchísimas masas de agua turquesas para que nos sumerjamos en ellas. hay familia. de sangre o elegida. la posibilidad de enamorarse. de personas y de sitios. montañas altas como la luna. valles que llevan a mundos nuevos. y viajes por carretera. para mí es muy importante aceptar que no somos las dueñas de este sitio. somos sus invitados. y como invitados vamos a disfrutar de este lugar como un jardín. vamos a tratarlo con buena mano. para que así las que vengan después de nosotras puedan experimentarlo también. vamos a encontrar nuestro propio sol. a plantar nuestras propias flores. el universo nos dio la luz y las semillas. puede que a veces no la oigamos pero la música siempre está puesta. sólo necesita que subamos el volumen. Porque mientras haya aire en nuestros pulmones tenemos que seguir bailando”.

- **Presentación y puesta en común de sentimientos:**

- Con este taller quiero que exploremos los hilos que conectan las diferentes esferas de nuestras vidas. Quiero que empecemos desde lo íntimo y lo pequeño, y veamos cómo eso está conectado con cosas más grandes, más públicas, más políticas. Lo pequeño influye lo grande, y lo grande lo pequeño. Entender esto nos abre muchos mundos, nos muestra caminos que nos permiten entender el poder de nuestras acciones y nuestras decisiones, y también, al menos a mí, me ha ayudado a tener más claro qué exigirle a los otros cercanos y también al gobierno.
- Presentarnos y decir dos cosas que nos hagan sentir rabia e indignación, y dos cosas que nos hagan sentir bien, sentir felices. Comienzo yo.
- Hacer lo mismo con las mujeres. Ir anotando.
- Hablar sobre la necesidad de honrar nuestros límites.
- Las mujeres somos seres-para-otros.
- Preguntar: ¿Alguna ha sentido, como mis amigas y yo, que la voz no les sale? Para poder cuidar de una mejor manera las personas tenemos que saber expresar nuestras necesidades. Hay personas (en general las mujeres) que tienen más habilidad que otras para

darse cuenta de las necesidades. Estamos más entrenadas para entender caras, gestos, actitudes.

- Preguntar: ¿Cómo ven ustedes en ustedes y en otras mujeres las relaciones con los hombres y con otras personas del hogar? ¿Cómo ven ese reparto de tareas?
- La necesidad de reforzar aquello que nos hace sentir bien, que nos da placer. A las mujeres se nos ha negado por generaciones el placer. Nos hacen sentir culpables por disfrutar, por descansar, por dedicarle tiempo a lo que nos gusta. Hay que abrir estos espacios de descanso y cuidado. Dedicárnoslos, regalárnoslos.

- **Los roles de género:**

- Dividir tablero en dos y escribir respuestas sobre estas preguntas: ¿Qué cosas se les dicen diferentes a niños y niñas que ustedes hayan escuchado, vivido cuando ustedes eran niñas, hecho ustedes con sus propios hijos e hijas? ¿Qué diferencias vemos en comportamientos de niños y niñas?
- Explicar cómo estos roles son jerárquicos, cómo la masculino se pone sistemáticamente como más importante y mejor que lo femenino.
- Explicar cómo estos roles también moldean los sueños y las expectativas de vida.
- Hablar sobre el amor romántico, lugar donde se reflejan todas estas cargas sociales que se han venido viendo que se aprende desde que somos niños y niñas.

## **DESCANSO Y COMPARTIR**

**Los roles de género se imponen a través de la cultura.** Poner en parlante los lapsos de las siguientes canciones. Pedir a las mujeres que anoten o tengan presentes las frases que llamen su atención.

- **Tú -Noelia (0:00 -1:40)**

- **Frases clave:** Como una adicción. Me tienes aquí como quieres tú. Verte a mi lado es mi necesidad. Es morir en vida, es negarme a mí. Mi libertad, se termina en ti.

- La que depende. Dependencia emocional. Creer que no hay vida más allá del amor romántico. Tanta repetidora de manera inconsciente va creando estructuras fuertes de cómo creemos que debería ser el amor. Pensarnos formas más sanas y placenteras de disfrutar es pensando algo así como: disfruto tu compañía, pero sé que si algún día esto se termina mi mundo no se acabará.
- **Con los ojos cerrados – Gloria Trevi (0:00-1:40):**
  - **Frases Clave:** Todos quieren que me aleje de él. Le creo. Qué más da si me miente yo le creo. Con los ojos cerrados iré tras de él, siempre lo amaré, yo le quiero creer. Le voy a creer.
  - No escuchar a las personas que nos quieren. Cerramos nuestros ojos ¿Cuántas veces nos obligamos a cerrar nuestros ojos, nos obligamos a hacernos las ciegas cuando en realidad eso nos produce profundo dolor? Escuchemos a nuestras amigas, que son las que nos suelen hacer ver las señales de alarma. Tengamos siempre nuestros ojos bien abiertos, no acallemos nuestro instinto.
- **Ni que fueras la más buena – Alzate (0:00-1:35):**
  - **Frases clave:** No me aceptas así como soy. Ni que fueras la más buena, ni que estuvieras tan buena. Me gusta el trago, las mujeres, amanecer y cerrar las cantinas, amigos que no se arrugan cuando hay que beber.
  - Una buena mujer es aquella que acepta TODO. Las mujeres creemos que somos las salvadoras de los hombres, que nuestro amor los va a sacar, por ejemplo, de las cantinas, de sus adicciones con el alcohol. La realidad es que esto no sucederá. Los modelos de masculinidad de los hombres son estos: uno es más hombre en tanto no se deje afectar por los deseos de otras mujeres. Las mujeres además parecemos ser otros objetos comparados con el trago: “me gusta el trago, las mujeres, beber”. Muchas veces nos metemos en relaciones donde jugamos a la carcelera y el niño travieso: terminamos tratando a los hombres como si fueran niños que no supieran

comportarse y hay que perdonarles todo el dolor que nos hacen “porque así son”.

### Las caras del poder

- ¿Qué entendemos por poder? ¿Cómo usas tu poder? ¿cómo usan otros su poder sobre nosotras?
- Explicar la dinámica: se hará un poco de teatro. Se lleva aparte por unos segundos a una de las asistentes y se le dice que rol van a ejercer. Después las otras dicen qué forma de poder están viendo ahí, es decir, qué forma de lograr que la otra persona me “haga caso”:
- **Coacción:** “Vas a estar en tu celular hablando y yo te voy a preguntar quién es. Tú vas a decir “es mi amigo de toda la vida”. Yo te diré que no puedes hablar con tu amigo. Si sigues hablando con él te termino. Me terminas haciendo caso”.  
Obligar a una persona o chantajearla.
- **Manipulación perversa:** “Me vas a decir que quieres pedir un préstamo para montar un negocio. Yo te diré que eres una boba con las matemáticas, que además no tienes talento para vender. Qué más bien siga estando ahí en la casa, que si es que con lo que yo trabajo no es suficiente”.  
Engañar, mentir, machacar la autoestima. También poner ejemplo de inventarse una mentira sobre la otra persona para enemistarlas. Decir también que se da cuando le dicen a la otra persona que es fea e insuficiente, que se la pasa mal arreglada, para hacerla sentir que nadie más en este mundo la va a amar y que se quede allí.
- **Victimismo:** “Me vas a decir que las cosas ya no funcionan y que lo mejor es terminar. Te diré que no, que yo te necesito, que sin ti no puedo vivir. Que si te vas yo me mato, que te lo juro que me mato”.  
Dominar desde la sumisión. Generar lástima para que la otra persona haga lo que queremos.
- **Inacción:** “Vas a hacer como si estuvieras trapeando y limpiando. Yo voy a estar sentada bostezando. Me dirás: Alejandro, te toca a vos lavar los platos. Alejandro, es tu turno de organizar el cuarto. No te olvidés de bañar al bebé. Yo te diré que sí y no haré nada”.

Simplemente no hacer nada para “ganar la batalla”.

- **Sedución:** “Haremos como si estuviéramos saliendo. “Tranquila mi amor que yo te gasto todo”, simularé que te compro comida, helado, cerveza. Al final te diré que vayamos a mi casa. Tú me dirás que no quieres y yo te recriminaré que te haya gastado y que no quieras”
- **Negociación:** Utilizar la asertividad para comunicar. Escuchar para entender, no para responder. Ser empáticos y empáticas. Por ejemplo, cuando decimos que alguna actitud no nos gusta de la otra persona, cuando queremos pasar tiempo con nuestras amigas sin ellos. Explicar por qué, entender, dar nuestros puntos de vista. Saber cuándo ceder y cuándo ser firmes.

Empezar las frases con yo siento que...en vez de tú eres...

Referencias: Herrera. (2018). *Mujeres que ya no sufren por amor. Transformando el mito romántico*. Madrid: Los Libros de la Catarata

### Las redes que nos sostienen

- Hacer en el centro del tablero un círculo con un yo y preguntar ¿Qué y quiénes son las personas que hacen parte de mi mundo, para que yo esté aquí viva y pueda estar feliz? Hacer líneas que identifiquen a padres, madres, vecinas y vecinos. También lo no humano: el aire, los ríos, el bosque, los animales, el sol.
- La importancia de tratar con cuidado y respeto a personas que no conocemos e incluso que nos caen mal.
- Irrespetar a otra persona es también irrespetarme a mí: la humanidad que hay en el otro es mi misma humanidad, si yo trato mal a un ser humano, estoy de alguna manera diciendo que eso también lo pueden hacer contra mí.
- Preguntar: ¿Quiénes hacen esa ropa que tienen puesta? ¿Quién cultiva algunos de los alimentos que ustedes consumen?
- Reflexionar sobre las múltiples relaciones que nos sostienen, que hacen parte de nosotras. Hay unas más evidentes que otras, pero todas se deben intentar cuidar. Las más cercanas hay que cuidarlas



especialmente. Muchas de ellas son las que nos van a sostener cuando alguna de las otras relaciones nos falle.

- Esto también sucede con nuestras relaciones con la tierra. Cuando lo hacemos estamos haciendo un trabajo que no sólo nos beneficia a nosotras mismas sino a todas las personas.
- Hablar sobre la importancia de cultivar la costumbre de las asambleas. Darle mucha importancia a estos espacios, a la reunión entre las mujeres: es así como podemos hablar de los problemas que nos afectan específicos, tener espacios seguros para pensar cómo ayudarnos las unas a las otras. Las mujeres somos las que más nos vemos afectadas por los problemas económicos, por la titularidad de la tierra, por la violencia doméstica. La mayoría de las veces el gran apoyo va a llegar de otras mujeres. Derribar la idea de que somos competencia.
- Reflexión en torno a frase de Audre Lorde: “Debemos estudiar conscientemente cómo tratarnos con mutua ternura hasta que ésta se convierta en un hábito”. Un primer paso es entender cuáles son las formas de poder que yo utilizo, que utilizan sobre mí. Ser conscientes de la importancia de mis redes, y cultivarlas. Luchar contra sentimientos de venganza, deslegitimación hacia otras. Poder decir lo que nos hace daño sin la intención de herir. Escuchar.

### **Cierre: el cuidado con nosotras mismas:**

- Decir que ya estamos llegando al cierre de nuestro taller. Mencionar las “aliadas” para esta última parte: La menta, la albahaca y el romero.
  - **Menta:** para suavizar el ardor de las emociones. Para reforzar nuestros sueños
  - **Albahaca:** Para protegernos. Para la serenidad. Para la dulzura.
  - **Romero:** Para la valentía. Contra el odio. Para tener los pensamientos claros. Para tener energía.
- Invitar a las mujeres a que hagan su propia medicina con plantas, de acuerdo con las intenciones personales que hayan podido reflexionar en el taller
- Poner la canción “Reverdecer” de Perotá Chingó mientras cerramos los ojos y respiramos.